Serge Hutin

LAS CIVILIZACIONES DESCONOCIDAS

Serge Hutin

LAS CIVILIZACIONES DESCONOCIDAS

¿MITOS O REALIDADES?

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:

LES CIVILISATIONS INCONNUES

Traducción de

MARISA OLIVERA

Primera edición: Abril, 1976

© Librairie Arthème Fayard, París, 1961
© 1976, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LES CIVILISATIONS INCONNUES

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-31091-1 — Depósito Legal: B. 18.511 - 1976

GRAFICAS GUADA, S. A. - Virgen de Guadalupe, 33 - Esplugas de Llobregat (Barcelona)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 13

PRIMERA PARTE

ENTRE LOS MUNDOS «IMAGINARIOS»

I. LA ETERNA ESPERA 25
El paraíso perdido, 25. — ¿Y reencontrado?, 30. — Pueblos subterráneos, 38.

II. LO QUE REVELAN LAS VIEJAS TRADICIONES . . 45
Tradiciones, 45. — Los gigantes, 49. — El reino de las madres, 51. — El punto de vista de los ocultistas, 55.

III. CONTINENTES DESAPARECIDOS 61
A. La Atlántida, 61: El mito platónico, 61; Antiguos descubrimientos del continente americano, 68; Paralelismos, 72; Antilia, Eldorado y compañía, 74; Situaciones diversas atribuidas a la Atlántida: a) Gran abismo del Atlántico, 79. b) La Atlántida sahariana y mediterránea, 95. c) Otras localizaciones atlantidianas, 98. — B. Lemuria y Mu, 106: Lemuria, Gondwana, Mu, 106; Antiguo papel de Oceanía, 114; El gran hundimiento del Pacífico y el continente de Mu, 118. — C. La Hiperbórea, 120.

IV. LA ETERNA FASCINACIÓN: DE LOS MITOS A LA «CIENCIA-FICCIÓN» 137

V. ¿REALIDAD DE LO «IMAGINARIO»? 142
Monstruos, 144. — La supervivencia secreta de las civilizaciones, 145. — La caída del cielo, 148. — Papel cósmico de la Luna... ¿o de las lunas?, 152. — Los ciclos, 154.

VI. LOS MUNDOS SUBTERRÁNEOS 163

Segunda Parte

MISTERIOS ARQUEOLÓGICOS

I. LA ARQUEOLOGÍA A LA CONQUISTA DE LO DESCONOCIDO Y DE LO QUE SE CREÍA «MUY» CONOCIDO 171
Nuevas valoraciones, 171. — El misterio de Glozel, 172. — Otros misterios alfabéticos, 175. — Una mistificación «atlantidiana», 176. — ¿Hay que ir más lejos que la arqueología clásica?, 178. — Algo que hace reflexionar: las extrañas coincidencias, 181.

II. ¿CIVILIZACIONES EXTRATERRESTRES? . . . 185

III. LOS GRANDES ENIGMAS ARQUEOLÓGICOS . . . 193
Edificios ciclópeos de Oceanía, 200. — Misteriosos peñascos esculpidos, 202. — Los megalitos, 209. — Zimbabwe, 219. — Los monumentos pelásgicos, 221. — El problema de los vestigios hiperbóreos, 222. — En el Oriente Próximo, 223.

IV. LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS Y TÉCNICOS DE LOS ANTIGUOS 227

Como despedida 231

No creer nada, o creerlo todo, son cualidades extremas que nada valen ni la una ni la otra.

BAYLE

(Respuesta a las preguntas de un Provinciano,

Cap. XXXIX)

INTRODUCCIÓN

Innumerables tradiciones legendarias se centran en torno al mito de los «reinos» desconocidos, y al ancestral recuerdo de prestigiosas civilizaciones desaparecidas: éstas se proyectan a un pasado generalmente muy anterior al que estudian los arqueólogos y los historiadores obedientes a los severos mandatos de la investigación científica (siempre tan ingrata, pero tan necesaria) de los hechos claramente establecidos, de las rigurosas sucesiones cronológicas, de las teorías explicativas que no dejan lugar para los juegos de la imaginación. Nuestro libro pretende colocarse en un terreno mucho más extraordinario, pero menos seguro: mediante el estudio del viejo mito de las civilizaciones desaparecidas, *tratamos de hacer una especie de inventario amplio y comparativo de todo cuanto puede ser comprobado válidamente (o hasta incluso presentido) —tanto en el ámbito de la fábula o del mito como en el más seguro terreno de los hechos curiosos— en relación con la existencia, o no, en plena época llamada «antediluviana» de antiguas civilizaciones ya muy evolucionadas. Éstas podrían haber sido*

iguales o, ¿por qué no?, superiores a la llamada civilización «occidental» que se fue desarrollando poco a poco hasta dar lugar al prodigioso siglo XX, era del desarrollo técnico acelerado —¿hasta qué apoteosis (¡o apocalipsis!) final?—. Es ahí donde surge la gran objeción elemental que hará, desde el principio, todo sabio razonablemente deseoso de no sumergirse en el sueño, en fantasmas: nos hará ver cómo los pacientes y admirables descubrimientos de los grandes prehistoriadores contemporáneos, lejos de confirmarnos los viejos mitos, no aportan ni la más mínima presunción verosímil en favor de la existencia de civilizaciones anteriores muy evolucionadas, de un nivel, al menos, igual al del mundo europeo moderno.

Ciertamente, la ciencia prehistórica nos revela una visión que dista mucho de coincidir con la fantasía popular que nos describe a nuestros lejanos antepasados como un montón de bestias brutas que llevaban una vida sórdida en sus cavernas —descripción estereotipada que sólo se revela exacta para ciertas razas (la de Neandertal especialmente), determinados períodos y lugares definidos—. El problema del hábitat de las poblaciones prehistóricas no es algo sencillo: hay que tener en cuenta no sólo la caverna, sino el refugio arborícola, la tienda hecha de pieles, las chozas de tierra, la casa de madera, etc. —tantas formas, otras tantas etapas de la evolución de la vivienda de nuestros antepasados primitivos—. La Prehistoria no constituye una masa confusa, una era de uniforme tosquedad a la que habría sucedido, como por arte de magia, la Historia propiamente dicha: la invención de la escritura, que marca el inicio de ésta, parece no haber sido más que la continuación de un incansable progreso en la civilización, en el modo de vida, en las técnicas. El empleo del fuego, por ejemplo, aparece como un prodigioso descubrimiento —tan extraordinario (o incluso más) para nuestros lejanos antepasados como el descubrimiento de la energía nuclear—; y, a otro nivel aparentemente más modesto, ¡qué creciente complejidad revela el estudio de los lentos perfeccionamientos en la talla, y pos-

teriormente en el pulimiento, de la piedra! Pacientemente, los prehistoriadores han ido construyendo una verdadera ciencia; han podido determinar, dentro del aparente caos de los tiempos prehistóricos, una ordenada clasificación muy compleja; han podido aventurarse a dar evaluaciones cronológicas bastante precisas. He aquí un cuadro de las épocas y subdivisiones de la Prehistoria, sacado de un trabajo que aún hoy día conserva vigencia, La Prehistoire,[1] *del doctor L. Capitan, un erudito muy calificado.*

EDAD DE PIEDRA	ÉPOCAS	EVATUACIONES PROBABLES
a) *Paleolítico*	prechelense	125000 a. de JC
(o Edad de la piedra	chelense	100000 a. de JC
tallada)	achelense	75000 a. de JC
2.° Período glacial	musteriense	50000 a. de JC
	auriñaciense	25000 a. de JC
	solutrense	16000 a. de JC
Fin de la época glacial	magdaleniense	
	aziliense	
b) *Mesolítico*	tardenoisiense	
(período de transición)	campigniense	
c) *Neolítico*	antigua	10000 a. de JC
(o Edad de la piedra	robenhausiense	3000 a 2000 a. de JC
pulida)	Edad del Cobre	2000 a. JC
d) *Edad de los metales*	Edad del Bronce	2000 a 1000 a. de JC
	Edad del Hierro	1000 a. de JC

(Se recordará que los nombres de las épocas: chelense, acheulense, etc., fueron atribuidos según los lugares —Chelles, Saint-Acheul, etc.— donde los prehistoriadores franceses descubrieron objetos característicos.)

Finalmente, los prehistoriadores actuales han puesto de manifiesto la aparición sucesiva de tres grandes corrientes de civilización material, que podemos fechar según las más seguras estimaciones, sistematizadas por un eminente prehisto-

1. Payot editor, París.

riador actual, Henri Seigle; hacia el milenio 18 a. de JC (es la opinión más probable en la actualidad), la más antigua, llamada magdaleniense, tuvo como punto de partida la región de la Magdalena (en Dordoña, Francia); fue una civilización del sílex y el hueso tallados.[2] *En la época neolítica o de la piedra pulida, se da el esplendor (al parecer, hacia el milenio 16) de toda una civilización de la tierra más o menos cocida, una civilización de alfareros, sin duda originaria de Alemania. Por último, la edad del metal, teniendo como origen probable el Cáucaso, comienza hacia el milenio 4 a. de JC y se confunde, en gran parte, con lo que corrientemente se atribuye a los inicios de la Historia propiamente dicha (que empieza, recordémoslo, con la invención de la escritura). Se observará que esos tres conjuntos se superponen, al igual que nuestra época es testigo todavía de la coexistencia de distintos niveles de civilización. Fuera de esas tres sucesivas culturas prehistóricas, reconocidas desde el punto de vista estrictamente científico, que es adoptado por todo prehistoriador o arqueólogo reconocido, no se encuentra ninguna huella de civilizaciones de un tipo realmente superior antes del nacimiento de los grandes pueblos de Sumer, del Antiguo Egipto, de China, etc., que marcan el inicio de la Historia propiamente dicha.*

Así pues, el problema parece irremisiblemente zanjado: por un lado, numerosos hallazgos que revelan la prodigiosa evolución del hombre primitivo, pasando de la más basta piedra tallada a las sucesivas etapas que condujeron a la invención —revolucionaria— de la escritura; por otro lado, los objetos, monumentos y textos procedentes de civilizaciones históricas (antiguas y, posteriormente, medievales). Ningún descubrimiento establecido científicamente parece probar la existencia de civilizaciones muy evolucionadas en una época anterior a la Antigüedad clásica, incluso limitándose a los pueblos de tipo egipcio, chino, etc. En cuanto a la existencia de civilizaciones iguales o superiores al maquinismo contemporáneo, en

2. De esta época datan las pinturas prehistóricas más bellas, como son las grutas de Lascaux, Altamira (España), etc.

plena época prehistórica, el erudito responde: Nos hallamos en pleno mito, o en plena leyenda, pues no hay ningún descubrimiento arqueológico que aporte una confirmación segura de esas ensoñaciones fascinantes. ¿Es esta afirmación realmente definitiva, a pesar de su inexorable rigor científico? Esto precisamente es lo que nuestras investigaciones desearían poder aclarar.

He aquí el punto de vista de un portavoz del esoterismo, Jean-Louis Bernard: «¡Un pueblo prehistórico *puede, asimismo, ser un pueblo* poshistórico*! ¿Existe sólo una raza que haya evolucionado hacia una perfección? ¡No! Las razas prehistóricas, por el contrario, se extinguieron una después de otra. Quizá no eran más que restos de grandes razas degeneradas, expulsadas de su habitat por un cataclismo.»*[3]

Esta idea, por extraña que pueda parecer, no tiene, sin embargo, nada inverosímil: supongamos a la población de una nación moderna privada bruscamente, por un gigantesco cataclismo (un temblor de tierra, o hasta explosiones nucleares), de todos los instrumentos del progreso moderno; a menos que contara en su seno con ingenieros y técnicos muy preparados, los supervivientes correrían un gran riesgo de encontrarse a un nivel cultural muy primitivo, sobre todo al cabo de varias generaciones. Hay náufragos que son capaces de reconstruir un mundo primitivo de vida (caso de R. Crusoe); ¡pero la cosa cambia si no se es un especialista, cuando se trata de reconstruir una fábrica o incluso objetos manufacturados, como un reloj, un frigorífico, un avión, un automóvil, etc.! La fase de extremado perfeccionamiento técnico a la que ha llegado nuestra civilización descansa en una compleja especialización, en una división increíble del trabajo, etc.; por tanto, resulta de las más vulnerables, mucho más que una tribu primitiva a la que si sus enemigos le incendian todas las chozas, fácilmente reconstruirá su poblado. Mientras que la cosa sería muy dis-

3. Se hallará una rica iconografía en numerosas obras de divulgación prehistórica; por ejemplo, *4.000 ans d'art moderne*, de J. A. Mauduit, Plon, editor.

tinta en el caso de una gran ciudad como París, Nueva York o Moscú...

El pasado siglo, el gran geólogo británico Lyell observó en su obra Antiquity of man: «... *Hasta el momento no tenemos ninguna prueba geológica definida que establezca que la aparición de las llamadas razas inferiores de la Humanidad haya siempre precedido, en el orden cronológico, a las razas superiores.» Se observará que este punto de vista coincide con las aventuradas hipótesis (aunque más reservadas) de algunos teólogos católicos que no temen aceptar la existencia de humanidades «preadamitas», siempre y cuando no se cuenten éstas entre nuestros antepasados directos...*

Pero, nos volverán a decir, carecemos de prueba alguna cierta de esos cataclismos, de esos acontecimientos extraordinarios que habrían destruido civilizaciones prestigiosas... En efecto, es así, si se exigen pruebas verdaderamente científicas —pero no no lo es—, sino muy al contrario, si se aborda, con toda objetividad conjetural, el rico ámbito de las tradiciones, de los mitos, de las fábulas o incluso —tendremos diversos ejemplos de ello—, el del estudio prudente de diversos monumentos u objetos que dejan perplejos a muchos arqueólogos y que, por ello, la ciencia tiende a eliminar.

Sin duda, todavía no conocemos toda la historia de los antiguos milenios y no sólo a causa de terribles cataclismos antediluvianos, sino también debido a la malevolencia humana. En efecto, el propio hombre ha destruido sistemáticamente los manuscritos de los mayas (de los que han llegado muy pocos hasta nosotros) y, con demasiada frecuencia, el celo apologético se ha traducido por irreparables pérdidas análogas; recordemos, en una época mucho más reciente, la incineración de las tablillas de la isla de Pascua por misioneros cristianos, de mentalidad totalmente distinta (hay que decirlo) a la que poseen los actuales representantes de la Iglesia...

Desde luego, vamos a tener que aventurarnos en un terreno

que no es (aunque tampoco es lo que se le llama) el del puro rigor científico, pero pensamos que a veces vale la pena «soñar» un poco, extrapolar, hacer hipótesis, pues más allá de lo que constituye el campo de la rigurosa evidencia científica, está el rico terreno de las hipótesis plausibles y, más allá aún, el inmenso imperio de lo que quizá no sea más que ficción, pero que, sin embargo, puede muy bien contener cierta verdad en los hechos... Hasta aun aquello que a simple vista podría parecer fantástico, impensable, puede muy bien corresponder a una posibilidad o incluso a una realidad; las «hadas» pudieron no haber sido más que la población aborigen más pequeña, de piel oscura, rechazada por los invasores del comienzo de la Edad de Piedra o de una época más tardía. A este respecto, ha habido investigaciones muy curiosas, especialmente las de la antropóloga inglesa Margaret Murray, quien descubrió en la brujería británica la secreta supervivencia de la más antigua religión, la de las «hadas»... Nada prohíbe que nos arriesguemos a hacer análogas conjeturas en el terreno de la arqueología.

En nuestra opinión, el sabio, aunque no debe aceptarlo todo ciegamente, tampoco debe vacilar en examinar el hecho, la teoría, la leyenda más inverosímil en apariencia. Por esta razón, creemos que no hay que rechazar tan desdeñosamente, como frecuentemente se hace, los relatos asombrosos de muchos autores antiguos como Diodoro, natural de Agyre, en Sicilia, contemporáneo de Julio César.

Su inmenso repertorio histórico ha sido considerado generalmente como un montón de historias prodigiosas, de relatos inventados, mientras que —sin duda— existe en ellos una materia con significativas notaciones. Ésta es, al menos, nuestra opinión.

Y éste es el espíritu que nos inspirará a lo largo de este trabajo: a medio camino entre la ciega credulidad de unos y la sistemática negación de otros, nuestro único objetivo será el de presentar al público un cuadro de conjunto que permita presentir ciertas posibles direcciones de la investigación, in-

cluso presentando hechos de cariz inquietante, pero siendo conscientes en todo momento de que ante todo se trata de anticipar unas hipótesis *que permitan orientarnos un poco mejor en medio de las tradiciones relativas a las civilizaciones desaparecidas, así como los hechos arqueológicos cuyo misterio preocupa a nuestros contemporáneos.*

En una obra de este tipo es inevitable que intervenga no sólo la ciencia, sino también la extrapolación aventurada y (¿por qué no?) la ciencia-ficción.

PRIMERA PARTE

ENTRE LOS MUNDOS «IMAGINARIOS»

I. LA ETERNA ESPERA

El paraíso perdido

En todas partes, en todos los pueblos, encontramos una forma persistente de la eterna nostalgia humana de un «paraíso perdido».

«Remontándonos en las edades hasta la antigüedad más remota, encontramos —observa Emile Beauvois— en todos los pueblos cuyas viejas tradiciones subsisten hasta nuestros días, una leyenda común que ha sido transformada de acuerdo con las épocas o lugares, pero cuyas ramas se han desarrollado unas veces paralelamente, otras entrelazándose o injertándose la una en la otra para dar nuevas ramas que más tarde se han unido, a su vez, para separarse más tarde, y así sucesivamente. Se trata de la creencia en una tierra encantada donde habitan seres sobrenaturales y en la cual son admitidos los mortales que merecen vivir eternamente entre el placer y las delicias. Ese paraíso terrenal se ha situado tan pronto en Oriente como en Occidente, según fuera considerado la cuna o el lugar de reposo del género humano. Por influencia de con-

ceptos astronómicos, la Humanidad fue comparada con el astro que le da vida; unos pensaron que aquélla no podía provenir más que del lugar por donde sale el Sol, otros que la existencia para los escogidos tenía que prolongarse agradablemente allí donde el Astro del Día parece ponerse.»[1]

¿Se podría encontrar este Edén? Pregunta aparentemente absurda, pero que no lo es si se reflexiona bien. En efecto, en esas antiguas religiones se habla a la vez de una misteriosa morada de los muertos y de una región geográficamente determinada, accesible a los mortales en determinadas condiciones.

Por ejemplo, los griegos y los romanos no hablan sólo de los *Campos Elíseos* (glorioso reino de las almas privilegiadas), del *Jardín de las Hespérides,* sino de lugares más tangibles: *islas Afortunadas, la isla de Ogygie,* etc. Los celtas también hablan de un país que llaman *País de los Vivos, Tierra de Juventud, Isla de los Héroes...*

Pero volvamos a la antigüedad helénica: Homero sitúa los Campos Elíseos en un extremo de la Tierra, en un lugar concreto en el cual no existe el invierno, no hay nieve, no llueve nunca, y donde soplan unas dulces brisas oceánicas; las almas felices viven lejos, en Occidente, en las paradisíacas *islas Afortunadas,* situadas a 10.000 estadios al Oeste de África, lo cual, quizá, permite relacionarlas con las Canarias, cuyo maravilloso clima eternamente primaveral es ensalzado todavía.

Hesíodo, otro gran poeta heleno, sitúa el *Jardín de las Hespérides,* o sea, unas ninfas de Occidente, «Hijas de la Noche», al otro lado del océano Atlántico y exactamente hacia el Noroeste. Saturno (Cronos) fue relegado por Zeus a las extremidades de la Tierra, lejos del Olimpo, pero todavía reina aquí abajo entre los héroes admitidos, por un insigne privilegio, en las islas de los Bienaventurados, donde «la fertilidad del suelo hace florecer tres veces al año el árbol de los frutos suaves». Así, los griegos suelen situar las islas de los Bienaventurados, el Paraíso Terrenal, en las regiones *hiperboreales;* allí es donde

1. *L'Elysée transatlantique,* pág. 273.

Píndaro, por ejemplo, sitúa el antiguo país de los Gorgonas, el refugio de los Bienaventurados, la región de la felicidad y de la belleza terrenales: «Jamás una idea semejante —nos hace observar Beauvois— se les hubiese ocurrido a los meridionales, quienes, en efecto, buscarían su Elíseo en una zona más templada y más favorecida por la Naturaleza.»[2] De ahí surge la posibilidad de descubrir un origen celta en esas creencias. Realmente, en los celtas se encuentra también la idea de una reencarnación de las almas; según Lucain, los druidas enseñaban que «las almas no bajan a las silenciosas moradas de Erebo, ni al reino subterráneo del tenebroso Plutón, sino que el mismo espíritu anima los cuerpos en *otro mundo*».[3] Sin embargo, hay que observar que las tradiciones celtas también se valen ¡y con qué lirismo! de lugares maravillosos poblados de seres inmortales, de hombres que han escapado de la obligación física de envejecer y morir.

Los celtas de Gran Bretaña e Irlanda nos describen de esta forma la *Gran Ribera*, la *Tierra de los Vivos*, la *Llanura de las Delicias*, la *Isla de los Héroes*, la *Tierra de Juventud*, que se llamará *Terra Promissionis* cuando sobrevenga el período cristiano. Esta región misteriosa, generalmente de límites poco claros, se llama también *Iberia* (o sea, «occidental», en el sentido etimológico de esta palabra), pues se halla bastante lejos en dirección al Oeste, al otro lado del inmenso océano: hasta después de la era cristiana no se da ese nombre a la actual Península Ibérica (España y Portugal).

Según las leyendas celtas, dos caminos llevaban al Paraíso terrenal: las vías subterráneas, cuya entrada se encontraba dentro de ciertas cavernas misteriosas, y un itinerario marítimo, de acceso bastante peligroso, para el cual uno tenía que tomar, en puntos determinados de las costas, unos navíos divinos o a veces el caballo marino que conducía los muertos.

A este respecto, existen hermosas leyendas irlandesas sobre el *País de los Vivos*, poblado de radiantes criaturas feme-

2. *L'Elysée transatlantique*, pág. 282.
3. *Pharsale*, libro I, verso 454-57.

ninas, que a intervalos eligen sus esposos de entre los hombres. En el manuscrito *Echtra Condla Cain (Aventuras de Condla el Hermoso)*, vemos cómo el rey de Irlanda Condla *el Hermoso* o *el Rojo (Ruad)* —que reinó desde el 123 al 157 de nuestra Era— se encuentra de súbito ante una mujer extrañamente vestida, cuando iba en compañía de su padre al monte Usnech. Al ser interrogada, la extraña y maravillosa criatura respondió al joven: «Vengo del País de los Vivos donde no conocemos ni la muerte, ni la vejez, ni la infracción de la ley; donde siempre estamos de fiesta, donde practicamos todas las virtudes sin desavenencias. Vivimos en grandes colinas (sid), de donde vienen el nombre de *Aes Side* (Pueblo de las Colinas).[4] Condla acabó por seguir a la mujer en un *curach* —esquife— «de cristal», según la más curiosa versión de esta tradición. Un apasionado por la ciencia-ficción, sin duda, vería aquí un vehículo misterioso, pero será mejor no adornar la leyenda. Según otra leyenda, Merlín también habría partido hacia su última morada en una *mansión de cristal flotante*. En cuanto al rey Arturo, se decía que aún vivía, convertido en inmortal, en la *isla y la ciudad «de vidrio»*, de cristal puro.

Según las tradiciones irlandesas, esas *islas de Juventud (Eilean-nah-Oige)*, o «islas Verdes» *(An't-Eilean Uaine)*, estaban situadas muy lejos, hacia el Oeste, en el Atlántico, *allende los grandes mares*.

La localidad irlandesa de Bri-Leith se dice haber sido una de las «salidas» por las cuales los *Sids* de ultramar se comunicaban con la isla de los Gaëls. Asimismo, el fondo de ciertos lagos irlandeses pudieron servir, en otro tiempo, de puertas de comunicación entre la superficie terrestre y la morada encantada. La idea de un acceso directo a otro mundo, distinto del nuestro pero igualmente concreto, llegó a ser mucho más tarde uno de los temas favoritos de los escritores contemporáneos que cultivan la ciencia-ficción: el de los «universos paralelos» —es decir, la existencia de niveles de realidad más o menos

4. Citado por Beauvois, *L'Elysée transatlantique*, pág. 288.

distintos del que conocemos, y con los cuales podemos comunicarnos, llegado el caso. Se piensa también en una idea mucho más antigua, de la que la ciencia-ficción se ha vuelto a ocupar también, y de la que nosotros tenemos algo que decir: la de la posible comunicación entre nuestro mundo y pueblos que vivan bajo la superficie del Globo, en los abismos telúricos... Ciertamente, se trata de una hipótesis menos fantástica que quizá permitiría poder explicar esas leyendas desarrolladas en la verde Erín: la existencia de un contacto de los antiguos navegantes celtas, ya sea con la hipotética Atlántida, o con el continente americano. Observemos esa curiosa denominación de «País de las Colinas»; puede muy bien aplicarse a América del Norte con sus grandes túmulos gigantes llamados precisamente «Colinas» *(Mounds)*, y cuyo origen continúa siendo, en gran parte, misterioso.

Las tradiciones galesas también describen, con muchos detalles maravillosos, la *isla de Avalon*, el país de las *manzanas encantadas* (conocidas también en la mitología griega), lugar de esplendor donde reina una *virgen real* (es decir, una gran sacerdotisa soberana) y cuyos habitantes, que poseen todo en común, no conocen ni el dolor, ni la enfermedad, ni la vejez. En el siglo XIII, los galeses todavía creían que el rey Arturo, refugiado en esa isla de Avalon después de haber conquistado la inmortalidad, volvería un día para liberar a su patria del yugo de los sajones. Uno piensa aquí en las tradiciones bíblicas sobre Elías y Enoch, y en una leyenda nórdica (ésta más reciente), según la cual Ogier *el Danés* todavía estaría dormido en los sótanos de la fortaleza de Kronborg, o debajo de una colina de Dinamarca (recordemos también la leyenda alemana de Federico Barbarroja, dormido en las entrañas de la tierra).

El redescubrimiento del paraíso terrenal y la reconquista de la inmortalidad gloriosa coinciden en la leyenda: se comprende muy bien que esas dos aspiraciones humanas hayan coexistido perpetuamente, y que las miserias que el hombre soporta le hayan hecho soñar eternamente en un edén donde

ya nc sufriría, donde la vejez y la muerte dejarían de ejercer su inexorable influencia.

Y, un poco en todas partes, encontramos una gran esperanza: la que asegura la posibilidad de alcanzar la gloriosa mansión de la inmortalidad.

¿Y reencontrado?

En todas las tradiciones existen leyendas que nos ilustran sobre los hombres privilegiados —los héroes— que han podido encontrar por sus propios medios el misterioso y temible camino del paraíso terrenal. Por otra parte, no se sabe bien si estas leyendas heroicas hablan siempre de un lugar tangible, que existe en nuestro mundo visible o en los extremos confines de éste, o se trata, por el contrario, de otro plano de realidad, de un más allá. He aquí, por ejemplo, un pasaje de Homero, extraído de la *Odisea* (IV, 561): «En cuanto a ti, Menelao, retoño de Júpiter, no está escrito en tu destino morir en Argos (...). Pero los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos y a los extremos de la Tierra, allí donde está el fauno Radamanto; allí la vida es más fácil para los hombres. No hay nieve, ni mucho invierno, ni lluvia. Pero siempre el océano envía los soplos de la suave respiración de Cefiro, para refrescar a los hombres, porque Helena es tuya y tú eres yerno de Júpiter.»

Hay que recordar que las descripciones pueden aplicarse no solamente al más allá, sino también a los dominios aún más gloriosos explorados por la privilegiada imaginación del mís-

tico, del visionario o del teósofo, siendo estas descripciones concretas y simbólicas a la vez. De éstas se encuentra una diversidad en las tradiciones espirituales, y haría falta todo un volumen para trazar solamente una pequeña visión de conjunto. En lo que se refiere al Irán, por citar sólo un ejemplo claro, nos remitimos a la obra reciente del profesor Henry Corbin, de la Escuela Práctica de Altos Estudios (Sorbona): *Terre céleste et Corps de Résurrection,* publicado en París (por Buchet-Chastel et Corrêa) en 1960, donde el gran especialista francés del iranismo nos explica maravillosamente el mecanismo de todos los suntuosos paisajes visionarios.[5]

Pero, haciendo una deliberada abstracción de su complejo simbolismo esotérico, todas esas tradiciones de reconquista del paraíso perdido expresan la incoercible nostalgia del hombre, que sueña desde siempre en la reconquista de una inmortalidad gloriosa. Ésta es la razón de que tantas designaciones prodigiosas nos describan, en los mitos helénicos y célticos, las maravillas, por ejemplo, de la isla santa primordial, de la antigua *Tule,* llamada también por los griegos *Elixioia, isla de Cristal, isla de las Manzanas de Oro,* etc. Evidentemente, esta isla maravillosa se nos describe como la que contiene la fuente de la inmortalidad, lo cual permite a una minoría heroica librarse de manera definitiva de la existencia fenoménica y recuperar el estado sobrehumano anterior a la caída. Se creía que superando enormes peligros, los héroes podían llegar a encontrar —en la isla o en la región— esta famosa *Fuente de Juventud,* tan conocida en la mitología griega, pero que figura un poco en la de casi todos los pueblos; por ejemplo, las tradiciones árabes sitúan la Fuente que ellos llaman de *Ilia,* de *Eli* o de *Kheder* en la extremidad del *Mod'hallam,* el oscuro y tenebroso mar, en una región sombría, llamada *Dolmat,* allí donde el profeta Mohamed bebió tantas veces el agua de esta gloriosa fuente de la vida.

Se han llevado a cabo numerosas tentativas para encontrar

5. Véase especialmente en dicha obra el 2.º cap. de la 1.ª parte.

la legendaria Fuente de Juventud con la mayor seriedad, a lo largo de la Antigüedad y de la Edad Media. En el siglo XVI todavía se creía en su existencia concreta, como lo muestra el extraño libro que fue escrito por Hubert de Lespine: *Descripción de las admirables y maravillosas regiones lejanas y extrañas regiones paganas de Tartaria, y del principado de su soberano Señor, con el viaje y la peregrinación de la Fuente de Vida, llamada también de Juventud,* París, 1558.

Obsérvese la localización, situada esta vez en «Tartaria», o sea, en Asia Central, de esta región que el esoterismo y el ocultismo contemporáneos pueblan aún de increíbles prodigios.

Pero volvamos al Paraíso Terrenal en su localización, helénica y céltica, en los extremos occidentales de nuestro Globo. ¿Por qué, pues, resulta tan difícil dar con él? Grandes peligros acechan, sin piedad, al viajero temerario: al comienzo de la Era cristiana, Tertulio e Isidoro de Sevilla creen todavía que el Paraíso Terrenal está separado del mundo habitable por una zona ignorada rodeada de una infranqueable muralla de fuego, y esta creencia fantástica persistirá durante siglos... No obstante, se creía que unos pocos privilegiados habían logrado vencer los terribles peligros del viaje hacia el reino paradisíaco.

Con frecuencia, en las tradiciones cristianas, será un santo quien realizará empresa tan temeraria. Una crónica española popular, titulada *Historia de la vida del bienaventurado san Arano,* nos cuenta los intrépidos viajes de ese santo hasta el legendario Paraíso Terrenal. Para llegar a él, el héroe atraviesa mares congelados de inmensa extensión, recibe avisos misteriosos y, por último, llega ante un palacio magnífico situado a la entrada del Paraíso, pero sin poder penetrar en el jardín de las delicias eternas.

Otro relato medieval muy poético, el del monje de Evesham, Inglaterra (1196): en compañía de san Nicolás en persona, visita el purgatorio, el infierno y el paraíso...

Pero la más célebre de estas crónicas edificantes es, sin duda, la de los viajes de san Brandán, de san Malo y de sus compañeros, todos audaces monjes irlandeses. En el año 565, san

Brandán y sus arriesgados compañeros habrían terminado por desembarcar, muy lejos, hacia el oeste de las Islas Británicas, en una isla fabulosa en la que se encontraba la entrada del Paraíso Terrenal. Pero antes de llegar a éste ¡cuántas peripecias terribles y extrañas! Para dar sólo una muestra de estas asombrosas maravillas, san Brandán y sus compañeros, en el curso de sus peregrinaciones, encuentran una isla «de un cristal muy puro, tan transparente que distinguían el altar a través de ella». En el interior, la luz solar se esparce con toda libertad como si no hubiera ninguna pared. Se trata, evidentemente, de un enorme iceberg, pero he aquí el prodigio: «Ellos vieron sobre el altar un cáliz de oro y una patena de oro que destelleaban al sol... jamás sacerdote alguno puso sobre su cabeza casulla tan resplandeciente, pues al hacer el oficio aparecía, por efecto de la Gracia Divina, todo vestido de arco iris.»

No obstante, san Brandán conseguirá alcanzar la isla de *Ima,* rodeada de un muro de oro transparente como el vidrio y brillante como un espejo.

La era de los grandes descubrimientos de la época moderna coincidirá de nuevo, al menos en sus comienzos, con esos sueños de una fantástica reconquista del Edén perdido: Cristóbal Colón mismo, según un eminente especialista, el profesor S. B. Liljegren (de la Universidad de Upsala, en Suecia), habría buscado también —según antiguas tradiciones cabalísticas— el Paraíso perdido, la fuente gloriosa de las primeras civilizaciones.[6]

Puede surgir una gran pregunta: las tradiciones de viajes al «Paraíso Terrenal» ¿no podrían explicarse, en definitiva, por el recuerdo relativamente claro del descubrimiento de una región geográfica determinada? A este respecto, el atrevimiento de ciertos intérpretes no tuvo límites, evidentemente, hasta en plena era positiva: en estas condiciones, el antiguo Paraíso Terrenal pudo haber sido localizado absolutamente en todas

6. SAURAT, *L'Atlantide et le règne des géants,* pág. 135.

las partes de nuestro Globo. He aquí un ejemplo bastante característico de esas tentativas de redución histórica del mito adámico: en un trabajo publicado en Madrid, en 1815,[7] don Juan Bautista de Erro demuestra que la lengua que Adán hablaba en el Paraíso Terrenal no era otra que la lengua vasca...

Desde un punto de vista científico, el problema de una localización geográfica del Paraíso Terrenal no está desprovista, sino más bien al contrario, de un interés positivo: no hay nada de imposible —se concibe— en que los navegantes antiguos y medievales, maravillados por tal o cual país, hayan contribuido, mediante sus bellos relatos, a dar más peso a esas tradiciones.

Los galeses, por ejemplo, poblaban de prestigiosos descubrimientos el extremo opuesto del Océano Atlántico que bañaba sus riberas; allí es donde situaban el paradisíaco *País de los Sids,* con la Fuente de Juventud.

Sin duda se puede encontrar el recuerdo claro, aunque embellecido, de grandes viajes marítimos hacia América; las tradiciones galesas hablan, en efecto, de las *islas verdes de las corrientes* —tales corrientes (marinas) eran, sin duda alguna, el Gulf Stream. Incluso después de su redescubrimiento moderno, el Nuevo Mundo continuará durante mucho tiempo poblado de prodigios increíbles: se buscará allí la Fuente de Juventud, el Eldorado, etc. Es indudable que el estudio cuidadoso de antiguas tradiciones y leyendas sobre países misteriosos es el eco bastante preciso de peregrinaciones reales, incluso de muy lejanos sucesos humanos a escala mundial, y especialmente de grandes migraciones que se remontan a la época prehistórica: «Las tribus humanas han estado eternamente en movimiento por toda la superficie del Globo y los grupos que partieron hacia alguna tierra distante de Canaan, siempre comprobaron que otros les habían precedido.»[8]

7. El mundo primitivo, o examen filosófico de la Antigüedad y cultura del País Vasco.

8. Harold Preece, *La véritable mission de Christopher Colomb* («Rose-Croix», n.° 20, diciembre 1956, págs. 15-23), pág. 15.

Las *islas Afortunadas* —se puede discutir— pueden muy bien haber sido las Antillas, que los navegantes griegos y fenicios parecen haber conocido desde la Antigüedad.

En cuanto a los navegantes irlandeses, conocieron —sin duda—, desde los primeros siglos de nuestra era, las Antillas, el Canadá, México, así como el Perú. Existe una multitud de elementos geográficamente ciertos en los relatos que nos ilustran al monje navegante san Brandán o Brandon y a sus infatigables compañeros llegando a una isla donde pacen «ovejas todas blancas y gordas como bueyes» (se trata de las llamas de los Andes), luego «la isla de los pájaros» y, además, una isla vecina.

La misteriosa «isla de san Brandán», tan buscada en vano por numerosos navegantes y que, no obstante, figurará en la mayor parte de los atlas y cosmografías del siglo XIV al XVIII, quizá no era —en definitiva— (pero ya tendremos ocasión de volver sobre el tema, pues es una cuestión realmente controvertida), más que una región occidental de América, poco determinada, por desgracia. En cambio, se puede ser preciso con los descubrimientos realizados por el mismo san Brandán en las regiones árticas; ciertamente descubrió la alucinante isla Jan Mayen y su enorme volcán abrupto, el Beerenberg, que estaba entonces en plena erupción.

Durante muchos siglos se notará la indiscutible fascinación de muchos europeos por las regiones nórdicas, que permanecieron desconocidas durante milenios. Hasta las regiones de Alemania y de los Países Bajos actuales eran, durante la Antigüedad clásica, muy misteriosas todavía, y se podían introducir fenómenos extraños. He aquí un libro curioso, el de Charles Joseph de Grave, cuyo mismo título ya indica el contenido: *República de los Campos Elíseos, o mundo antiguo, obra en la que se demuestra, principalmente, que los Campos Elíseos y el Infierno de los Antiguos son el nombre de una antigua República de hombres justos y virtuosos, situada en el extremo septentrional de la Galia y, sobre todo, en las islas del Bajo Rhin, que ese Infierno fue el primer santuario*

en la Iniciación a los Misterios y que Ulises fue iniciado allí.[9]

Cuando se pasa a las regiones francamente hiperboreales (Escandinavia, Islandia, Laponia, Groenlandia, etc.), esta fascinación se multiplica: hasta el viajero actual se maravilla ante los fenómenos extraños y espléndidos (auroras boreales, sol de medianoche...) que alternan en esos lugares; ¡puede imaginarse cuánto debía trabajar la imaginación de los primeros descubridores venidos de países más meridionales ante tales prodigios aparentes!

En suma, es fácil concebir cómo y por qué numerosas narraciones sobre el «descubrimiento del Paraíso Terrenal» se explican a fin de cuentas por el antiguo conocimiento de regiones geográficamente bien determinadas. Sin embargo, existen ciertas leyendas más inquietantes, las que describen países desconocidos por la ciencia geográfica y que parecen realmente situados fuera de la superficie terrestre, tal como la conocemos: «¿se trataría, pues, de "universos paralelos", para complacernos de nuevo en esa hipótesis predilecta de los autores de novelas y relatos de ciencia-ficción, y que, por otra parte, podría muy bien corresponder a descubrimientos que un día se establecerán científicamente?»

Según ciertas tradiciones, la parte del mar del Norte situada completamente al norte de Escocia, entre ese país e Islandia, sería un lugar mágico, en el cual el navegante podría perderse en extrañas extensiones demoníacas.[10] Se dice que también existirían lugares (Islandia, montañas de Arizona, Inglaterra meridional, etc.) en los que unas cavernas misteriosas permitirían el acceso a otros planos de realidad espacial o temporal, facilitando una comunicación directa entre nuestro siglo XX y épocas lejanas, e incluso con otros planetas distintos al nuestro... Desde luego, ¡es imposible tener una confir-

9. GAND, 1806, tres volúmenes.

10. Éste es el tema de una novela fantástica del autor belga Jean Ray: *Le Psautier de Mayence.*

mación de tales prodigios, en los que estamos en plena ciencia-ficción!

Caín, el asesino, según un manuscrito de la Biblioteca Nacional: los *Viajes*, del señor Bertrandon de la Brocquière, se habría retirado al «país de *Nod*» (o «de Naïd»); al parecer, no ha quedado ningún recuerdo entre los hombres de ese país, cuyo nombre procedería, en realidad, de la palabra hebrea *nad*, errante; en ese país desconocido es donde el fratricida habría construido la extraordinaria ciudad de *Anuchta* que hasta la fecha ha permanecido inexorablemente oculta a todos los viajeros...

He aquí otra tradición, más extraña todavía: las leyendas árabes de las *Mil y una Noches* sitúan la sepultura de Adán en la misteriosa cueva de *Magaret al Conouz*, situada en el Paraíso Terrenal *sobre la montaña de los Hijos de Dios*. Allí fue donde Rocail, el hijo preferido de Adán, se hizo su ministro y se construyó su sepulcro; unos autómatas perfeccionados, que son animados por ciertos talismanes mágicos, llevan a cabo en ese lugar todas las tareas que pueden realizar los hombres de carne y hueso.

En las tradiciones árabes populares también se mencionan seres que habitaban el Universo antes que Adán, y que hablaban una lengua desconocida, el *bialban*. El mismo Adán, a su llegada a la isla de Srendib (¿Ceilán?), habría sometido a una raza extraña: el pueblo de los «hombres de la cabeza plana», originarios, sin duda, de la isla de Mousham, una de las Maldivas...

Mencionemos ahora todo cuanto se refiere a regiones extraordinarias situadas, al parecer, en otro planeta. Los pitagóricos, incluso, habían desarrollado una doctrina muy curiosa: la de la *contra-Tierra*, o sea, el planeta hermano que se considera que ocupa con relación a la Tierra el otro centro de la órbita elíptica alrededor del Sol; como está disimulado por el propio astro solar, nos resulta imposible observarlo normalmente... Hay ciertos mitos de los rabinos cabalísticos que son todavía más complejos, ya que postulan la existencia parate-

rrestre suplementaria de dos planetas opuestos, pero de una naturaleza francamente «negra», infernal: *Lilith* es, con relación al segundo centro (la Luna), una «tierra negra» (el infierno). *Hécate,* ella, la «Luna negra», tendría como correspondencias simbólicas las diosas Diana en la Tierra y Proserpina en los Infiernos (aquí se observa el uso de un simbolismo mitológico griego por especulaciones de gnosis judaica).

Pueblos subterráneos

A veces, como sucede en Asia Central (mito de Aggartha), en Islandia, en California, etc., se han servido de una realidad fantástica: la existencia de pueblos misteriosos que viven en lo más profundo de las entrañas de la Tierra.

Numerosas leyendas —islandesas, irlandesas (sobre los *Tuatha*), algunos pueblos primitivos de Nueva Guinea (sobre los *Damas*), etc.— describen a pueblos que habrían entrado en otra época en el interior de la Tierra, donde todavía viven.

Esos pueblos misteriosos se comunicarían con la Humanidad en determinadas ocasiones: véanse las tradiciones celtas de Irlanda sobre la noche de *Samain* (el 31 de octubre), en la cual los hombres entran en contacto con los representantes del «Pequeño Pueblo», raza humana desaparecida de la superficie y que desde entonces vive bajo tierra, que se describe a la vez en Irlanda y en la Polinesia (Lévy-Bruhl, especialmente, pudo estudiar esos curiosos mitos). En realidad, en todos los lugares del mundo se encuentran narraciones prodigiosas de viajes hechos por hombres a las entrañas del Globo: en este

sentido, existe una tradición popular valona que pretende que el menhir llamado *Piedra del diablo,* cerca de Namur, oculta en realidad un subterráneo que conduce a prodigiosos abismos telúricos. En una de las islas del lago de Derg (en Irlanda) estaba situado el famoso *Purgatorio de Saint Patrick,* lugar de iniciaciones subterráneas que será muy respetado hasta la época de Colón.

En el curso de esos misterios telúricos irlandeses, el recipiendario (nuevo electo) se dice que era purgado en un día y una noche de todos los pecados contraídos desde la hora del nacimiento; pero las pruebas por las que tenía que pasar eran muy peligrosas (habrían muerto muchos): el candidato tenía que soportar los suplicios infernales y, luego, ser atormentado por los «demonios». Además, hacía falta una larga preparación: quince días de ayuno, quince días de oración..., luego, el candidato, después de haber comulgado, y de haber hecho celebrar sus exequias exactamente como si hubiera muerto, era conducido con gran pompa a la entrada del Purgatorio, y se lanzaba intrépidamente a los abismos. Tras haber atravesado las regiones infernales y a continuación la «columna de fuego» que se alzaba en las tinieblas como un prodigioso faro —exactamente entre la esperanza y la desesperación eternos—, el candidato penetraba por fin en el Paraíso Terrenal donde el hombre no supo vivir, maravillosa morada de transición entre el purgatorio y la mansión celeste. Se decía que fue san Patricio en persona quien había dado a conocer a sus fieles esta región subterránea «en la cual quien entre en estado de gracia y salga victorioso de las pruebas que allí le esperan tiene un lugar reservado en el Paraíso».

Desde hace tres siglos, el agujero de san Patricio fue cubierto por orden de las propias autoridades eclesiásticas, alarmadas de ver cómo se perpetuaban unos misterios cuyo origen era muy anterior al cristianismo. Pero hoy en día todavía subsiste un tradicional peregrinaje a *Station Island,*[11] una de

11. *Station* significa aquí «ejercicio» religioso.

las islas del Lough Derg: los irlandeses realizan allí concienzudamente sus tres días completos de penosos ejercicios religiosos (plegarias, ayuno, mortificaciones, Vía Crucis), ignorantes de que no se trata más que de la supervivencia de los ritos preparatorios que precedían a antiguos misterios celtas cristianizados —los cuales han sido suprimidos por la Iglesia moderna.

Se encuentra con frecuencia, y datando de fechas muy antiguas, esta utilización ritual de cavernas para misterios, iniciaciones...

A menudo, estas tradiciones sobre los misterios telúricos toman el aspecto de una verdadera geografía fabulosa del mundo subterráneo: bajo tierra existe otro mundo, otras regiones, iluminadas por otros astros; en múltiples casos, el mito simbólico y la realidad se entremezclan íntimamente...

Según la mitología escandinava, en el centro del mundo existiría un árbol gigantesco que uniría la tierra con el cielo y que engendraría todos los seres vivos, pues no es nada más que la causa primera de todas las cosas manifestadas. Continuando con la mitología escandinava, ésta puede considerarse como el tipo de las tradiciones cosmológicas fabulosas sobre la disposición, la ordenación jerárquica de toda la realidad visible e invisible. Veamos, pues, como procede, lo cual nos permitirá comprender mejor este tipo de pensamiento místico e imaginativo, en el que se pasa del mundo divino a las tinieblas por toda suerte de transiciones.

He aquí, esquematizado, todo el sistema del universo escandinavo.[12]

12. Según Henri WHEATON, *Historia de los pueblos del Norte*, traducido del inglés por Paul Guillot, París, 1844, lámina frente a pág. 32.

CENIT	MUNDOS	HABITANTES
	1. *Mospelheim* o el Empíreo	El Padre Universal. *Allfader* — Los poderes superiores, *Opprigen, Ginnegin,* y los hijos de *Muspell.*
	2. *Lidsfaheim* o *Gimle* (el Éter)	Los espíritus de luz y del fuego. Las hadas de la luz.
	3. *Godheim* o *As-Gard* (el firmamento visible)	Los dioses del cielo, de los astros.
	4. *Vannaheim* o *Vindheim* (la atmósfera terrestre)	*Vanir,* los dioses del cielo de las nubes.
	5. *Mannheim* o *Midgard* (el centro de la Tierra)	Los hombres.
	6. *Jotunheim* *Utgard* (lo que hay al otro lado del océano que rodea a la Tierra)	*Jôtnan,* los gigantes o genios, las hadas, las elvas.
	7. *Svartalfheim* (el interior de la Tierra)	Los enanos o gnomos.
	8. *Helheim,* o *Nifthel* (morada de las sombras en los confines más alejados de la Tierra, allí donde el país de los gigantes se pierde en el *Niflheim* o mundo fabuloso)	La diosa Héla y los muertos.
	9. *Niflheim* (el espacio frío que se encuentra fuera del *Helheim,* con el lago de las serpientes *Hvergelmir* y la ribera de los Muertos, *Naströnd,* los puntos más profundos del Universo.	
NADIR		

Pero la idea de mundos subterráneos evoca muy especialmente las descripciones teosóficas de *Aggartha,* ese mundo fa-

buloso que, muy lejos en las misteriosas montañas del Tibet y los desiertos de Mongolia, desenredaría el prodigioso laberinto de sus fantásticas ciudades subterráneas, donde reside un pueblo de grandes iniciados, heredados de los extraordinarios conocimientos espirituales —científicos y técnicos asimismo— de las civilizaciones desaparecidas. En realidad, es extremadamente difícil obtener sobre este asunto unas precisiones capaces de provocar la convicción de los escépticos, y los ocultistas y teósofos actuales se valen, en la mayor parte de los casos, de revelaciones un tanto recientes que se remontan justamente a finales del siglo pasado. Uno de los escasos autores que aportan testimonios que, a primera vista, parecerían provenir directamente de las tradiciones de los lamas del Asia Central es Ferdinand Ossendowski, en la 5.ª Parte de su apasionante libro *Bestias, hombres y dioses*: mongoles dignatarios le habrían contado cosas prodigiosas, pero cuya credibilidad no obedece, evidentemente, a los rigurosos imperativos científicos modernos que rigen el valor efectivo de los testimonios: «Hace más de seis mil años, un hombre desapareció con toda una tribu (mongol) en el interior de la Tierra y nunca más ha vuelto a aparecer en la superficie (...). Nadie sabe dónde se encuentra ese lugar. Unos dicen que es Afganistán; otros, la India (...). La ciencia se ha desarrollado allí en la tranquilidad, nada está amenazado de destrucción. El pueblo subterráneo ha alcanzado el más alto grado de saber. Ahora es un gran reino, que cuenta con millones de individuos sobre los cuales reina el Rey del Mundo (...). Esos pueblos y esos espacios subterráneos son gobernados por jefes que reconocen la soberanía del Rey del Mundo (...). Se sabe que en los dos océanos mayores del Este y del Oeste había en otro tiempo dos continentes (Atlántida y Lemuria). Desaparecieron bajo las aguas, pero sus habitantes pasaron al reino subterráneo. Las cavernas profundas están iluminadas por una luz especial que permite el crecimiento de los cereales y vegetales y da a las gentes una larga vida sin enfermedades. Allí existen numerosos pueblos, numerosas tribus (...). Ellos (los habitantes

del mundo subterráneo) pueden desecar los mares, cambiar los continentes a océanos y extender las montañas por entre las arenas del desierto (...). En extraños carros, desconocidos para nosotros, franquean a toda velocidad los estrechos pasadizos del interior de nuestro planeta.»[13]

Naturalmente, ningún sabio podrá pronunciarse, decirnos si esos relatos corresponden a realidades o si se trata de tradiciones simbólicas en el sentido esotérico oculto. Pero muchos de los ocultistas occidentales no vacilan en mostrarse totalmente afirmativos a este respecto. Tenemos ante nuestros ojos un volumen publicado en París en 1947[14] y redactado por un hombre que pretende ser nada más y nada menos que el soberano del prestigioso reino subterráneo, es decir «el Augusto Maha-Chohan Kout Houmi Lal Singh, de Aggartha Sangha, Señor de Shambalah».

Todo comentario resultaría superfluo...

13. *Bestias, hombres y dioses.*

14. *Wesak* (2900, 1947). *Elements de réalisation espirituelle Essentielle.* El autor de esta proclama, comprometido en los oscuros asuntos de magia sexual y abuso de confianza, fue expulsado de Francia en 1948.

II. LO QUE REVELAN LAS VIEJAS TRADICIONES

Tradiciones

Los mitos que nos relatan la historia fantástica de civilizaciones desaparecidas hace ya tiempo son parte integrante de diversos esoterismos, donde generalmente se los encuentra asociados a no menos antiguas doctrinas sobre la progresiva caída de nuestra pobre humanidad.

De ahí surge materia para investigaciones comparativas en regla sobre esos mitos y sobre los tan antiguos símbolos que los ilustran.

Un erudito peruano poco conocido, Pedro Astete (1871-1940), pudo realizar un estudio general de los principios fundamentales del simbolismo tradicional, considerando a tal fin la génesis y la significación profunda de motivos verdaderamente tradicionales como el *svastika,* precursor de la cruz gamada, que los etnólogos han podido encontrar por todo el mundo, desde la antigua India hasta América del Norte.

Por otra parte, se encuentran por todo el Globo tradiciones relativas a una raza primitiva gloriosa, semidivina, dueña de

la Tierra en otro tiempo antes de sufrir un espantoso castigo cataclísmico, por haber querido igualarse a las propias divinidades. Incluso a veces los mitos pretenden remontarse al propio origen de los tiempos, describiéndonos las diversas y espontáneas formas de las emanaciones originales de la Divinidad; de donde, asimismo, proviene la idea de un retorno final al estado glorioso del cosmos: «nuestro Universo, nebulosa del espacio, es el embrión de un Dios constelar antes de su nacimiento, o, pues ¿cómo decirlo?, de una constelación divina, y todo aquello que la compone está ahí en espera de la patria celeste: se dice que el Sol y todo su sistema se dirige hacia el cielo o las regiones de la constelación de Hércules, que los otros llaman de Orión».[1]

Así llegamos, más allá de la Historia fabulosa, a la teogonía y a la cosmogonía...

Al igual que los prestigiosos mayas-quichúa de América Central, los aztecas del antiguo México, por ejemplo, creían que varios mundos sucesivos se habían derrumbado antes que el nuestro, en cataclismos, cada uno de los cuales habría eliminado la totalidad de los hombres que poblaban nuestra Tierra. Cada uno de esos «soles» —ése es el término con que designan esos ciclos— era determinado por la fecha de su desaparición y, sobre todo, por el carácter especial del cataclismo: el cuarto de esos ciclos cósmicos, el «Sol del Agua», llevaba el nombre de *Naui-Atl* («Cuatro Aguas»), pues había terminado con un formidable diluvio. El mundo en que vivimos nosotros, el quinto, tendría su destino final exactamente determinado por su fecha de nacimiento, aquella en la cual nuestro Sol se puso en movimiento: los aztecas le llamaban *Naui-Ollin* (el glifo *Ollin* es un símbolo formado por una cruz de san Andrés y por la figura del dios solar; significación del símbolo: «movimiento» —y también «temblor de tierra»).

No hay que olvidar el aspecto fantástico de los mitos teogónicos y cosmogónicos de esos antiguos maestros de México.

1. Barón d'ESPTARD de COLONGE, *La chute du ciel*, pág. 182.

En el origen de todos los seres, los aztecas colocaban a la pareja primordial: *Ometecuhtli,* Señor de la dualidad, y *Omeciuatl,* Dama de la dualidad. El dios y la diosa tenían su trono en la cima del Mundo, en el decimotercer cielo, allí donde el aire es «frío, delicado y helado»; de su fecundidad eterna habían nacido todos los dioses y luego los hombres. Pero el Dios supremo era *Uitzilopochti,* que simbolizaba el Sol en el cenit. Su madre, *Coatlicue,* que tenía la falda llena de serpientes, diosa de la Tierra, había tenido, sin embargo, antes incluso del Sol, a los dioses de las estrellas (llamados «los 400 del Sur»), y también a la diosa lunar *Coyolxauhqui,* encarnación femenina de las tinieblas nocturnas...

El aspecto terrible de la religión azteca, tan rica en ritos sangrientos, no debe hacer olvidar la existencia de tendencias opuestas, que se manifiestan en la persona de *Quetzalcóatl,* la «serpiente de plumas»; con el nombre de *Xolotl* (dios con cabeza de perro), incluso descendió a los infiernos del Mictlan para buscar los esqueletos de los muertos antiguos y hacer de ellos seres vivientes. Quetzalcóatl era considerado como el inventor divino de las artes, de la escritura y del calendario; frente a él, el sombrío dios nórdico del cielo nocturno, de la guerra, de los maleficios, *Tezcatlipoca,* quien —según la tradición— había echado a la «serpiente de plumas» de su glorioso reino de *Tula. Tula* era, para los aztecas, la isla maravillosa, el paraíso terrenal que existía lejos del Nordeste del Atlántico con relación a México, y que resulta, pues, ser idéntica a la luminosa isla de *Tule,* de la que hablan los grandes mitos griegos y celtas. Así es como surge el problema del Edén nórdico, de la fabulosa *Hiperbóreas.*[2]

En todos los rincones de la Tierra —como decíamos al principio de este capítulo— se encuentran viejas tradiciones fabulosas —tanto orales como escritas— relativas a la existencia en tiempos lejanos de grandes islas, de extensos territorios, incluso de continentes enteros engullidos por las olas

2. Véase *infra,* 1.ª Parte, cap. III, C.

o destruidos, por el contrario, por los «fuegos del cielo».

Por otra parte, es sorprendente ver aquí y allá —veremos esto en la segunda parte de esta obra— ruinas, monumentos extraños, enigmáticos, que parecen —al menos a primera vista— no relacionarse con ninguna civilización conocida de la Historia (al menos a la que obedece a los rigurosos imperativos del método científico); así pues, se nos plantea constantemente este fascinante y grandioso problema de las civilizaciones desaparecidas.

Razonando de la misma manera, algunos autores no vacilan en imaginar lo que pudo ocurrir en otro tiempo con Lemuria, los atlantes, etc., haciendo observar que nuestra propia civilización también se encuentra al final del ciclo. Evitaremos enredarnos en especulaciones apocalípticas, a pesar de todo y reconociendo que la angustia contemporánea, por desgracia, es difícil que se alarme por puras quimeras.

Sin embargo, la idea de apocalipsis periódicas es susceptible de un tratamiento científico. La creencia en los castigos cósmicos divinos (o kármicos) queda fuera de toda comprobación objetiva; pero la existencia, en tal o cual época, de formidables cataclismos, diluvio universal, choque con un cuerpo celeste, lluvia de grandes meteoritos, etc., dista mucho de ser por completo incomprobable. Si bien científicamente hablando no puede afirmarse nada exacto, no es en absoluto irrazonable aventurarse a emitir hipótesis. Tomemos, por ejemplo, las grandes migraciones de la Prehistoria y de la Protohistoria: el afán de conquista y la búsqueda guerrera de un espacio vital quizá no son suficientes para explicarlo todo. El doctor Gidon pudo explicar de una manera totalmente válida la gran expansión de las tribus guerreras celtas en la Edad del Bronce debido a la huida de esas poblaciones ante la invasión por el mar de una enorme parte de su suelo.[3]

3. Véase *infra*, en el capítulo sobre la Atlántida.

Los gigantes

El problema de la existencia de pueblos de *gigantes* en la llamada época «antediluviana» ha hecho soñar mucho a los hombres desde hace siglos...

Los sabios modernos tienden a mostrarse francamente escépticos, al contrario de las afirmaciones categóricas de la famosa obra de Nicolas Habicot: *Dissertation sur les ossements du géant Teutobochus, roi des Cimbres,* París, 1613.[4]

Y, sin embargo, es posible hacer unas observaciones inquietantes.

El descubrimiento de huesos de gigantes humanos no es ya una leyenda. Se han encontrado tres restos reconocidos científicamente como huesos de hombres de una estatura gigantesca, uno en el Transvaal, otro en el sur de China y el otro en Java. No parece que se trate de aberraciones extrañas, análogas a los fenómenos exhibidos en los circos, sino de una talla normal para el conjunto de la población en cuestión.

Por otra parte, se ha encontrado en Siria, y también en Moravia, utensilios de piedra de un peso de tres a cuatro libras, y cuyo tamaño sobrepasaba los 3 o 4 m (excavaciones de Burkhalter en Moravia).

Los gigantes habrían desaparecido (esto es lo que da a entender el estudio comparativo de las tradiciones) en el transcurso de la Era terciaria, mientras que la Humanidad actual había comenzado a existir desde hacía ya un millón de años. Se ha intentado explicar este gigantismo de los «antediluvianos» con razones de tipo científico: en la cosmología lunar de Hörbiger, por ejemplo, la fuerza distinta —más intensa— de la atracción lunar, mucho más fuerte en períodos anteriores

4. De hecho, ese esqueleto de un «gigante» de 7,5 m de altura fue presentado en setiembre de 1842 a la Academia de las Ciencias, que constató que aquella osamenta pertenecía a un animal fósil del género de los mastodontes (especie de elefantes gigantes).

que en la actualidad, habría favorecido la aparición de especies de una estatura gigantesca —incluyendo las razas humanas.

Antiguos exegetas, como Lapeyrière, en sus *Prae-Adamitae* (1655), ya hablaban de esos famosos gigantes, y las leyendas antiguas son asimismo prolijas en lo que respecta a la afirmación de la existencia, en otras épocas, de pueblos temibles, de una estatura gigantesca, cuyo recuerdo se encuentra en gran parte del folklore.

No obstante, es imposible encontrar algo realmente preciso desde el punto de vista científico en todas esas historias fabulosas, excepto en algunos casos muy raros; hay, pues, tradiciones peruanas que hacen referencia, de una manera bastante detallada, a una raza de gigantes, los *Huaris,* que habrían levantado un gran número de las construcciones ciclópeas repartidas por toda la región andina. Hörbiger y sus discípulos se han obstinado asimismo, con sus grandes hipótesis arqueológicas algo aventuradas, en querer probar el gigantismo y la época fabulosamente antigua del gran pueblo constructor de las ruinas realmente colosales de Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca. Pero hay que señalar que la mayoría de los arqueólogos están lejos de compartir esas teorías.

Con seguridad, la romántica hipótesis de una raza de gigantes espléndidos y constructores, permitiría resolver fácilmente el misterio de los edificios ciclópeos y, principalmente, el problema de los monumentos megalíticos (menhires, dólmenes, piedras, oscilantes, crómlechs).

Pero no hay nada comprobado en esas suposiciones: incluso se puede objetar que, en el terreno de las tradiciones sobre las civilizaciones desaparecidas, no hay nada que pruebe la existencia necesaria de gigantes que hubiesen poblado los fabulosos continentes: recordemos, por citar el ejemplo más conocido, que el famoso relato de Platón no menciona en absoluto una talla gigantesca de los atlantes.

El reino de las madres

Si bien no hay nada que permita generalizar —todo y dejando como posible la existencia de poblaciones antiguas de talla claramente superior a la normal,[5] la Ciencia permite confirmar otra tradición: la que asegura que toda la potencia masculina habría sido precedida, en otro tiempo, por la de las mujeres, soberanas y sacerdotisas. Contrariamente a una opinión científica corriente, la existencia de un *matriarcado* primitivo no es, en absoluto, una invención de etnólogos románticos: en la Antigüedad encontramos, por ejemplo, a los druidas, quienes afirman que su poder teocrático habría sucedido al reino de las mujeres superiores, que se llamaban «Hadas»... En numerosas tribus existen curiosas costumbres (tribus africanas, asiáticas y otras), cuya existencia no puede explicarse más que por la reminiscencia de un antiguo estatuto que era totalmente matriarcal.

Exegetas y teóricos del esoterismo han multiplicado, evidentemente, las conjeturas a este respecto. Los antiguos símbolos han sido escrutados y se ha intentado, por ejemplo, demostrar que la esvástica que dirige sus ramas hacia la derecha en su forma benigna (inversamente a la cruz gamada hitleriana), se dirigía hacia la izquierda en la época del matriarcado legendario.

Sociólogos, etnólogos, historiadores de las religiones han podido poner de manifiesto el estrecho vínculo de los cultos mágicos que favorecen el principio femenino, con los misterios terrestres, subterráneos (ritos chtonianos) y lunares. Se ha podido demostrar la continuidad de tendencias que aparecieron, por ejemplo desde la legendaria época del sacerdocio prehelénico, cuando la mujer ostentaba la primacía, y los mis-

5. Hay que confesar que la obra de D. SAURAT: *L'Atlantide et le règne des géants* (Edit. Denoël), aporta una serie de hipótesis fascinantes que no son, en absoluto, incoherentes.

terios femeninos de Grecia y, posteriormente, del Imperio romano con los cultos de Deméter, Hécate, etc.

Los cretenses adoraban a una diosa madre, que tenía un dios al lado, el cual representaba el papel de satélite poco importante: encontramos en un bajorrelieve una mujer llena de atributos divinos y, cerca de ella, un hombre con los atributos correspondientes, pero de talla mucho menor.

Por toda Europa, y en otras partes también, algunos montones de piedras brutas son llamados *grutas, rocas de las Madres,* marcando —sin duda— el recuerdo de sacerdotisas mágicas.

No es absurdo suponer que esos lugares servían de retiro, en una época muy anterior, a mujeres inspiradas, especie de sibilas o de pitonisas prehistóricas.

El gran teórico moderno del matriarcado fue el filósofo suizo Bachofen, fallecido en Basilea en 1887. A él se debe el concepto sociológico y metafísico del *matriarcado,* concebido como el estado de una sociedad en la cual toda la autoridad —familiar, política y religiosa a la vez— estaba en manos de las mujeres.

Bachofen concibe a los pueblos como individuos que, antes de crecer y desarrollarse en la espiritualidad del patriarcado, han tenido que germinar y madurar a la sombra de formas sociales en las que reinaba la mujer.

Así pues, Bachofen distingue tres «épocas» históricas: la primera es la de la maternidad «hetaírica», de la promiscuidad afrodítica, en la cual no existe aún el matrimonio; el símbolo de esa primera era matriarcal era la exuberancia desenfrenada, caótica de la fertilidad cenagosa. El segundo período es el del reino propiamente dicho de la Madre: es el matriarcado, la ginecocracia, el demetrismo —cuando se instaura la primera forma de matrimonio; se ha encontrado los símbolos del comienzo, por el lado izquierdo, de la noche, de la Luna, de la materia, de la profundidad telúrica. Luego, viene el período (que aún es el nuestro) del patriarcado, es decir de la supremacía del padre, de los hombres, con los símbolos co-

rrespondientes del sol, de la altura, del lado derecho, del día.

¿Vamos hacia un posible retorno del matriarcado? Si bien Bachofen no lo veía posible, la idea parece iniciarse actualmente en los espíritus.

Quizá veremos nacer una nueva tradición religiosa que será el advenimiento de un neomatriarcado, de una religión iniciante de la gran Diosa. Veamos lo que nos dice sobre esto Denis de Rougemont, en una obra muy curiosa:

«Por fin, ciertos signos anuncian un fenómeno más profundo, quizá comparable al que invadió la psique colectiva del siglo XII...» [6]

La renovación poderosa de la mariología en la Iglesia católica y sus masas populares estarían asimismo en esta perspectiva, la manifestación de un fenómeno más general y más profundo: la exaltación de la *Sophia,* Sabiduría y Virgen-Madre eterna.

Hasta las obras populares (literatura y cine) no se recobra esta coriente, por medio de una exaltación de la «Mujer-Niña» salvador del hombre racional... Las grandes esperanzas surrealistas de André Bréton y otros se unen, por vías diferentes, a las investigaciones de Robert Graves sobre la Gran Diosa, las de Adrian Turel sobre el matriarcado, y muchas otras investigaciones importantes.

Obras históricas, como la del profesor inglés E. O. James, *El culto a la Diosa-Madre,* muestran, por otra parte y en el plano de la más rigurosa investigación, las profundas raíces del antiguo culto de la Mujer, la Madre divina.

Se observará que cuando se habla de *matriarcado* estricto, se postula siempre una *superioridad* real en todos los planos (sociales, políticos, religiosos, esotéricos) de la mujer con respecto al hombre.

Aquí se encuentran las antiguas tradiciones griegas sobre la existencia de las *amazonas.*

Veamos, por ejemplo, un pasaje de Diodoro de Sicilia (li-

6. *L'Amour et l'Occident* (Edit. Plon), edición modificada y ampliada, pág. 277.

bro III, cap. LII), que citamos de acuerdo con la traducción al francés de Hoefer: «Se dice que en los confines de la Tierra y al occidente de Libia [7] habita una nación gobernada por mujeres, cuyas costumbres son completamente distintas de las nuestras. Allí es costumbre que las mujeres hagan el servicio militar durante un tiempo determinado y conservando su virginidad. Cuando ha acabado el plazo del servicio militar, se ponen en contacto con hombres para tener hijos con ellos, y ellas se ocupan de las magistraturas y de todas las funciones públicas. Los hombres pasan toda su vida en la casa, como nuestras amas de casa actuales, y no se dedican más que a quehaceres domésticos; se mantienen alejados del Ejército, de la magistratura y de cualquier otra función que pudiera inspirarles la idea de librarse del yugo de las mujeres.»

Diodoro de Sicilia, en su *Biblioteca Histórica,* también (III, 53) nos explica la derrota y el avasallamiento de los poderosos atlantes por la altiva Myrina, reina de las amazonas, quien se dice que había reunido un ejército de treinta mil mujeres de infantería y veinte mil de caballería... Los griegos también indicaban la existencia de amazonas al este de Asia Menor (región del Cáucaso).

En el siglo XVI, los *conquistadores* españoles se dice que se habrían encontrado, en la región actual de Mato Grosso, con una temible tribu de mujeres guerreras (éste es el origen del nombre tan curioso que se ha dado al mayor río de la inmensa selva virgen sudamericana: el río de las Amazonas). ¿Se trataba realmente de guerreras? Muchos historiadores tienden a creer —pero ¿tienen motivos reales?— que los españoles habían tomado por mujeres a indios del otro sexo (los indios de esa región tienen una apariencia femenina: rasgos finos, largos cabellos ondulados, barbilampiños).

Se observa una verdadera obsesión por el matriarcado, el reino olvidado de las sacerdotisas hechiceras todopoderosas (¿de qué civilización desaparecida?) en las extrañas telas de

7. *Libia* representaba, en la Antigüedad, todo el oeste y el norte de África.

Leonor Fini: «La sociedad imaginaria creada por Leonor Fini es claramente matriarcal, y esto parece que es porque ella vuelve a crear la organización espiritual de las sociedades primitivas, que también eran matriarcales. No es la señal de una dominación femenina, sino de la pertenencia a un culto muy antiguo, a la más antigua religión en realidad, que reaparece en la obra de esta pintora con singulares resurgencias, características de los basamentos mágicos de un arte conectado con las creencias primordiales de la Humanidad naciente.» [8]

Los sociólogos que niegan la existencia real de una hipotética era matriarcal no han dejado de subrayar la improbabilidad física de una dominación tal por parte de las mujeres sobre el «sexo fuerte». No obstante, ahora está demostrado que la superioridad masculina es, en gran parte, el resultado de hábitos de pensamiento, de modos de existencia milenarios; contrariamente a la opinión vulgar, las mujeres, si bien con frecuencia son menos musculosas que los hombres, están dotadas, en cambio, de una mayor resistencia física (resistencia al dolor, a las privaciones, etc.). Detalle significativo: los sabios habían pensado seriamente en utilizar como primer tripulante espacial a una mujer; sólo el miedo a una vehemente campaña de protesta les obligó a tener en cuenta la actitud habitual de respeto indulgente hacia el «sexo débil»...

El punto de vista de los ocultistas

Los mitos más fabulosos sobre los continentes y las razas desaparecidas han sido ampliamente recogidos —y, al parecer, adornados— por eminentes ocultistas, como Madame Blavatsky.

Ésta nos expone con todo detalle un historial muy completo de las misteriosas civilizaciones —prehumanas y luego humanas— que habrían precedido (y por mucho) —se afirma

8. Marcel BRION, *Leonor Fini et son oeuvre,* París (J.-J. Pauvert, 1955).

sin duda alguna— a las que nos descubren la Historia y la arqueología científicas.

Abramos, pues, la enorme obra: *La Doctrine secrète*, publicada por Madame Helena Petrowna Blavatsky en 1888; tiene el aspecto (al menos para un observador que contemple el conjunto desde ariba) de lo que Denis Saurat llamaba una «novela historicocósmica», donde, con muchas peripecias, se nos cuenta la historia de las grandes razas humanas. Madame Blavatsky no es siempre tributaria de sus propias revelaciones imaginativas; en efecto, sus investigaciones se apoyan en el conocimiento real de tradiciones hindúes y budistas, de doctrinas cabalísticas y, a veces también, de interpretaciones un tanto aventuradas de los datos más desmesurados de la geología.

La Tierra habría estado habitada al principio por razas hiperbóreas, asexuadas y vaporosas; luego, por seres bisexuados, que habitaban el desaparecido continente de Lemuria (del que Australia es un vestigio) y, posteriormente, por atlantes monosexuados; más tarde, por la raza humana actual (cuarta de un grupo de siete); tres razas distintas sucederán a la nuestra... Se observará el papel que desempeña en toda esta construcción ocultista, el famoso número *siete*: hay *siete* razas, *siete* cuerpos, *siete* ciclos astronómicos... la ley de las reencarnaciones hace pasar a las almas *siete* veces por cada una de las razas de cada ciclo, etc.

Ya se ve que una construcción tal es totalmente imposible de ser confirmada con hechos; se observará que incluso queda disminuida por los datos habituales suministrados por las viejas tradiciones (nada confirma, por ejemplo, el carácter asexuado de los hiperbóreos, ni el hemafrodismo de los lemurianos). Madame Blavatsky, aunque se diera cuenta de que los geólogos no podían seguirla a su terreno místico, se esforzó —sin embargo— por evaluar a su manera la duración de las eras geológicas: así obtiene 103 millones de años para la Era primaria, 36 millones para la secundaria, 7 millones para la terciaria, 1.600.000 años para la Era cuaternaria, que toda-

vía continúa en nuestros días.[9]

Pero el empleo de los términos geológicos no está destinado más que a intentar remplazar las construcciones míticas.

Madame Blavatsky sitúa en los orígenes a «hombres divinos» y «progenitores», seres gloriosos dotados de poderes sobrenaturales. Antes de iniciarse la Era secundaria, hay la aparición de los andróginos, que serán barridos casi completamente por las sísmicas convulsiones geológicas de esta era; a su vez, éstos son sustituidos por los gigantes, ya con sexos separados. Madame Blavatsky procura precisarlo mejor, y describe cinco razas humanas en la *Doctrina Secreta*: la primera, espiritual en el interior, etérica en el exterior y sin intelecto, habría vivido en el Polo Norte, en los tiempos primitivos, o sea, en la época de la primera consolidación de la corteza terrestre sobre el magma en estado de fusión; la segunda, semiastral o etérica, con una parcela de inteligencia, habría poblado la legendaria hiperbóreas en la época primaria; la tercera, andrógina durante los dos tercios de su duración, poblaba Lemuria, durante toda la época secundaria; la cuarta, prehistórica, tenía como hábitat el continente de la Atlántida y pereció a mediados del mioceno después de haber durado cuatro o cinco millones de años; en cuanto a la quinta, que es la Humanidad actual, existiría desde hace dieciocho millones de años.

Cada gran raza se divide en siete subrazas: nosotros somos, como hemos visto, la quinta. Nos sucederá una sexta subraza en América del Norte; en cuanto a la séptima y última subraza, deberá manifestarse en América del Sur.

La Doctrina secreta, de H. P. Blavatsky, abarca seis grandes volúmenes,[10] y sus complejas enseñanzas se presentan como fundamentadas —en última instancia— en un manuscrito muy antiguo, *Las estrofas de Dzian,* escrito en lengua sacerdotal secreta (el Senzar) y que habría sido el arquetipo pri-

9. Obsérvese que las fechas más recientes tienden a aproximarse a las evaluaciones fabulosas, «exageradas», de los ocultistas.

10. Edición francesa de Ed. Adyar, París.

mitivo de los más antiguos libros sagrados: el Tao-te-king chino, las obras del Toth-Hermès egipcio, el Pentateuco de los hebreos... Este famoso manuscrito, «el libro más antiguo del mundo», explicaría toda la Historia del mundo, desde los «comienzos» más lejanos hasta la muerte de Krishna (que habría tenido lugar hace algo más de cinco milenios).

En muchos otros teósofos y ocultistas contemporáneos se encuentran doctrinas análogas (a veces opuestas en algunos puntos determinados del sistema) con la gran síntesis de Madame Blavatsky. Lo característico de todas esas prestigiosas revelaciones es que se colocan en un terreno en el que, evidentemente, toda verificación o negación concreta es absolutamente imposible... Sin embargo, existen algunas doctrinas, ciertas afirmaciones de los ocultistas contemporáneos, que se colocan en una esfera donde se pueden anticipar y aventurar algunas paralelas. Por ejemplo, existirían unos *Centros espirituales,* escondidos a los ojos de los profanos porque protegen al mundo mediante su influencia invisible; pero también porque son las imágenes, en la Tierra, del propio mundo celeste. ¿Por qué no, después de todo?

De la misma forma se dice que existen lugares (como California, la ciudad de Lyon, etc.) que hubiesen sido preparados mágicamente en los tiempos antiguos por grandes iniciados, para servir —en el transcurso de los siglos o milenios futuros— como puntos de reunión para los investigadores mágicos calificados. De tal suerte, se puede llegar muy lejos con la imaginación y las conjeturas.

No faltan visiones de cariz apocalíptico en el esoterismo actual: dicen que actualmente estaríamos asistiendo al inexorable ascenso progresivo de la sexta y penúltima raza humana, finalmente destinada a «liberarse de las trabas de la materia y de la carne»; solamente serían admitidos a ella aquellos de entre los hombres actuales quienes, debido a su estado espiritual avanzado, fueran salvados por el desastre general Hay que reconocer que tales ideas apocalípticas se ven reforzadas por los temores conocidos.

Obsérvese asimismo que las concepciones de tipo esotérico

o teosófico siempre se apoyan en una perspectiva de evolución *regresiva,* ya que todo va de mal en peor desde la edad de oro al siniestro fin de los tiempos. Por otro lado, he aquí el comentario que hace Madame Blavatsky en la trigesimotercera de las estrofas de Dzyan: «La estatura de los hombres se reduce considerablemente y la duración de su vida disminuye. Habiendo ido a menos desde el punto de vista de la divinidad, se mezclaron con razas animales y se unieron en matrimonio con gigantes y pigmeos. Muchos de ellos adquirieron conocimientos divinos —incluso hasta conocimientos infieles— y siguieron fácilmente el camino de la izquierda (se trata aquí de la magia negra). Así es como los atlantes se acercaron, a su vez, a la cuarta destrucción.»

Pero volvamos al punto de partida glorioso, siempre según la *Doctrina Secreta*: en el seno del Absoluto, una jerarquía de entidades, que rigen la marcha y los mundos de la realidad. Madame Blavatsky descubrió tradiciones muy antiguas: en las narraciones budistas, por ejemplo, encontramos —en efecto— la existencia de unos primeros hombres cuyo cuerpo estaba compuesto de una especie de plasma espiritual, que todavía no tenían sexo y planeaban sobre la superficie de las aguas terrestres.

Recordemos que la doctrina de una caída progresiva de la Humanidad es muy antigua y se encuentra en casi todas las perspectivas religiosas.

También puede hacerse un estudio general de simbolismo oculto: así, Pedro Astete, en su obra *Los Signos,*[11] hace conjeturas esotéricas sobre lo que él considera un símbolo crucial: el *cuadriculado general,* el cual simbolizaría el espacio de dos dimensiones dividido proporcionalmente por la cruz, repetida en las dos direcciones con un intervalo igual.

De hecho, en esoterismo estamos siempre en un terreno donde el porvenir personal se convierte en seguida en una alegoría de la evolución de la Humanidad entera; de ahí las posibilida-

11. Méjico, Editorial Sol, 1953.

des realmente inagotables que se ofrecen a todos aquellos que intentan, a su vez, la oculta exégesis de los mitos, de los símbolos, de las antiguas tradiciones.

Así pues, el esoterismo desarrolla grandiosas doctrinas sobre la Humanidad en su desarrollo histórico y geográfico, pero hay que reconocer que escapan a cualquier tipo de confirmación científica: ¿se encuentran siempre siete grandes tipos planetarios en la Humanidad? ¿Por consiguiente, existe un paralelismo con la generación de siete Espíritus planetarios y de los *Elohims* preadamitas, de las fuerzas que organizaron la Tierra? Nada puede decirse.

Sin embargo, no podemos olvidar el estudio de numerosas tradiciones de carácter «oculto», aunque siempre tomando muchas precauciones y escrutando el valor real de los testimonios invocados. Pensamos, como ejemplo característico, en los mapas que habrían sido traídos de Cachemira por Leadbeater, y que mostrarían la distribución de los grandes continentes sucesivamente desaparecidos... Si se adopta el punto de vista del sabio imparcial, es conveniente siempre examinar sin ningún prejuicio dogmático los testimonios poco rigurosos en apariencia, sin negar, *a priori,* su posibilidad, aunque reconociendo —desde luego— que sería indudablemente inútil buscar en ellos pruebas de cariz verdaderamente irrefutable.

III. CONTINENTES DESAPARECIDOS

A. La Atlántida

Al hablar de las civilizaciones perdidas se evoca inmediatamente el mito de la Atlántida, el continente engullido por las olas del actual océano Atlántico. Entonces uno se halla, si no ante una certeza científica, al menos ante unas conjeturas, o probabilidades susceptibles de ser confrontadas con los hechos, con los documentos, accesibles. Pero empecemos por el mito de la Atlántida tal como lo encontramos en el propio Platón.

El mito platónico

¿Es Platón el primero en hablar del gran continente desaparecido? Para el esoterismo, no existe duda alguna sobre la existencia de tradiciones muy anteriores al relato de Platón, sobre este punto determinado. En realidad, es difícil explorar —hay que entender siempre, *científicamente* hablando— esta

prehistoria del mito platónico: así pues, algunos especialistas han podido negar toda anterioridad del tema atlantidiano antes de Platón y sus discípulos.

Existe el testimonio de Crantor, citado según Proclo (un platónico bastante tardío, después de todo): tres siglos después de Solón, los sacerdotes egipcios de Sais habrían mostrado a Crantor unas misteriosas estelas cubiertas de inscripciones jeroglíficas que contenían la «historia de la Atlántida y de las gentes que la habitaban». Siendo ese testimonio muy posterior a la época de Platón, es imposible tomarlo científicamente en cuenta.

No obstante, el texto mismo del *Timeo*, de Platón, nos da a entender muy bien —hemos de creer en la palabra del autor— que no se trata en absoluto de una ficción, de una narración meramente mítica: el relato narrado de cuarta mano (unos atlantes al sacerdote egipcio, de éste a Solón, de Solón a Critias y de Critias a Platón), nos proporciona un informe de acontecimientos históricos que se habrían producido nueve mil años antes de Solón. Y hay otra fuente platónica, un diálogo —que quedó inacabado— totalmente dedicado a este problema de la Atlántida, narrado de la misma fuente: es el diálogo titulado *Critias* o *La Atlántida.*

Hay una nota de Léon Robin que resume muy bien lo esencial del mito platónico de la Atlántida: «La travesía del océano está jalonada de islas (Azores, Canarias, de Cabo Verde); la ficción de la Atlántida consiste en suponer que esa Polinesia en otro tiempo tenía, muy cerca de nuestras costas, su Australia.» [1]

Es lo que permanecerá hasta nuestros días como la tesis más clásica sobre el enigma de la Atlántida.

Platón nos cuenta la invasión del suelo de la Grecia prehelénica por un formidable ejército compuesto de atlantes y de *guerreros de la Gran Tierra firme* (o sea, quizá venidos de América... ¿por qué no?) que estaba sometido a su domina-

1. Página 1.465 del tomo II de la edición de las *Obras completas,* de Platón (*Bibliothèque de la Pléiade,* Gallimard).

ción. Por otro lado, Platón y los sacerdotes de Sais describen una «primera Atenas», que había sido construida por una civilización muy anterior a los atenienses clásicos y que pudo resistir eficazmente las fuerzas atlantes.

El abuelo de Critias conocía todo el relato sobre los atlantes del gran legislador ateniense Solón, quien lo había recogido personalmente de labios de un sacerdote egipcio de Sais.

Se trata de tradiciones de naturaleza viva y precisa, no de generalidades o ensoñamientos vagos; se nos describen con detalle (aunque, es verdad, que con muchos adornos legendarios) todas las prodigiosas maravillas de la gran «sumersión». He aquí, pues, un pasaje de *Critias* o *La Atlántida* que citamos según traducción de Léon Robin (en la *Bibliothèque de la Pléiade,* de Gallimard), párrafo 113: «Al lado del mar, pero hacia el centro de toda la isla, había una llanura que, según la tradición, fue la más bella de todas las llanuras y que poseía toda la fertilidad deseable. Y cerca de esta llanura, todavía en el centro de la isla, había, a una distancia aproximada de cincuenta estadios, una montaña de dimensiones muy pequeñas. En ella habitaba uno de los hombres que habían nacido primitivamente de la Tierra; su nombre era Evenor, y la mujer con quien vivía se llamaba Leucipa; tuvieron una sola hija, Clito. Cuando la muchacha alcanzó la edad núbil, su madre murió, así como también su padre. Entonces, Poseidón (dios del mar, el Neptuno romano), que la deseaba, se unió a ella, y eliminó todas las pendientes de la alta colina donde ella vivía transformándola así en una sólida fortaleza, estableciendo, unos alrededor de otros, alternativamente más pequeños y más grandes, unos verdaderos ruedos de tierra y mar, dos de tierra y tres de mar, como si, a partir del centro de la isla, hubiese hecho funcionar un torno de alfarero, y hecho alejar del centro en todas direcciones aquellos cercos alternos, haciendo así inaccesible a los hombres el núcleo de la fortaleza; en efecto, todavía no existían ni barcos ni navegación. Luego, fue Poseidón en persona, quien, a sus anchas en su calidad de dios, adornó ese centro de la isla, haciendo brotar a la su-

perficie de la tierra una fuente de agua doble, caliente y fría, que salía de un manantial haciendo producir a la tierra una nutrición variada y en cantidad suficiente.»

Prescindamos del elemento de fábula (papel del dios griego del océano): esas extrañas construcciones no tienen nada que sea imposible técnicamente. Platón se extiende ampliamente acerca de los embellecimientos de la ciudad atribuidos a los atlantes, los legendarios descendientes de Neptuno a través del semidiós Atlas (de donde procede su nombre): «Ellos abrieron —nos dice el *Critias* (párrafos 115-116) [siempre según la traducción de Léon Robin]—, partiendo del mar, un canal de tres pies de profundidad y de una longitud de cincuenta estadios, y continuaron su abertura hasta el foso circular más externo; gracias a ese canal, proporcionaron a los navíos el medio de remontar desde el mar hasta ese foso, como hacia un puerto, después de haber abierto en él una boca lo suficiente grande como para permitir la entrada de los más grandes bajeles. Como era natural, hicieron asimismo, frente a los puentes, en los solevantamientos circulares de tierra que, al separarlos, cerraban los cercos marítimos, unas aberturas suficientes para que un solo trirreme pasara a través de ellas desde uno de estos últimos al otro; luego las cubrieron con un techo lo suficiente alto como para permitir la navegación por debajo de él, pues los bordes de los solevantamientos de tierra sobrepasaban en suficiente altura el nivel del mar. Por otra parte, el mayor de los fosos circulares, aquél donde la abertura del canal dejaba entrar el mar, tenía tres estadios de ancho, y el solevantamiento de tierra que seguía tenía una anchura igual a la suya. Unos segundos cercos, el de agua tenía dos estadios de ancho y, a su vez, el de tierra era también igual de ancho que el foso anterior. Por último, aquel cuya agua corría alrededor del núcleo mismo de la isla, medía un estadio. En cuanto a ese islote central, en el cual se encontraban los aposentos reales, su diámetro era de cinco estadios, y estaba rodeado por todos lados, al igual que los dos últimos cercos, y que el puente que tenía un «pletro» de ancho, por una muralla circular

de piedra, con unas torres y puertas que habían sido instaladas en las cabezas de puente, a cada lado, en los puntos de paso del agua del mar. La piedra era extraída del contorno de la montaña que constituía el islote central, y también de los solevantamientos de tierra, tanto de sus paredes como de su seno; en unos lugares era blanca, en otros negra o roja; la misma extracción de la piedra permitía, al mismo tiempo, habilitar en el hueco de la cantera de dos diques de carena, cuyo mismo peñasco constituía la bóveda. Para lo que son hoy día las construcciones, unas eran muy simples; en las otras, se entremezclaban las distintas piedras, tejiendo, como por diversión, un abigarramiento de colores (...) Además, todo el perímetro del muro lindante con el foso más externo había sido guarnecido de bronce, utilizado como se utiliza un revestimiento, y, por otra parte, el muro del foso interior había sido tapizado de estaño fundido. En cuanto al que rodeaba la propia acrópolis, había sido revestido de un latón que poseía el resplandor del fuego.»[2]

Pero esto no era nada, observa Platón, comparado con las increíbles maravillas del suntuoso palacio real, en el interior de la acrópolis de Atlántida. En el centro, se hallaba el espléndido santuario de Clito y Poseidón, lugar inviolable, todo él cercado por una maravillosa valla de oro.

Nos proporciona asimismo una descripción que parece muy precisa de ciertos ritos de la religión de los atlantes: especialmente, un rito de sangre de comunión con dios, en el que el fiel introducía en su cuerpo la fuerza divina al beber la sangre de la víctima animal... Pero Platón nos deja, singularmente, con hambre; nosotros desearíamos aún más detalles sobre el culto, sobre la organización social, las costumbres, etc., de los atlantes.

¿Por qué fue aniquilada la gloriosa civilización de los at-

2. Nota sobre la correspondencia métrica de las medidas utilizadas por Platón: un estadio = algo menos de 178 m; dos estadios = 355 metros aproximadamente; tres estadios = aproximadamente 530 m; cinco estadios = cerca de 900 m: un pletro = menos de 30 m.

lantes? Platón nos hace observar que su apogeo coincidió con un paroxismo de avidez, de lujuria, de afán de poder, de perversión refinada. Por otra parte, parece como si se tratara de una especie de decadencia necesaria, efecto de las leyes cíclicas que rigen el propio porvenir de toda civilización llegada a su punto de perfección social y técnica. He aquí lo que nos dice un pasaje célebre del *Critias* (el párrafo 121, que citamos según la traducción de Robin): «Pero cuando llegó a empañarse en ellos (en los atlantes), el destino que tenían del dios, por haber sido mezclado, y muchas veces, con muchos elementos mortales; cuando predominó en ellos el carácter humano, entonces, impotentes desde entonces para soportar el peso de su condición actual, perdieron la compostura en su manera de comportarse, y su fealdad moral se hizo visible para los ojos que pudieran ver, puesto que, de entre los más preciados bienes, ellos habían perdido los más hermosos; mientras que para unos ojos ciegos incapaces de ver la relación de una vida auténtica con la felicidad, pasaban justamente entonces por buenos, en grado supremo, y por felices, llenos como estaban de injusta codicia y de poder.»

Ésta es la razón por la cual la Atlántida había de incurrir en la cólera de los dioses, y sufrir una rápida destrucción: según palabras de un filósofo neoplatónico, Filón *el Judío* (que vivió veinte años a. de JC), la Atlántida «en el espacio de un día y una noche se hundió quedando sumergida por un enorme temblor de tierra y quedó sustituida por un mar que, en realidad, no era navegable sino confuso y fangoso». (Esta última expresión parece aplicarse al actual mar de los Sargazos.)

Volvamos a lo que nos dice sobre el gran cataclismo el mismo Platón, en *Timeo*, 25 (siempre citado según la misma traducción de Robin): «Pero, en los tiempos que siguieron (la gran guerra de los antiguos atenienses contra la Atlántida) hubo violentos temblores de tierra y cataclismos; en el plazo de un día y una noche funestos que sobrevinieron, los combatientes (el Ejército ateniense) el pueblo entero, en masa, se hundió bajo la tierra, e igualmente la isla Atlántida se hundió en el

mar y desapareció. Desde entonces sucede que, aún en nuestros días, el mar allí sea impracticable e inexplorable, obstaculizado por los bajos fondos de cieno que la isla depositó al hundirse en los abismos.»

Esto es, más o menos, todo lo que puede deducirse históricamente en claro de la narración de Platón. Los intérpretes posteriores se han preocupado, evidentemente, de descubrir la fecha exacta del gran cataclismo que sumergió a la Atlántida.

El capitán español don Pedro Sarmiento de Gamboa, por ejemplo, en la segunda parte de su gran *Historia general de las Indias* (1572), sitúa el hundimiento de la Atlántida mil trescientos veinte años a. de JC, muy posterior a las valoraciones habituales que sitúan el cataclismo en una época mucho más antigua: «Yo baso esta correlación —decía en su libro—, en lo que nos dice Platón acerca de la conversación de Solón con el sacerdote egipcio. En efecto, según todos los cronistas, Solón vivió en tiempos del rey Tarquino *el Viejo*, de Roma, cuando Josías era rey de Israel o de Jerusalén, 610 años a. de JC. Entre la época de esa conversación y la época en que los atlantes habían hecho la guerra a los atenienses, habían transcurrido nueve mil años lunares, que corresponden a ochocientos sesenta y nueve años solares. Calculando el conjunto se llega al total indicado anteriormente.»[3]

Se han hecho muchos otros intentos de datación del cataclismo, en general mucho más ambiciosos; tendremos ocasión de mencionar algunos de ellos.

¿Qué se puede sacar en conclusión de todo ello?

Nos parece que en Platón no se trata de un relato puramente mítico, de intenciones moralizantes o filosóficas, sino del conocimiento preciso (más o menos fiel o completo, es cierto) de acontecimientos históricos que se desarrollaron en una época muy anterior a la Grecia clásica, puesto que nos sumergen en pleno período *pelágico*, prehelénico, el de la primera civili-

3. Pasaje citado en Imbelloni y Vivante, *El libro de la Atlántida*, traducción francesa (Payot editor, París), pág. 36.

zación griega que habría destruido el llamado diluvio de Deucalión, idéntico —sin duda— al maremoto gigantesco del que una de sus consecuencias fue la desaparición del continente atlántico, cataclismo telúrico y marítimo que tuvo un desarrollo sumamente precipitado, habiendo destruido en veinticuatro horas un continente más grande que la actual Australia...

Pero las tradiciones narradas por Platón, ¿no podrían explicarse por el recuerdo, deformado y adornado, de cosas que admiraron antiguos navegantes que descubrieron América, muchos siglos antes de Cristóbal Colón? La pregunta merece plantearse.

Antiguos descubrimientos del continente americano

Se ha intentado todo tipo de exégesis en este campo... De tal suerte, las *famosas diez tribus perdidas* de Israel habrían emigrado —se nos dice— hacia el Norte y el Oeste, y finalmente habrían desembarcado en América. Recordemos los versículos del texto bíblico de Esdras: «Éstas son las diez tribus que fueron transportadas en cautividad fuera de su país en tiempos del rey Oseas, que fue hecho prisionero por Salmanasar, rey de Asiria, y las llevó al otro lado del mar hasta llegar a otro país. Pero ellos decidieron entre sí que abandonarían la muchedumbre de idólatras y que avanzarían hasta otro país que nunca había sido habitado por los hombres, a fin de poder seguir allí sus propias leyes, que no habían podido observar jamás en su país. Entraron en el Éufrates por los estrechos pasos del río, pues el Altísimo les hacía percibir unos signos y retuvo la corriente hasta que hubieron atravesado el río, pues había un largo trayecto que recorrer en aquel país, durante un año y medio. Y esa región se llama *Arsareth.* Vivieron allí hasta épocas recientes.»

Estos peregrinajes se situarían en el siglo v antes de JC.

La imaginación de algunos intérpretes modernos ha tra-

bajado mucho a partir de estos datos bíblicos, y semejantes ideas parecen inciertas a los sabios. Sin embargo, una tradición india aseguraba que Florida había sido habitada en otro tiempo por hombres blancos, que poseían instrumentos de hierro; ciertamente parece arriesgado hacer de esta población unos colonos judíos, los constructores de los enigmáticos y colosales *mounds* (montículos) de América del Norte que probablemente habrían sido de raza aria. Pero, verdaderamente, nada nos obliga a negar la gran travesía de las diez tribus perdidas de Israel a través del Atlántico.

La idea de que el continente americano haya podido conocerse desde la Antigüedad parece generalmente absurda a muchos historiadores contemporáneos. Normalmente se arguye la imposibilidad técnica de atravesar el océano con los pequeños navíos de los pueblos mediterráneos. De hecho, este argumento no tiene ningún valor: ni el tonelaje relativamente importante, ni siquiera son forzosamente necesarios unos grandes perfeccionamientos técnicos para cruzar una gran extensión oceánica (pensemos en la balsa del doctor Bombard, o en las traslaciones —éstas involuntarias— que, periódicamente, han hecho ir a la deriva a náufragos en primitivos esquifes, desde Europa o desde África hasta América, o viceversa)... Por otra parte, podemos indicar este hecho significativo: los indígenas de las Azores, interrogados por los portugueses, sabían muy bien que hacia el Oeste existían unas tierras habitadas. Los vientos favorables pueden conducir en quince días un velero de las costas de África a las costas orientales de las Américas. A la inversa, unas corrientes permiten ir bastante fácilmente desde China y desde Japón hasta California, lo que puede muy bien explicar el descubrimiento —considerado erróneamente como legendario— del «País de *Fou-Sang*» (que era, con toda probabilidad, la región californiana) hacia el 458 d. de JC por una expedición de juncos chinos.

Cada vez menos se considera a Cristóbal Colón como el primer descubridor del Nuevo Mundo. Ya se ha podido establecer científicamente la existencia, al principio de la Edad Me-

dia, de expediciones de los frisones por el *mar tenebroso*, más allá de Islandia; sobre todo, hoy día es bien conocida la colonización de Groenlandia (hacia 680-700 de nuestra era), posteriormente de América del Norte por los vikingos establecidos primeramente en Islandia. Pero el descubrimiento por el navegante islandés Ari Marsson de una tierra desconocida, llamada por los vikingos *Hvétramannaland* («tierra de los hombres blancos») o *Irland-it-mikla* («la gran Irlanda») parece demostrar la anterioridad, en la colonización de América del Norte, de los celtas y quizá de predecesores todavía más antiguos. Las tradiciones de los pieles rojas se refieren, por su parte, a un pueblo de enviados divinos, *de raza blanca*, que habían venido «de Oriente» en una fecha muy lejana. Se trata de aquellos hombres enigmáticos que, sin duda, habían edificado los *mounds*, tan numerosos en toda la cuenca del Mississippi: así pues, los navegantes irlandeses conocían muy bien, desde los mismos comienzos de la Edad Media, lo que ellos llamaban el «País de los Montículos».

Esta gran tierra se caracterizaba por unos «montículos», así como por la dirección oriental y occidental de ríos que tienen su nacimiento hacia el centro del continente, por el aire embalsamado que se respiraba allí y por las brumas que lo envolvían a veces a cierta distancia de las costas.

Sin embargo, la *Gran Irlanda* estaba situada por las sagas islandesas más al Norte del continente: detrás del *Markland* (la Nueva Escocia actual), al sur del *Helluland* (es decir el Labrador) y al norte del *Vinland* (la actual parte septentrional de los Estados Unidos); sin duda, se trataba entonces de los establecimientos celtas de la península situada al sur del estuario del río San Lorenzo, o sea, del Nuevo Brunswick y de una parte del Bajo Canadá.

América, en general, era conocida por los irlandeses con el poético nombre de *Hy Brasail*, que significa «Isla de los Bienaventurados». Por otra parte, aún subsisten vestigios arqueológicos de esta colonización irlandesa del Nueva Mundo: la «Redonda» de Newport (en Rhode Island) sería, no es nada

imposible, un antiguo santuario celta.

En realidad, América fue vista continuamente, contrariamente a la opinión común, por navegantes de la Antigüedad y del Medievo. Las historias de horribles peligros, sobre naturales y demoníacos eran inventadas fácilmente por los propios navegantes, para alejar a los posibles competidores comerciales: ésta es la razón por la cual las leyendas acentúan con tanta frecuencia el carácter «infranqueable» del océano Atlántico.

Además, los sabios antiguos daban una importancia teórica a esta convicción, persuadidos como estaban de la absoluta inhabitabilidad de determinadas regiones de nuestro Globo. Veamos, por ejemplo, lo que nos dice Cicerón en el *Sueño de Escipión,* reproduciendo las palabras que pone en boca de Escipión *el Africano*:

«Ved la Tierra. Está rodeada de círculos que llamamos zonas: las dos zonas extremas, cuyo centro respectivo son los polos, están cubiertas de hielo. La del centro, que es la mayor, está quemada por los rayos del sol. No quedan, pues, más que dos que sean habitables. Así los pueblos de la zona templada austral, que se encuentran en las antípodas, son, para vosotros, como si no existieran.»

La idea, tal cual, pasará a los primeros doctores cristianos, que a veces irán más lejos con esta idea del irremediable aislamiento de los habitantes del Mundo Antiguo.

Escuchemos a san Agustín: «Dado que —decía— la Biblia no puede equivocarse jamás y que sus narraciones del pasado son la garantía de sus predicciones para el futuro, es absurdo decir que unos hombres hayan podido llegar, a través del inmenson océano, al otro lado de la Tierra para establecer también allí la especie humana.»

Los mitos egipcios, al considerar el lejano Oeste como la morada de Osiris y de los muertos, no incitaban ya a los navegantes a aventurarse en las olas del océano. Una inscripción que data de la quinta dinastía, y que fue encontrada sobre una pirámide de Saqqara, declara: «¡No andéis por esas vías de

agua de Occidente! Los que van no vuelven jamás...» Durante milenios, las aguas situadas al otro lado de las Columnas de Hércules (el actual estrecho de Gibraltar) serán el «mar peligroso»...

Y, sin embargo, hemos visto[4] la atracción que sentían los antiguos por los «sublimes caminos de Occidente»; que conducían a las «islas de los Bienaventurados», a las paradisíacas «islas Afortunadas»... Esa eterna espera se resistió a los temores ancestrales, extraordinariamente reforzados por los navegantes fenicios y cartagineses que explicaban por doquier horribles historias para salvaguardar sus privilegios comerciales, adquiridos cortando el libre paso a través de las Columnas de Hércules a casi todas las demás grandes naciones marítimas...

Parece indiscutible que los fenicios se aventurasen hasta el mar de los Sargazos, y que incluso llegasen a América del Sur: tendremos ocasión de darnos cuenta de ello al tratar de interpretar ciertos recortes bíblicos.[5]

Paralelismos

¿Podemos extender el problema del Nuevo Continente, y descubrir indicios (lingüísticos, religiosos, arqueológicos, etc.) que prueben las interrelaciones de América con los otros continentes?

En la costa occidental de América del Sur, e incluso en California, ha podido comprobarse, por ejemplo, la identidad de las palabras de ciertas lenguas tribales indias con las de dialectos oceánicos. Y los paralelismos lingüísticos son todavía más fáciles de descubrir entre América y Asia, África o incluso Europa antiguas.

Por supuesto, filósofos a veces demasiado aventureros han creído tener, con sus «etimologías» arriesgadas, la clave de-

4. *Supra*, en el capítulo I.
5. Véase *infra*; sobre los viajes trienales de los fenicios a las regiones de «Ophir» y de «Tharsis».

masiado fácil de todas las tradiciones del Viejo y del Nuevo Mundo. No obstante, nosotros creemos que los sabios contemporáneos hacen mal en clamar automáticamente contra la «mixtificación». Existen ciertas analogías inquietantes: un sabio americano, Augustus Le Plongeon, pudo demostrar que numerosas palabras del lenguaje maya (un tercio, quizás) a veces recuerdan sorprendentemente el griego antiguo, mientras que existen analogías entre los caracteres del alfabeto de los antiguos mayas y ciertos jeroglíficos del antiguo Egipto; el lenguaje *chiapenec*, hablado por una tribu india de América Central, contiene palabras hebreas... Paul Le Cour y sus colaboradores de la revista francesa *Atlantis* hicieron un gran esfuerzo por revelar sistemáticamente todos los paralelismos etimológicamente posibles, y estas tentativas no merecen en absoluto el desprecio del mundo científico.

El problema de las convergencias significativas se basa en el nivel de los símbolos esotéricos tradicionales: la cruz, el círculo, la serpiente, el disco solar, la esvástica, etc., se encuentran tanto en las civilizaciones de la América precolombina como en las grandes culturas antiguas del Viejo Mundo.

Asimismo, el sabio comprueba analogías muy a menudo significativas en la arquitectura religiosa: las pirámides se encuentran también en las vecindades del Mediterráneo y cerca del golfo de México (contrariamente a una objeción que se hace frecuentemente, los teocalli de los mayas y de los aztecas son verdaderamente pirámides, cuya intención geométrica salta a la vista y que, a pesar de innegables diferencias, manifiestan una misma estructura de pensamiento religioso que las del valle del Nilo).

Todas esas anologías entre América y el Antiguo Continente descansan sobre el problema de la Atlántida. En efecto, una de dos: o hay que admitir una relación directa entre los mayas y los antiguos egipcios, por ejemplo; o bien nos veremos obligados a admitir una *fuente común* para esos dos grandes conjuntos tradicionales, lo cual permite dar cuenta de las innegables similitudes, aunque considerando las diferencias, las

oposiciones no menos destacables, fácilmente explicables por la hipótesis de dos conjuntos que evolucionan, cada uno por su lado, a partir de una hipotética fuente común.

Pero antes de volver a la Atlántida propiamente dicha, vamos a tener que abordar la «periferia» del problema, al examinar las tradiciones y relatos concernientes a diversas islas o regiones de fábula.

Antilia, Eldorado y compañía

«Antilia», «Brasil» y las otras islas fabulosas del Atlántico han dado lugar a todo tipo de hipótesis, de interpretaciones diversas.

La más célebre de esas tierras huidizas es la isla de Antilia. En 1414, un navío español se habría acercado por vez primera a esa gran isla, de una superficie tan importante como la de España, y que está situada a 33° de longitud.

En los tratados y mapas geográficos medievales aparece toda una serie de esas islas fabulosas, con nombres diversos: *Stocafixa, Roillo, Antilia, Brazil* o *Brasil*[6]; esos nombres figurarán todavía muchas veces en los mapas, hasta el siglo XVI y a veces más tarde.

La incertidumbre de las localizaciones (longitud y latitud) realizadas por muchos navegantes antiguos puede muy bien explicar errores que hayan hecho situar una tierra real en un lugar geográfico a veces muy alejado; puede ser también que haya habido costas continentales que fueran vistas desde lejos por un navío, y que hubieran sido tomadas por las de una isla... De donde resulta la posibilidad de identificaciones diversas.

«Antilia», por ejemplo, ¿no era nada más que unas riberas del continente americano? Es muy posible... Recordemos

6. Más tarde, los nombres de Antilia y Brazil se emplearán para designar descubrimientos reales. Obsérvese que *Stocafixa* («isla del bacalao seco») era, quizá, Tierra Nueva, conocida por ciertos marinos medievales.

que el nombre de *Antillas* no es atribuido a las islas Lucayas (Caribes o Camercanas) definitivamente más que en el siglo XVII.

Es cierto que, además de las falsas identificaciones, ha habido —sin duda— numerosos ilusionismos causados, por ejemplo, por brumas que desde lejos fueron tomadas por una costa. Y muchas veces, esas historias de descubrimientos de una isla desconocida pueden explicarse por el encuentro de un iceberg.

Pero no olvidemos nunca los descubrimientos *reales* que pueden muy bien esconderse detrás de los relatos más fantásticos en apariencia. A veces, hasta los milagros se convertirán en realidades, mucho más tarde: la imposible de encontrar isla de Bracie, Berzyl o Brasil (la ortografía varía mucho) será dibujada, durante siglos, en los mapas medievales en el mismísimo centro del Atlántico; más tarde, el nombre servirá para designar el Brasil actual.

Pero surge una pregunta: ¿pueden haber desaparecido grandes islas (no hablamos, de momento, de la Atlántida) después de su descubrimiento?

Por ejemplo, cataclismos geológicos han podido hacer desaparecer un rico archipiélago descrito por navegantes venecianos: los hermanos Zeni, al otro lado de Islandia, y que, según Berlioux, servía antiguamente de albergue secreto a los marinos que recorrían un itinerario secreto que unía a Europa con el mundo transoceánico.

¿Era éste también el caso de la legendaria *Isla de las Siete Ciudades*?

Ésta es la tradición: después de la conquista de la península Ibérica por los árabes, siete prelados, bajo la dirección de uno de ellos, se habrían embarcado hacia el Oeste con toda su grey. Después de una larga travesía, habrían abordado finalmente una isla desconocida, que llamaron de una forma natural *Isla de las Siete Ciudades.*

¿Se ha podido visitar, más tarde, esa isla destinada a una inexorable y misteriosa desaparición? Al parecer, fue así: en

1477, un navegante portugués, que fue a la deriva en el Atlántico a consecuencia de una gran tempestad, habría desembarcado en la gran isla, encontrando las siete ciudades, cuyos habitantes aún hablaban portugués (pero el portugués de antes de la conquista árabe).

Encontramos fabulosas historias sobre las *Siete Ciudades,* pero esta vez transportadas al continente americano por las esperanzas y la imaginación de los conquistadores ibéricos —y de sus sucesores de otras nacionalidades.

En 1530, el padre franciscano Marcos de Niza intentaría hallar en California una región, de una opulencia increíble: la de las *Siete Ciudades de Cibola.* La expedición ulterior del conquistador F. Vázquez de Coronado no encontró el reino, pero cosa curiosa, existía en California un poblado indio muy pobre que precisamente llevaba el nombre de Cibola. Además, esa región de California presenta una curiosa peculiaridad étnica: la existencia de indios de piel clara y cabellos rubios, que podría ser tentador de asimilar con descendientes muy lejanos de los legendarios emigrados portugueses...

Quizá hemos de hablar aquí de las tradiciones de *El Dorado,* el reino del «Hombre Dorado», todavía extendidas actualmente: periódicamente, los periódicos nos informan de la marcha de intrépidos exploradores o de aventureros hacia la conquista de esta selva misteriosa, generalmente localizada en la región amazónica todavía sin explorar: en esa región misteriosa de grandes edificios abandonados, pueblos desconocidos que habitan la parte inexplorable del Mato Grosso es donde habría desaparecido el célebre coronel Fawcett. Pero *El Dorado,* reino de un legendario rey barbudo llamado *Tatarrax,* había sido primeramente situado por los conquistadores en Quivira, en los límites de California. Vázquez de Coronado esperaba poder llegar a descubrir así el fabuloso reino cristiano del «Preste Juan» en esa región de Cibola, a unas 400 leguas al norte de México. Durante la expedición, se había de descubrir algo muy curioso, aunque de origen diametralmente opuesto: unos restos de los «navíos del Catay», es decir juncos chinos... La

expedición de Francisco Vázquez de Coronado emprendida a través del desierto californiano para ir a descubrir el fabuloso Eldorado en la mítica región de las *Siete ciudades de Cibola,* no había de ser la única: al igual que las exploraciones intentadas para comprobar otro mito de los conquistadores: el rico imperio indio del *Waipiti* (o Paititi).

En la época contemporánea, lo que domina son las localizaciones sudamericanas de Eldorado: en el Paraguay (leyenda de las tres *Ciudades de los Césares*), en el macizo guayano de los montes Tumuc-Humac, en una región inexplorada de la cordillera de los Andes y, sobre todo, en la impenetrable selva virgen que reina en los lugares todavía desconocidos del Mato Grosso brasileño. Continuamente, nuevos exploradores intentarán el fabuloso viaje.

Otra región huidiza —pero esta vez susceptible de ser localizada mucho más exactamente: la misteriosa región de las *Minas del Rey Salomón.*

Ophir se sitúa generalmente en Arabia o en África, pero quizás esté en la cuenca superior del Amazonas, en los límites de la cordillera de los Andes y también de las Guayanas. La región propiamente dicha de las Minas de Ophir pudo estar situada cerca del río Iapura (afluente del Amazonas), en la frontera de Colombia y Brasil.

A primera vista, esta localización sudamericana de las regiones bíblicas de *Ophir, Tarschich* y *Parvain* parece arbitraria. Sin embargo, las investigaciones de un erudito explorador del siglo pasado, el vizconde Onfroy de Thoron, pudieron demostrar que los viajes trienales de las flotas de Salomón y de Hiram, cuyos marineros eran todos fenicios, pudieron muy bien tener como objetivo el futuro río de las Amazonas y sus grandes afluentes. Nuestro autor invocaba paralelismos lingüísticos: todo tipo de pruebas indirectas, especialmente curiosas similitudes filológicas entre la lengua quichúa de América del Sur (hablada por los indios del Perú) y el hebreo antiguo. Al parecer, los fenicios se establecieron primero en la isla de Haití, para ir a fundar colonias o ciudades en el conti-

nente sudamericano; sin duda, pasaban por Cuba.

Por otra parte, parece probable que otros pueblos antiguos, aparte de los fenicios, hayan intentado cruzar el Atlántico. Los griegos, sin duda, habían podido establecer colonias en América desde antes de la fundación de Cartago. Parece que los egipcios también: regularmente salían expediciones del Antiguo Egipto hacia el Oeste, es decir con destino a América, para traerse el oro, tan necesario para la fabricación de los ornamentos destinados para los templos y palacios.

Platón señala que, más allá de la Atlántida, existen grandes y numerosas islas (o sea, las Antillas), seguidas de la *Gran Tierra firme.* Y más allá, a su vez, el *Gran Mar* (lo que no puede ser otra cosa que el océano Pacífico).

Diodoro de Sicilia (45 a. de JC nos indica, por su parte, una gran «isla» transoceánica, que describe así: «Está a una distancia de Libia de varios días de navegación, y se halla situada al Occidente. Su suelo es fértil, de gran belleza y regado por ríos navegables.» La descripción se puede aplicar con exactitud a América del Sur.

Al parecer, las autoridades vaticanas han conservado durante siglos el conocimiento exacto, pero secreto de los itinerarios marítimos que llevaban a las «tierras del Oeste», especialmente, a las tierras norteamericanas del «Sur de Groenlandia».

En 1477, Cristóbal Colón llegó a Islandia, después de una corta estancia en Irlanda; había estado investigando acerca de los legendarios viajes de san Brandán. En cuanto a la historia de una ruta «nueva y más corta» a las Indias orientales, en realidad parece haber sido destinada al gran público: el contrato firmado por Colón con la Corte de España mencionaba todas las *islas y continentes* «que él podría descubrir», y no mencionaba las Indias.

Pero la *Atlántida,* ¿no podría haber existido, efectivamente? Ésta es la pregunta que se nos plantea ahora.

Situaciones diversas atribuidas a la Atlántida

a) Gran abismo del Atlántico

Leemos en el *Manuel rosicrucien* del doctor H. Spencer Lewis [7] el siguiente pasaje, que posee el mérito de recoger el punto de vista clásico de los esoteristas y ocultistas actuales:

«*La Atlántida.* Nombre del continente que ocupaba en otro tiempo una inmensa porción del espacio actualmente cubierto por el océano Atlántico. La Atlántida tenía, en determinadas regiones, una civilización bastante avanzada y constituye la antigua fuente de la cultura mística. El monte Pico, que se eleva todavía sobre el océano en el archipiélago de las Azores, era una montañas sagrada para la iniciación mística.»

Además, parece que Platón no es la única confirmación de esta localización tradicional: entre los antiguos celtas encontramos otros detalles que coinciden con el relato platónico, pero sin mencionar el nombre de la Atlántida. Particularmente, unas crónicas irlandesas suministran detalles muy curiosos sobre los testimonios desaparecidos de la gloriosa civilización engullida.

Por ejemplo, existen, las tradiciones referentes a las extrañas estatuas indicadoras erigidas en otra época en las islas del océano Atlántico: siete en las actuales islas de Cabo Verde; una en la cima de una montaña en la isla de Corvo, la más septentrional de las Azores, y que será todavía observada por los marinos portugueses y españoles (representaría un caballero extrañamente vestido, cuya mano derecha señalaba el Occidente).

Según algunas religiones irlandesas, el itinerario maríti-

7. Página 160 de la edición francesa (Villeneuve-Saint-Georges, 1958).

mo que conducía a las tierras del Oeste estaba indicado por la estatua de bronce —en la cima de un peñasco elevado, perdido en medio de las olas— de una mujer que indicaba el Oeste. Los navíos que se hubiesen aventurado por allí habrían permanecido tres años ausentes de su patria, pero ese lapso de tiempo correspondería, en realidad, a trescientos años de nuestro tiempo: aquí nos encontramos con el tema «ciencia-ficción» de los universos paralelos...

No obstante, las tradiciones irlandesas se refieren a un continente situado en nuestra esfera existencial, y que no parece ser otro que la Atlántida de Platón, identificada corrientemente por los irlandeses con su «Iberia» primordial, con la *Mag Mor* de las viejas leyendas celtas, con la «gran llanura», país legendario de los dioses y de los muertos desde que se hundió totalmente bajo las aguas. Y esas tradiciones confirman la situación común de *Atlantis*, la ciudad de las Puertas de Oro, la extraordinaria capital de los atlantes, en el espacio marítimo actualmente situado en el Noroeste de las Azores.

¿Fue la Atlántida totalmente engullida? No habría quedado más que las cimas más elevadas, que forman hoy día las Azores y las Islas Canarias, esos dos archipiélagos volcánicos a lo largo de las costas africanas.

Por otra parte, un navegante americano, pretende haber contemplado, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, en un tiempo extraordinariamente claro, unos grandes vestigios de construcciones cubiertas por la arena a lo largo de las Azores.

Volvamos a las leyendas: durante la existencia del continente atlántico, el eje polar habría sido dirigido hacia las Pléyades; y el pico de Tenerife (que era antiguamente el pico más alto de la Atlántida) sería el último vestigio de la vieja «tierra sagrada» de los hijos de Atlas.

En las leyendas celtas se encuentran muchas tradiciones que se refieren a ciudades engullidas, a países y hombres que «viven bajo las aguas»; lo que atestigua el claro recuerdo de un gran cataclismo del océano Atlántico.

Los druidas habían conservado asimismo en Alesia, en tiempos de Vercingetorix, tradiciones explícitamente referentes a los atlantes.

La bibliografía de la Atlántida establecida por Jean Gattefossé y Claudius Roux contaba, en su segunda edición (que es del 1932), con 2.500 títulos; y desde entonces no han dejado de aparecer numerosos libros y artículos...

Nuestra meta no es otra que tratar, modestamente, de precisar la situación, teniendo siempre presente que, en el enigma de la Atlántida, hay que considerar dos planos: el de la realidad (histórica, arqueológica) y el del mito, de las tradiciones.

¿Existen pruebas concretas del hundimiento del continente atlántico?

Si los picos actuales de las Canarias, de Madeira y de las Azores no son, en principio, más que las cimas más considerables de la gran tierra engullida antiguamente por las aguas, la respuesta debería ser fácil; por otra parte, es absolutamente demostrable, hablando geológicamente, que esas islas proceden de un gigantesco hundimiento atlántico.

¿No habrían también hechos inquietantes, de una indudable realidad, susceptibles de confirmar el cataclismo por otros derroteros?

En 1858, durante la colocación del cable telegráfico submarino entre Inglaterra y Estados Unidos, se desenterraron —en un punto del océano situado aproximadamente a 100 km al Norte de las Azores y que tiene una profundidad de 3.100 m— pequeños trozos de una roca basáltica que no puede solidificarse más que *al aire libre,* y que, además, presentaba unas aristas agudas, angulosas, atestiguando la ausencia de erosión realmente importante, lo que implicaba que el hundimiento del suelo se había producido en una época geológica reciente. Este hecho mereció los comentarios del profesor Pierre Termier —publicados en un notable opúsculo en 1913 y que se titulaba, precisamente, *La Atlántida* (Boletín del Instituto oceanográfico de Mónaco, 1913, n.° 246).

Pero Terminer concluía su informe con esta frase: «Un

solo punto queda por clarificar, la cuestión de saber si el cataclismo que trajo consigo la desaparición de la isla es anterior o posterior a la aparición del hombre en Europa occidental.»

Hay que reconocer que el punto es importante y muchos geólogos creen firmemente en la existencia del continente atlántico sin que por esto se clasifiquen entre los «atlantófilos». Así pues, queda ampliamente probado que, en el fondo del océano Atlántico, entre América y el Viejo Continente, existe el contorno de un continente y que, por otro lado, este hundimiento se produjo en una fecha geológica relativamente reciente, sin que la ciencia pueda —no obstante— aportar grandes precisiones al respecto; de todas formas, en la época de ese cataclismo (sin duda, al final de la Era terciaria o principios de la cuaternaria) y, según las evaluaciones recientes, el hombre ya existía; he aquí, pues, el primer problema zanjado...

Las riberas europea y africana del Atlántico están jalonadas por una línea casi ininterrumpida de tierras volcánicas, desde la isla de los Pájaros y de Jan-Mayen, en el Ártico, hasta los volcanes del continente antártico; por lo demás, los temblores de tierra son frecuentes en toda esa inmensa región. Geológicamente, no hay, pues, nada imposible —sino todo lo contrario— en la existencia del gran cataclismo...

En cuanto a la famosa hipótesis (la que desarrolló magistralmente Wegener) de la deriva de los continentes, no desmiente en absoluto la hipótesis de la Atlántida, contrariamente a la opinión corriente:

«De igual manera que no se puede separar los trozos de un pastel sin hacer migas, no se puede separar África de América sin hacer trozos sumergidos e islas. Esto explica las lagunas que se observan en la reunión de los fragmentos del rompecabezas afroamericano.»[8]

Mientras que, en efecto, es posible superponer a maravilla el contorno del Brasil y de la costa africana de Guinea, la superposición es imposible entre Europa y el Maghreb por un lado,

8. G. BARBARIN, *La danse sur le volcan*, pág. 43.

y América del Norte y Central por otro; la causa de que el rompecabezas no encaje en aquellas zonas es el hundimiento de la Atlántida...

En todos los ámbitos, la supuesta existencia de la Atlántida, ese puente gigantesco entre los dos continentes (haya existido ese continente en la Era terciaria o mucho más tarde, en el momento del apogeo de la civilización griega, por ejemplo) permite eliminar todas las desagradables soluciones de continuidad.

La hipótesis es muy cómoda, hay que confesarlo, y permite a los sabios resolver enigmas y problemas embarazosos.

Se comprende muy bien las siguientes líneas de G. R. Carli, uno de los grandes atlantólogos contemporáneos:

«Las islas que existen actualmente en el espacio que separa los dos continentes son realmente las cimas de montañas lo bastante altas como para emerger en la superficie. Así pues, concibo sin dificultad que ha existido allí un amplio territorio, quizás hace más de seis mil años, que comprendía, a partir de las islas de Álvarez y de Tristán de Acuña, los Picos, las islas de Martín de Vaz, Santa Elena, la Gran Ascensión, las islas de San Mateo, las Canarias y las Azores. Ese continente hubiera sido mayor que África con una parte de Europa tomadas conjuntamente, ya que hubiese ocupado 80° de latitud, mitad al Norte, y mitad al Sur del Ecuador.»[9]

Los especialistas de la cuestión atlante se han esforzado enormemente por desarrollar el sistema y por apoyarlo sin cesar con hechos y teorías significativos y demostrativos.

Una obra que hace historia en este terreno es, por ejemplo, *Atlantis: the Antediluvian World* (1882), libro que hasta la fecha ha tenido más de cincuenta reediciones; es la obra de un sabio americano, el senador Ignatius Donnely. Pero, de hecho, tendríamos que citar toda una biblioteca si hubiéramos de mencionar todos los trabajos sobre el enigma de la Atlántida;

9. Carli, citado en Imbelloni et Vivante, *Le Livre des Atlantides*, página 49.

incluso si solamente tenemos en cuenta, de momento, la localización clásica del continente desaparecido... Nos contentaremos con recordar la magnífica obra que incansablemente ha realizado Paul Le Cour y el equipo de la revista *Atlantis* que dirige actualmente Monsieur Jacques d'Arès.

¿Pero cuándo pudo producirse el gran cataclismo atlante? Se ha podido descubrir la fecha probable del sumergimiento contando a partir de los «nueve mil años» a los que se refiere la conversación decisiva de Solón y del sacerdote egipcio (que se sitúa hacia el 560 a. de JC). Por otro lado, esos 9.000 años no se remontan al cataclismo, sino a la fecha del conflicto de los atenienses primitivos y los atlantes, cuya duración no se indica...

El astrónomo ruso Filippoff se entregó a minuciosas investigaciones comparativas: el atento examen de la tradición mexicana relativa al Diluvio, y el estudio del desplazamiento anual del punto vernal (precesión de los equinoccios), el punto equinoccial de otoño (vernal) se encontraba en el momento del gran diluvio bajo el signo de Cáncer, lo que corresponde a la constelación *Proesepe Caneri,* lo cual permite pensar que la Atlántida habría sido engullida hacia el año 7350 a. de JC. Por el contrario, según el atlantólogo italiano Paniagua, los 9.000 años del sacerdote de Sais deberían interpretarse como «períodos sotiacos» de 1461 años, lo que alcanza la prodigiosa cifra de trece millones ciento cuarenta y nueve mil años. Y se han hecho muchas otras tentativas...

Se ha podido tratar de dar un retrato físico de la raza atlante, pero los atlantólogos distan mucho de estar siempre de acuerdo entre ellos. Unos dan, por ejemplo, una raza roja, otros una raza azul (ya sea natural o mediante un artificio estético). Sin embargo, la mayoría de los autores parecen estar de acuerdo en considerar a los atlantes como una raza de hombres blancos, de cabello generalmente moreno y liso y de pómulos salientes.

Además, esto es lo que parecen confirmar los escasos documentos conocidos, que se presume representan el tipo físico

atlante.[10] En cuanto a los arios rubios tan estimados por ciertos atlantólogos alemanes, parece más probable relacionarlos con otro continente desaparecido: la legendaria Hiperbórea. ¿Cómo fue destruida la Atlántida? Dado que Platón no nos lo dice todo, en absoluto, los atlantólogos han intentado completar su relato, utilizando todos los métodos y coincidencias posibles, incluyendo los recursos a las investigaciones de «médiums».

Todo el mundo está de acuerdo en atribuir la destrucción final de la Atlántida a un terrible maremoto. Veamos, por ejemplo, lo que nos dice el novelista ruso de anticipación Alexis Tolstoi en su novela *Aélita*: después de haber descrito la existencia refinada de los magazitles, o «Maestros de la guerra», o sea, miembros de la casta dirigente de los atlantes, de una técnica temible, nos describe la catástrofe. Escuchémosle: «Pero he aquí que la Tierra tembló, y de pronto, en una ola gigantesca que venía de las regiones boreales, el océano se desencadenó, en un color crepuscular de ceniza, barriendo todo ser vivo de la superficie del continente. Sin embargo, el abrigo de los ciclópeos muros de la capital, en lo alto de una pirámide con escalones chapados de láminas de oro, los magazitles volaban a través del océano que se desencadenaba sobre ellos, a través de las cenizas y el humo de las brasas, hacia el espacio interestelar. Bruscamente se sintieron tres nuevas sacudidas, que dislocaron el continente. La ciudad de las Puertas de Oro se hundió, entonces, en las aguas desencadenadas.»

Los teósofos y los ocultistas contemporáneos generalmente han complicado los problemas atlantidianos y han añadido al mito central todo tipo de ramificaciones prestigiosas, tan exuberantes como las más fantásticas narraciones de «ciencia-ficción»: la Atlántida sería una civilización de origen extraterrestre (algunos atlantes se habrían podido refugiar en la Luna o en Marte después del cataclismo); la Atlántida, origen

10. Nuestro amigo Antoine Gérard posee una notable cabeza con un casco, de origen misterioso, que confirma estos datos.

antediluviano de la *Aggartha* subterránea aún más mística, etc.

Un discípulo de Madame Blavatsky, Scott Elliot, afirmaba haber recibido por clarividencia la descripción exacta de los cuatro cataclismos sucesivos sufridos por la Atlántida a partir del año 800 000 a. de JC (lo que implicó la separación de la parte americana del fabuloso continente) hasta el gran diluvio definitivo, situado en el 9564 a. de JC).

En cuanto a Madame Blavatsky, habría conseguido leer, página por página, el manuscrito secreto guardado en el Vaticano (el otro ejemplar se encontraria en un monasterio secreto del Tibet) que relata toda la historia y el destino de los atlantes.

En el fondo, no hay nada imposible, ya que lo peculiar de esas afirmaciones es que están por encima de toda posibilidad de verificación objetiva...

Generalmente se atribuye a los antiguos atlantes una técnica más o menos igual a la nuestra: armas ultramodernas, máquinas voladoras, vehículos terrestres que se desplazaban con reactores (sin ruedas) y hasta dispositivos secretos para viajar a través de los distintos niveles del tiempo. Según Rudolf Steiner, los atlantes sabían transformar en energía de movimiento la fuerza germinativa procedente de los granos vegetales, de ahí la posibilidad de construir motores silenciosos muy ingeniosos para sus vehículos: «Éstos planeaban a poca altura sobre el nivel del suelo, menos altos que las montañas de la época atlante. Pero también tenían aparatos especiales que les permitían pasar por encima de las cadenas montañosas.»

En lo que los atlantes nos sobrepasaban extraordinariamente a nosotros hombres de la era interplanetaria, es en que poseían un poder mágico mecánico que coronaba sus conocimientos ocultos: se nos afirma que su élite poseía el control total de las fuerzas de la Naturaleza, mediante el conocimiento de las leyes profundas detrás de la manifestación de todos los fenómenos, y esto ocurría en todos los planos de existencia. Conocían los más prodigiosos secretos de la alquimia y de todas las demás disciplinas taumatúrgicas. Pero, sucumbiendo

al atractivo de la conquista de los «poderes» mágicos, los atlantes, al despertar imprudentemente las fuerzas «negras», se precipitaron hacia su pérdida, —el cataclismo podría haber sido el resultado (¿por qué no?) de su dominio demoníaco de la energía nuclear.

Por desgracia, sobre todos esos problemas apasionantes no disponemos más que de una documentación científicamente incomprobable, como aquellos dibujos automáticos coloreados que se exhibían en la exposición berlinesa de pintura mediúmnica (1931). No negamos en absoluto esos documentos, pues estamos dispuestos a concebir la posibilidad de un descubrimiento *intuitivo* de verdades objetivas; simplemente, creemos razonablemente que no podemos incluirlas en el terreno de las investigaciones científicas, ya que su carácter es justamente escaparse de ellas por propia definición.

Por lo demás, es innegable que muchos ocultistas han hecho deducciones demasiado aventuradas, como Augustus Le Plongeon, que nos dice que la francmasonería es de origen americano y que se extendió por Europa a través de la Atlántida, —una de las «pruebas» que se alegan en apoyo de esto es el descubrimiento de una estatuilla de piedra del Yucatán, en la cual se ve una mano simbólica sobre un delantal, que el autor declara alegremente «masónico»...

Se han hecho esfuerzos —y ahí las comparaciones son válidas— por encontrar en la Atlántida la fuente primitiva de las grandes tradiciones espirituales de Occidente. No es imposible...

El *Hiéron* de Paray-le-Monial y su revista *Novissium Organon* quisieron relacionar así el esoterismo cristiano con la Atlántida. Ese centro espiritual fundado por un jesuita, el padre Devron, se había dedicado a establecer una filiación directa del Cristianismo a la Atlántida —por mediación del druidismo y de la tradición sagrada de *Aor-Agni,* estudiada por Paul Le Cour y sus discípulos.

Según Ignace Donnelly, la Biblia sería el reflejo de otro libro sagrado, escrito anteriormente para los atlantes...

Se plantea entonces el problema de la supervivencia indirecta de la Atlántida: en el Perú, en México, en América Central, en España, en Egipto, en Libia, en Irlanda, etc. —lugares que habrían sido pisados en otro tiempo por la colonización partida de la Atlántida, nación guerrera y dominante.

Vista la amplitud de esta colonización atlante, uno se preguntará por qué encontramos tan pocos vestigios arqueológicos o tradiciones cuyo origen no pueda ser atribuido más que a los conquistadores atlantes. En realidad, hay que pensar que el gran cataclismo que destruyera el continente de los atlantes permitió, en muchos casos, la muerte de las colonias atlantes por las poblaciones dominadas —aprovechando la ocasión para deshacerse de un yugo que había de pesarles extraordinariamente, pues la Atlántida había establecido, sobre todo el circuito del océano, una dominación militar que debía ser tan dura e implacable, como la futura potencia romana; el propio relato de Platón deja entender el carácter guerrero, expansionista, del poder militar atlante— y el ardor de la resistencia de las poblaciones que intentaban subyugar. Y, si los pueblos evolucionados trataban naturalmente de asimilar mal que bien la herencia de la cultura atlántida, el reflejo de tribus aún primitivas sería muy distinto: después del cataclismo, numerosas colonias atlantes fueron, sin duda, saqueadas y revueltas por los colonizados locos de rabia...

Pero, ¿no hay poblaciones que podrían haber sido los descendientes, más o menos cruzados con otras razas en muchos casos, de atlantes que escaparon a la suerte de su continente?

El pico de Teide se dice que no sería otra cosa que la cima más alta —salvada del maremoto— de la gran montaña sagrada de los atlantes: el propio monte Atlas; de ahí procede la idea de realizar las investigaciones en la zona de las Canarias. Cuando ese archipiélago fue descubierto por los españoles, éstos lo encontraron ocupado por un pueblo de raza blanca: los *guanches*, quienes no habían de tardar en desaparecer casi por completo.

Los guanches eran un pueblo que vivía en un estado la-

mentable, pero esta cultura tan rudimentaria, lejos de revelarse como una prueba de original salvajismo, parecía más bien la degeneración lamentable de una civilización, en otra época muy evolucionada, ya que ciertas técnicas (momificación, construcción de objetos artísticos, escritura jeroglífica) resultaron haber sido en otro tiempo conocidas por los insulares, cuyas creencias religiosas parecían, además, haber tenido en otra época una expansión no menos compleja (los guanches, por ejemplo, veneraban a una Virgen negra —no cristiana, evidentemente). Así pues, la idea de ver en los guanches a los descendientes degenerados de los atlantes no tiene nada de absurdo, sino todo lo contrario.

Otro pueblo de origen misterioso, pero éste vivo y muy evolucionado: los vascos, cuya lengua y símbolos quizá se remonten a la Atlántida, lo que no es en absoluto una hipótesis descabellada, pues el origen étnico del pueblo vasco (aquellos navegantes blancos que vinieron antiguamente por el océano) continúa siendo un enigma no resuelto por la antropología y la etnología...

Suele relacionarse con los atlantes una raza muy distinta; los indios americanos. Por otro lado, la teoría puede invocar tradiciones y hechos inquietantes. Entre los pieles rojas de Dakota, por ejemplo, existe una curiosa leyenda muy significativa que afirma que sus antepasados, como todas las demás tribus indias, habrían venido antiguamente de una misma isla, que estaba situada «en la dirección del sol naciente».

En Uxmal, Yucatán, hay un templo maya en ruinas que tiene unas inscripciones jeroglíficas en conmemoración de «las tierras del Oeste de donde vinimos».

Se observará que hay ciertas tradiciones que relacionan las Indias con una intervención misteriosa, pero que esta última se concibe más bien como un tipo de colonización (aunque pacífica) por otra raza, de grandes civilizadores *blancos*. Encontramos entonces las tradiciones aztecas que giran en torno a la isla sagrada del Este, la «tierra del sol» donde reinaba él gran dios Quetzalcóatl, el prestigioso civilizador blanco y bar-

budo, cuyo retorno glorioso aguardaban los súbditos de Moctezuma —lo cual, como es sabido, había de facilitar singularmente la labor de Cortés y sus compañeros.

Quetzalcóatl, la «serpiente de plumas», era de un origen completamente no indio: ese ser divino se creía que había vuelto a su lejano país de Oriente después de haber dado a los indígenas mexicanos el calendario, la escritura y las artes.

Partiendo de estos datos, los atlantólogos han sido a veces muy intrépidos, multiplicando las asimilaciones discutidas por la investigación científica objetiva. He aquí un pasaje significativo de Michel Manzi: «En resumen, ¿qué es el maya, sino un idioma de un pueblo rojo venido de la Atlántida? ¿Y el griego? No es otra cosa que una lengua derivada del hebreo, el cual, a su vez, es un derivado del egipcio. Entonces, ¿no se trata, pues, de dos idiomas muy íntimamente emparentados como dos ramas de la misma planta? ¿No es la lengua atlante la clave de todo ese misterio?»

Se ha hecho esfuerzos por descubrir en el continente americano monumentos arqueológicos de origen atlante. La erudición atlante se ha relacionado especialmente con extrañas ruinas ciclópeas, que hay que reconocer son dignas de admiración: las gigantescas ruinas descubiertas en Tiahuanaco, en plena cordillera de los Andes. Habrían sido construidas en una fecha prodigiosamente antediluviana por una colonia atlante —y este lugar es invocado por Hörbiger y sus discípulos para atestiguar el aspecto gigantesco de los hombres de la Atlántida. En realidad, el ejemplo de las Pirámides de Egipto, construidas por hombres de talla normal, nos deja bastante escépticos en cuanto a los gigantes.

No obstante, es innegable que a unos 4.000 m de altitud, cerca del lago Titicaca, se encuentran las ruinas de varias ciudades amontonadas unas sobre otras y formadas por edificios colosales. Lo más extraño es, quizás, el hecho de que allí hubiera un puerto importante, los vestigios del cual revelan unas construcciones orientadas con respecto a un océano cuyas aguas no eran horizontales como lo son los actuales mares

con relación a nuestro horizonte, sino que eran mucho más curvados que actualmente... Los atlantólogos atribuyen a los extraños edificios de Tiahuanaco una antigüedad fabulosa. De todas maneras, R. Dévigne pudo demostrar que esas extraordinarias ruinas estaban más o menos en su estado actual hacia el año 2450 a. de JC, fecha en que se supone que llegaron a Cuzco los fundadores de la primera gran dinastía india del Perú. Pero habremos de tener en cuenta la actitud de los arqueólogos según los cuales las ruinas de Tiahuanaco pueden ser muy bien explicadas sin recurrir a la prestigiosa hipótesis atlante...

No hay duda de que algunos americanistas que se han dedicado al estudio de los problemas de la Atlántida han mantenido teorías inverificables y ensoñaciones poco rigurosas en el plano científico. Citaremos, como caso significativo, las extrañas imaginaciones de Augustus Le Plongeon sobre los lazos secretos entre la antigua América y los monumentos egipcios: la esfinge de Gizeh no sería otra más que una efigie del príncipe *Coh*, el hermano y esposo (a la vez, como era corriente entre los antiguos faraones) de la enigmática reina *Moo*, y que habría sido asesinado por su celoso hermano, *Aac*. La reina Moo había construido para su esposo un soberbio mausoleo en Chichén Itzá (Yucatán), donde el soberano estaba representado por un gran felino con cabeza de hombre. Moo, huyendo de la temible cólera de Aac, se habría refugiado luego en Egipto, con el nombre de *Isis* o *Isidis* (que significaba en maya, «pequeña hermana»), y los egipcios la tomaron por soberana... Por otro lado, la idea misma de un origen común —atlante— de las civilizaciones precolombinas y de Egipto, dos grandes polos de la colonización atlante, no tiene nada de descabellado. Existen coincidencias que podrían evidenciar la herencia atlantidiana del antiguo Egipto: éste conservaba el recuerdo glorioso del «País occidental, donde crecen espigas de siete codos».

Un egiptólogo americano, Mitchell Hedges, demostró que la roca empleada para construir las pirámides de Gizeh no es,

en absoluto, la sienita egipcia, sino una roca procedente de América del Sur.

En cuanto a las famosas y gigantescas pirámides, no es absurdo ver en ellas unos monumentos muy anteriores a la época de los reyes Keops, Kefrén y Micerinos, que únicamente habrían intentado utilizarlas en su beneficio póstumo. Las tradiciones musulmanas permiten entrever quizás el origen *atlantidiano* de las Pirámides. He aquí un relato significativo que aparece en el *Voyage en Orient* de Gérard de Nerval, que citamos del texto de la edición H. Clouard: «... trescientos años antes del Diluvio, existía un rey llamado Saurid, hijo de Salahoc, que una noche soñó que todo se derrumbaba en la Tierra, los hombres caían de bruces y las casas sobre ellos; los astros chocaban unos contra otros en el cielo, y los fragmentos cubrían el suelo hasta alcanzar una gran altura. El rey se despertó muy asustado y entró en el templo del Sol... Convocó a los sacerdotes y divinos. El sacerdote Akliman, el más sabio de ellos, le declaró que también había tenido un sueño parecido (...).

»Entonces fue cuando el rey hizo construir las Pirámides en forma angular para poder soportar hasta el choque de los astros, e hizo colocar esas piedras enormes, unidas por pivotes de hierro y talladas con tal precisión que ni el fuego del cielo, ni el Diluvio podían penetrar en ellas. Allí habían de refugiarse, cuando llegara el caso, el rey y los grandes del reino, con los libros y las imágenes de la ciencia, los talismanes y todo lo que era importante conservar para el futuro de la raza humana.»

Si los faraones Keops, Kefrén y Micerinos se hicieron enterrar en las pirámides que llevan su nombre, esos monumentos se remontarían, de hecho, a los constructores atlantes; durante siglos y siglos, habrían permitido a la élite espiritual egipcia tener un conocimiento bastante preciso de los altos secretos mágicos de la Atlántida. No olvidemos que el saqueo efectuado después de la conquista árabe habría hecho desaparecer casi todos los objetos atlantes que estaban guardados en

esos gigantescos archivos de piedra, empezando con las estatuas mágicas que guardan celosamente su entrada:

«La guardia de la Pirámide Oriental era un ídolo de concha negra y blanca, sentada en un trono de oro, que sostenía una lanza que nadie podía mirar sin morirse. El espíritu unido a este ídolo era una bella y sonriente hembra, que aparece todavía en nuestros tiempos y hace perder el juicio a los que se encuentran con ella.

»La guardia de la Pirámide Occidental era un ídolo de piel roja, también armado de una lanza, que tenía en la cabeza una serpiente enrollada: el espíritu que la servía tenía la forma de un anciano de Nubia, que llevaba un cesto en la cabeza y un incensario en las manos.

»En cuanto a la tercera pirámide, tenía como guardián un pequeño ídolo de basalto, con un zócalo del mismo material, que atraía hacia sí a todo aquel que la miraba, sin que pudiera apartarse. El espíritu aparece todavía en forma de un hombre joven sin barba, y por la noche.» (Gérard de Nerval, *Voyage en Orient.*)

Gérard de Nerval, siempre en su *Voyage en Orient* (en la página 353 de la edición de H. Clouard), nos explica asimismo la finalidad que perseguían los constructores de esos monumentos fabulosamente antiguos:

«Así pues, la primera pirámide había sido reservada para los príncipes y su familia; la segunda debía contener los ídolos de los astros y los tabernáculos de los cuerpos celestes, así como los libros de Astrología, de Historia y de Ciencia. También debían refugiarse allí los sacerdotes. En cuanto a la tercera, no estaba destinada más que a guardar los ataúdes de los reyes y los sacerdotes...»

No es, en absoluto, la erudición oculta moderna la que ha inventado esas tradiciones sobre el origen antediluviano de las pirámides, prestigiosos receptáculos de todo el saber tradicional de los atlantes. Hojeemos, por ejemplo, la obra titulada *Le Murtadi*; se trata de un manuscrito árabe traducido al francés por Pierre Vattier (París, 1666). Encontramos allí el

informe significativo de los curiosos descubrimientos realizados por los musulmanes en la llamada sala *del Rey* de la Gran Pirámide: hallaron allí una estatua de un hombre de piel negra y una estatua de una mujer de piel blanca, de un tipo físico muy distinto del de los antiguos egipcios. Esas estatuas estaban de pie sobre una mesa, una sostenía un jarro herméticamente cerrado, que parecía haber sido tallado en cristal rojo:

«... se llenó de agua y se volvió a pesar y resultó que pesaba exactamente lo mismo que cuando estaba vacío.»[11] Los intrusos descubrieron también un autómata muy curioso: «... descubrieron un recinto cuadrado, como un lugar de reunión donde había varias estatuas y, entre otras, la figura de un gallo construida de oro rojo. Esta figura era espantosa, esmaltada con jacintos (piedras preciosas), de los cuales había dos de gruesos en los dos ojos que relucían como dos antorchas. Se acercaron a él y, de pronto, lanzó un grito horrible y empezó a batir sus dos alas y al mismo tiempo oyeron varias voces que procedían de todas partes.»[12]

Todo vendría a confirmar que las pirámides, en su estado antiguo, no eran otra cosa que un *Arca* gigantesca, que contenía el compendio de todas las tradiciones anteriores a la civilización faraónica, y entre esa herencia prestigiosa figuraba, sin duda, el conocimiento de la alquimia.

Hoy día, la Atlántida no solamente continúa fascinando a los aficionados a las revelaciones esotéricas, sino que alimenta su eterna esperanza en un retorno prestigioso de la gran civilización desaparecida. Vemos incluso a G. Lomer que imagina una próxima catástrofe volcánica que volvería a hacer emerger desde las profundidades marinas al continente sumergido...

Pero Rudolf Steiner nos hace observar que la Atlántida «no podrá ser recuperada más que mediante un retorno de la voluntad hacia el interior de nosotros mismos».

Lo cual debe interpretarse de esta forma: existen entre no-

11. Páginas 59-60.
12. Página 57.

sotros hombres y mujeres que son la lejana «reencarnación» de la antigua élite de los atlantes... Como puede verse, el estudio de las hipótesis de la atlantología es de los que llevan lejos. Según las palabras de Léonard Saint-Michel, podríamos muy bien decir:

«Atlántida: gema de múltiples facetas, donde se reflejan todas las imágenes del mundo. Mito total...»[13]

Pero, ¿ocupaba la Atlántida verdaderamente el lugar actual del gran abismo del océano? Es importante no olvidar las otras localizaciones propuestas por eminentes atlantólogos.

b) La Atlántida sahariana y mediterránea

Esta teoría fue especialmente ilustrada hacia finales del siglo pasado por un gran geógrafo francés, Berlioux, de quien Pierre Benoit —que siguió sus lecciones, cuando era un joven estudiante— hizo el «Profesor Le Mège» que desempeñaba un papel episódico (pero significativo) en *La Atlántida,* esa notable novela. Pero Berlioux situaba el emplazamiento de la Atlántida no en el Hoggar (como hace Benoit), sino en el Atlas marroquí. De todas formas, la localización *sahariana* de los atlantes no es, en absoluto, una invención inconsistente, ya que puede apoyarse en un antiguo testimonio de mucho peso: el de Heródoto.

Partiendo del delta egipcio, Heródoto menciona diversos poblados cuyo nombre importa poco; luego, ya en plenas tierras saharianas, cita: los amonienses, los garamantes, los atarantes, y por último los *atlantes*: el pueblo que reside alrededor del monte Atlas.[14]

Cedamos, pues, la palabra al gran viajero griego:

«A diez días de marcha de los garamantes (que habitaban

13. *Aux sources de l'Atlantide,* Bourges (tipografía Marcel Boin), 1953, pág. 155.

14. Véase Henri LHOTE, *Les Touaregs du Hoggar,* París (Payot), 1944, pág. 91 y siguientes.

el Fezan actual), hay otro montículo de sal y de agua; en torno a él habitan unos hombres llamados atarantes (XLIX) Luego a otros diez días de camino, existe otro montículo de sal y de agua, y alrededor del mismo viven unos hombres. Muy cerca de este montón de sal, se encuentra la montaña llamada Atlas (XXII). Es estrecha y redondeada en todas sus partes, se dice que es tan alta que es imposible ver su cima, pues las nubes no se alejan nunca de ella, ni en verano ni en invierno. Las gentes del país dicen que es la columna del cielo. Esos hombres deben su nombre a esta montaña, pues se llaman atlantes (XLIX). Se asegura que no comen nada que haya estado vivo (LX) y que no tienen sueños.» [15]

Como puede verse, parece que se trata de una región sagrada habitada por hombres que siguen una disciplina vegetariana y un entrenamiento espiritual (los yoguis indios se entrenaban para no soñar nunca).

En el interior del Sáhara, otro autor griego, Pomponio Mela, sitúa unas poblaciones fabulosas, entre los que figuran los *blemyes*, que no son otra cosa que hombres sin cabeza Los intérpretes modernos se ríen de esta posibilidad biológica, pero la idea deja de parecer absurda si meditamos la observación hecha por Henri Lhote: «Quizás en esos blemyes acéfalos debemos ver los primeros portadores de velo que se disimulaban el rostro hasta el punto de hacer pensar que no tenían cabeza.»[16]

La posibilidad de la antigua existencia de una civilización muy evolucionada que en otro tiempo hubiera habitado el Hoggar (ya que esta región es la que parece más propicia para las hipótesis atlantidianas) no tiene nada de imposible, pues el Sáhara había sido antiguamente una región muy verde. Pero los autores griegos y luego romanos de la época clásica parece ser que no conocieron más que el desenlace final de esta antigua civilización. Y Plinio *el Viejo*, al hablar de los atlantes, nos

15. Citado por H. LHOTE, *Les Touaregs du Hoggar*, pág. 95.
16. *Les Touaregs du Hoggar*, pág. 100.

dice que no tienen nombres propios, que sus costumbres han degenerado, que injurian al sol que les quema y destruye sus campos... Decadencia que, al parecer, ha sido detenida posteriormente, ya que los tuáreg (descendientes directos de la antigua civilización) lograron reconquistar en seguida, bajo un régimen de matriarcado político y religioso, un estado cultural muy superior a la decadencia descrita por Plinio.

Por lo general, se describe a los atlantes como «hombres azules». Esta característica hace pensar inmediatamente en los tuáreg, que llevan unos vestidos de tela de índigo que destiñen dando así a la piel un color azul oscuro.

¿Podemos esperar hallar una confirmación de la antigua cultura atlante del Hoggar? Significativos hallazgos lo hacen suponer así. Citaremos las maravillosas excavaciones efectuadas en el Sáhara, en 1925-1926, por el conde Byron Kûhn de Prorok. Este explorador consiguió descubrir en el Hoggar la tumba que sería la de la legendaria reina Tin Hinan (la Antinea de Pierre Benoit), mujer misteriosa, considerada por los tuáreg, como la última soberana de los atlantes. Las excavaciones permitieron descubrir innumerables piedras preciosas, objetos de oro, y numerosas joyas, así como una estatuilla femenina que tenía la apariencia de los ídolos prehistóricos del período auriñaciense, y el esqueleto de una mujer echada sobre su costado.

Pero la geografía africana, ¿no ha podido cambiar radicalmente en el transcurso de la Antigüedad? Hay una teoría interesante a este respecto que sostiene Jean Gattefossé, entre otros especialistas de las investigaciones atlantológicas: el «Mar Atlántico» del que habla Platón habría sido un antiguo mar interior, que ocupaba en otro tiempo una gran parte del Sáhara. En esta perspectiva, la Atlántida era una especie de isla gigante incrustada en el África Occidental, limitada al Oeste por el océano Atlántico y al Este por un gran mar interior, el *Mar Tritoniano*, que sería al actual golfo de Djerba. Sin duda, podrían encontrarse huellas de esta Atlántida en los desiertos del Djouf actual...

Otra posible hipótesis: las dos cuencas, oriental y occiden-

tal, del Mediterráneo estaban en otra época separadas por istmos, que permitían el paso por tierra desde Italia al Túnez actual: así pues, a lo largo de Sicilia podría situarse la Atlántida de Platón. Como consecuencia de una convulsión telúrica importante, los istmos que servían de separación se rompieron, y a partir de entonces existió comunicación marítima entre las dos grandes cuencas mediterráneas. El cataclismo atlantidiano puede muy bien ser explicado por la hipótesis de un movimiento de los fondos mediterráneos engendrado por un temblor de tierra que causara un gran maremoto que se tragara a los guerreros griegos bajo la tierra y a los «atlantidianos» en el mar. No olvidemos que, todavía hoy, el Mediterráneo continúa siendo una de las «líneas de fractura» más notables de la corteza terrestre. Por otra parte, recordemos lo que nos decía Platón con respecto a las posesiones del imperio de los Atlantes:

«De nuestra parte (Egipto), poseía Libia (África del Norte) hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia (Etruria o Italia Occidental).» Así, el «Mar Atlántico» de Platón podría muy bien ser el Mediterráneo Occidental...

Pero existen otras posibles identificaciones para los atlantólogos...

c) Otras localizaciones atlantidianas

Hay hipótesis que han situado a la Atlántida en muchas otras regiones del Globo; muchos descubrimientos significativos se han podido hacer en todos esos lugares tan alejados unos de otros, lo cual parece llevarnos infaliblemente a la teoría clásica: la de un continente desaparecido bajo las aguas del Atlántico y que, como prestigioso centro civilizador, había dispersado colonias florecientes un poco por todo el mundo.

Se pudo buscar la Atlántida en el Norte de Europa, en la región del Báltico que fue el teatro de un importante hundimiento geológico, causante de la invasión de las aguas. Unas

estupendas excavaciones alemanas permitieron el descubrimiento, sobre la isla de Heligoland, de un gran templo hundido y otros vestigios de todo tipo.

Los marinos griegos estaban fascinados por las regiones nórdicas de Europa desde la época homérica. Escuchemos al poeta:

«El sol se puso, los caminos se cubrieron de sombra, el navío llegó cerca de los profundos abismos del océano. Allí se alza su ciudad, allí está el pueblo de los cimerienses que viven siempre envueltos en las brumas.»[17]

Ciertas tradiciones helénicas tratan de misteriosas civilizaciones situadas hacia el nordeste de Europa. Ésta es la razón por la cual la Atlántida pudo ser situada en la localización del mar de Azov (el *Palus Meotides* de los antiguos), donde la ciudad sumergida de Atlantis habría cerrado recientemente el actual estrecho de Kertch a la entrada del legendario «Océano Escítico» de Homero. La Cólquida (Cáucaso actual) el país del Toisón de Oro conquistado por Jasón y sus compañeros, era considerada asimismo como una región extraña y mágica por los marineros helenos...

Otra localización atlantidiana es la de una Atlántida celta —o, más exactamente, irlando-armoricana— propuesta por el doctor F. Gidon. Como a todas las demás hipótesis, los sabios fanáticamente negativistas le oponen de inmediato una objeción de principio: en todas las épocas protohistóricas o prehistóricas en que se sitúan los atlantólogos, la Era de los grandes cataclismos geológicos había acabado desde hacía tiempo, y los fenómenos más espectaculares (grandes temblores de tierra o erupciones volcánicas) no ocasionaban ninguna convulsión notable, repentina, *sensible a escala de todo un continente o incluso de una provincia.* No obstante, conocemos al menos dos ejemplos —y éstos en plena época *histórica*— del sumergimiento importante (y observemos que incluso repentino) de una región extensa: en tiempos de Carlomagno, la brusca

17. *Odisea,* XI, 14.

sumersión en el Canal de la Mancha de los inmensos bosques que rodeaban la primera abadía del Monte Saint-Michel; y, sobre todo, la invasión *en un solo día* de las aguas del lago Flevo, que se convirtió en el *Zuiderzee* (1282), por el mar del Norte.

En cuanto a los movimientos lentos del suelo, pueden asimismo comportar modificaciones importantes; recordemos que el puerto de Aigues-Mortes, donde se embarcó san Luis, se encuentra trasladado desde hace muchos siglos al interior de las tierras...

Pero volvamos a los sumergimientos rápidos: lo esencial de la teoría *irlando-armoricana* se apoya en el hecho de su existencia en Europa Occidental en plena época protohistórica: según el doctor F. Gidon, la apertura del Canal de la Mancha y las otras sumersiones europeas de la Edad de Bronce fueron la causa directa de la gran migración conquistadora de los pueblos irlando-armoricanos, víctimas del hundimiento gradual de su suelo. Este hecho geológico esencial parece que era conocido por los geógrafos griegos contemporáneos de Platón y Aristóteles y sus numerosos sucesores que se interrogaban sobre las causas inmediatas del despliegue de las poblaciones celtas por toda Europa Meridional.

Durante la Edad de Bronce es cuando tuvo lugar, aunque parece que de una forma gradual, el hundimiento de todas las tierras que habían estado situadas entre Irlanda y las costas francesas; y así es también como tuvo lugar la apertura de la comunicación directa Mancha-mar del Norte, que separa la Gran Bretaña del Continente. El doctor Gidon subraya la existencia, en Europa Occidental, de dos grandes períodos de invasión de las tierras: uno en la época paleolítica y otro —éste es el punto importante— que se sitúa en plena Edad de Bronce; este último fenómeno es el que engendró la expansión de los cimbro-celtas por toda Europa, principalmente hacia el Sur, pero también hacia el Este.

Existen pruebas de la rápida —y brusca en algunos casos— sumersión de territorios importantes: a lo largo de las costas

de Vendée y Bretaña, por ejemplo, existen numerosos monumentos megalíticos sumergidos, que desde hace mucho tiempo son inaccesibles.

De todas formas, la hipótesis permite explicar las grandes invasiones celtas de la Antigüedad (no olvidemos que la Historia propiamente dicha estaba establecida desde hace tiempo en el Mediterráneo Oriental, mientras que Europa Occidental estaba en la Edad de Bronce). La explicación de las grandes invasiones por el «deseo de aventura» dista mucho de ser convincente...

Toda la extensión marítima formada por el Canal de la Mancha y el mar de Irlanda aparece —en el terreno geológico hablando— como el teatro de un sumergimiento enormemente amplio, aunque determinado por un rebajamiento de la meseta continental que no sobrepasa (o sobrepasa en poco) los 100 m de amplitud. Y este sumergimiento, lejos de remontarse a un período muy lejano, se sitúa en una fecha muy reciente (desde luego, situándonos desde el punto de vista de los geólogos) hacia el año 2500 antes de nuestra Era, según las estimaciones más verosímiles.

Pero tratemos de orientarnos un poco mejor en la localización geográfica del problema: según el doctor F. Gidon, la Atlántida celto-armoricana habría comprendido Irlanda, el Cornualles inglés, el País de Gales, Bretaña, Normandía, Vendée y el noroeste de Germania, pero con una costa atlántica que iría hasta el límite de la meseta continental actualmente sumergida.

Un pasaje del escritor griego Timógenes, citado por el autor romano Amiano Marcelino, confirma la gran sumersión de los países celtas: «Los druidas cuentan que una parte de la población es indígena, pero que otra parte vino de islas lejanas o de la comarca situada al otro lado del Rin, que había sido expulsada de su viejo país por guerras y maremotos.»

También podríamos establecer coincidencias de la geografía antigua, ya que las partes más elevadas de la meseta continental emergieron de las aguas en la época de los navegantes

antiguos: las famosas islas Casitérides, con ricos yacimientos de estaño, quizá no eran las Sorlingas, sino un archipiélago desaparecido que se hallaba en el actual emplazamiento del llamado banco del «Pequeño Lenguado», situado al Sur de Irlanda y al Oeste de Finesterre, entre los 48 y 49° de latitud Norte, y entre los 8 y 10° de longitud Oeste. Ese banco se halla, en efecto, como nos hace observar Eduardo *el Danés*, «sobre la línea que une los dos yacimientos estañíferos más importantes de Europa, el del País de Gales y el de España». Desde la época de las dinastías tinitas (3313-2895 a. de JC), el ámbar y el estaño eran conocidos en Egipto y las relaciones comerciales de los países celtas con Creta, Fenicia y Mesopotamia estaban en plena expansión hacia el 2500 antes de nuestra Era.

El estudio de las leyendas cretenses permitiría obtener unas confirmaciones significativas: los cretenses, en efecto, parecen haber conocido el hecho de las grandes sumersiones noratlánticas de la Edad de Bronce.

Desde el punto de vista meteorológico, se observará que el clima de las tierras más tarde sumergidas entre Irlanda y Armórica debía ser, indudablemente, muy dulce, ya que era bañado directamente por la corriente principal del Gulf Stream; de ahí el carácter especialmente nostálgico de la aspiración de los celtas hacia el maravilloso paraíso oceánico.[18]

En cuanto a las grandes migraciones celtas del segundo milenio, todo coincide en tener que considerarlas como la consecuencia directa de las sumersiones que se habían producido en todo el norte y oeste de Europa en plena época del bronce.

Las leyendas, siempre vivas en tierra celta, de ciudades sumergidas distan mucho de ser fabulosas, muy al contrario: en todas las costas de Finisterre y en el Cornualles británico, se ven por doquier «agujas de campanario», calles, construcciones sumergidas en el fondo del mar, campanas que suenan bajo las aguas; en medio de los arrecifes de los Etocs, durante las grandes mareas del equinoccio, los marinos pueden ver vesti-

18. Véase cap. I.

gios de edificios, de pavimientos geométricos.

Recordemos también la famosa leyenda de la ciudad de *Ys*, fundada por Grallon, el legendario rey de Cornualles, y que no habría tenido menos de nueve leguas de diámetro; la propia hija del rey, Dahut, habría entregado al diablo las llaves del complejo sistema de diques y compuertas que protegían la ciudad, construida por debajo del nivel del mar, de la invasión marítima...

La leyenda de Ys se basa, ciertamente, en hechos reales: la sumersión local que dio origen a la actual bahía de Douarnenez. Otra hipótesis sitúa la legendaria Ys no ya en el extremo de Finisterre, sino en pleno océano actual: Ys habría sido engullida en la época (Edad de Bronce) en que las Islas Británicas dejaron de formar parte del continente; antes del cataclismo, la Mancha no era más que la prolongación interminable del valle del Sena, que entonces tenía su embocadura muy lejos en el Atlántico, en un lugar situado en la intersección de las dos líneas prolongadas, una desde la punta de Finisterre y la otra desde el extremo occidental de Irlanda. Quizás en ese estuario desaparecido, territorio de aluviones, se encontraba la inmensa ciudad de Ys.

Ciertos autores han situado la Atlántida en Islandia o en Groenlandia, pero entonces se trata más bien de otro continente: la Hiperbórea de la que hablaremos con detalle al final de este capítulo.

Pero, de hecho, todas las localizaciones geográficas han quedado superadas: América, Polinesia (aunque entonces nos encontremos con los problemas relativos a Lemuria o *Mu* —véase el párrafo siguiente—), el sudoeste de Arabia (el legendario reino de la reina de Saba), la antigua isla de Taproban (es decir, al parecer, la actual Ceilán), Alemania, el centro de Francia, de Holanda, etc. Pero hay una localización sobre la que es necesario extenderse un poco: la que sitúa la fabulosa Atlántida en la costa occidental de África.

El gran arqueólogo alemán Leo Frobenius situó la Atlántida en África Occidental, más exactamente en el antiguo país

de *Bénin,* dividido entre los actuales Estados de Nigeria y Dahomey. Frobenius fue incluso más lejos, y estableció la existencia de antiguos lazos directos entre esa parte occidental del África Negra y las civilizaciones del océano Pacífico.

Lejos de limitarse al Bénin, esta civilización atlántica africana se extendió, en su apogeo, hasta las actuales costas de Angola.

Leo Frobenius pudo descubrir, ahondando en las culturas propiamente africanas, tradiciones y costumbres que confirman la supervivencia de una poderosa civilización, muy antigua, pero que había tenido su decadencia desde hacía mucho tiempo, enmascarada por elementos mucho menos evolucionados: en el arte, las leyendas, los símbolos, los ritos, en la misma arquitectura, se puede descubrir indicios ciertos del continente negro occidental, en un período antiguo, con una civilización muy avanzada.

Esta civilización, floreciente en la época precristiana, había de lograr mantener viva mucho tiempo en la región de Bénin; todavía en nuestros días, la gran tribu negra de los yorubas, de Nigeria, conserva huellas innegables de la antigua «Atlántida» africana. Generalizando sus investigaciones, Frobenius pudo establecer asombrosas afirmaciones: existe un extraño paralelismo entre costumbres y símbolos propios del África occidental, y sus correspondientes del gran complejo indio toltecas-aztecas-mayas; asimismo, se encuentran analogías de ciertos conceptos etruscos en la mitología de los yorubas...

Pero volvamos a los hechos innegables: Frobenius y sus colaboradores excavaron cuidadosamente el punto arqueológico de Ifé, la ciudad sagrada del antiguo reino negro de Bénin, y la verdadera capital religiosa de los yorubas. Las investigaciones se revelaron muy provechosas, y permitieron el descubrimiento de innumerables objetos de factura asombrosamente refinada, de los cuales algunos eran de fecha bastante reciente: la civilización negra de Ifé consiguió, en efecto, subsistir hasta los siglos XVI y XVII, para derrumbarse a

consecuencia de la catastrófica despoblación que ocasionó la horrible trata de negros.

Nosotros, por nuestra parte, pensamos que el África Occidental fue una de las áreas de la colonización atlante; realmente, el continente engullido se había expandido y había colonizado en todas direcciones, lo que explica la existencia de vestigios más o menos directos de su prestigiosa civilización un poco por todo el contorno del Atlántico, y a veces más allá, y las tradiciones y costumbre atlantes consiguieron, al menos en parte, mantenerse después de la desaparición o extinción gradual de los colonizadores atlantes (a veces debido a incesantes cruzamientos).

Los africanos llaman «piedras de agris *(aggry beads)* a unos abalorios de arte muy antiguo, cuya factura resulta asombrosamente parecida a la de objetos análogos encontrados con las momias egipcias y en todo el Oriente Medio.

En África Occidental, esas «piedras de agris» provienen de antiguas sepulturas, o bien se trata de ornamentos que sus poseedores hacen remontar a lejanos antepasados.

Cuando los blancos piden detalles a los indígenas, éstos responden que esos objetos fueron introducidos en su país antiguamente por hombres de tez clara, cabello negro y que habían venido «del cielo».

Encontramos en todas las tribus repartidas alrededor de todo el golfo de Guinea curiosas tradiciones que confirman esta idea aparentemente fantástica.

Georges Barbarin nos recuerda un ejemplo significativo: el que aporta un mayor británico «que un día vio cómo una tribu negra (del África Occidental británica) se dirigía a la orilla del mar, con los jefes y hechiceros en vanguardia, al encuentro de una piragua que desembarcaba; en ella venían dos indígenas pintados de blanco, a quienes rindieron innumerables muestras de sumisión y que, después de un breve coloquio, volvieron a embarcarse. Preguntados por el mayor sobre el sentido de tal ceremonia, los negros le contestaron que se trataba de una costumbre inmemorial destinada a per-

petuar el recuerdo de los tiempos en que, partiendo de una isla hoy desaparecida, venían unos blancos a hacer justicia y a dictar leyes».[19]

B. Lemuria y Mu

Lemuria, Gondwana, Mu

Aunque el nombre de *Lemuria* se emplee a menudo con una acepción muy amplia, que cubre toda la gran extensión continental antiguamente sumergida bajo las aguas de los océanos Índico, Pacífico y Atlántico, es conveniente precisar la terminología: *Lemuria* propiamente dicha es el legendario continente engullido por las olas del océano Índico, mientras que la pendiente suave de la Atlántida se llamaba *continente de Mu.*

Los geólogos modernos hablan corrientemente del continente de *Gondwana,* de fecha muy anterior. Esas tierras sumergidas habrían constituido, en la Era secundaria, un inmenso complejo que iba desde el Polo Antártico a Deccán, y de Madagascar a Indonesia. Ese colosal continente desaparecido de Gondwana se extendía, sin solución de continuidad, desde Brasil hasta la península india y, con toda seguridad, también hasta Australia y Polinesia, formando parte asimismo de él

19. G. BARBARIN, *La danse sur le volcan,* pág. 70.

toda la zona meridional actual de África. Se observará que los geólogos, que remontan ese inmenso continente hundido en la época *secundaria,* no se plantean ningún problema científico a este respecto sobre los orígenes de la Humanidad. No ocurre lo mismo con *Lemuria* propiamente dicha, de fecha geológica más reciente.

Hacia 1830, el zoólogo inglés Slater había comprobado la existencia de los *lemúridos,* ese orden inferior de primates, simultáneamente en Madagascar y en Malasia, lo cual planteaba un problema, ya que esa especie de pequeños simios eran totalmente incapaces de haber atravesado el océano Índico a nado. Así, pues, sólo había una hipótesis posible: la existencia, en la Era terciaria, de un continente desaparecido, al cual se le dio el nombre apropiado de *Lemuria* y que englobaba, *grosso modo,* toda la cuenca actual del océano Índico.

Si bien la palabra Lemuria es de origen científico, el nombre de *Mu* tiene un uso puramente teosófico o esotérico; designa el continente (mucho más reciente que el inmenso Gondwana de los geólogos) sumergido en las profundidades del Pacífico por un gigantesco hundimiento, que habría sido como la compensación geológica exacta del grandioso levantamiento sobre la cordillera de los Andes, en la costa sudamericana occidental, y también de las Montañas Rocosas de América del Norte.

La isla de Pascua y California serían los vestigios geológicos más importantes de *Mu.*

No olvidemos la distinción entre *Lemuria* (continente desaparecido del océano Índico) y *Mu* (la «Atlántida» del océano Pacífico, cuyos vestigios serían las innumerables islas oceánicas, desde las Marianas y Carolinas a la misteriosa isla de Pascua).

Si Lemuria estuvo habitada por seres humanos (es lo que creen todos los ocultistas, pero lo que niegan muchos sabios racionalistas), ese hecho deberá situarse en una época muy anterior a la de la Atlántida: un período cuyo principio se remontaría a cien millones y, quizás, a miles de millones de

años, si pensamos al menos en el inmenso Gondwana, del que la Lemuria propiamente dicha (la de la Era terciaria) no sería más que un gran vestigio.

El poeta Wilfrid Lucas proporcionó una maravillosa descripción de Lemuria en su novela *La route de lumière* (1927), en la cual se considera que el continente desaparecido conoció el apogeo de una civilización muy avanzada.

Lemuria, después de una existencia valorada en casi cincuenta mil siglos, fue tragada por las aguas durante la Era terciaria, al final del período mioceno, como consecuencia de un gran cataclismo telúrico. Quedaron importantes vestigios: las islas de la Sonda, Madagascar, la parte meridional de la India (Deccán). Se puede ver también en el continente antártico, al menos en una parte del mismo, el vestigio de la extremidad meridional polar de la antigua Lemuria.

En París se había fundado, entre las dos guerras, un *Centro de estudios de la Lemuria,* cuyo presidente de honor era el escritor Wilfrid Lucas y el presidente Lucien Barquissau, abogado de la Corte. Al parecer, ese centro se integró en las actividades del grupo «Atlantis», cuya curiosidad siempre despierta no se limita en absoluto al continente desaparecido del que más se habla en Europa: el de la Atlántida.

Alcanter de Brahm, en un curioso artículo publicado en la revista *Atlantis,*[20] nos declara: «¿Quién sabe si esas apariciones fantasmales que los antiguos conjuraban mediante sacrificios que duraban tres días, y que ellos llamaban los lemures, no tenían alguna correlación con las almas de las víctimas que quedaron sin sepultura, ya que fueron absorbidas por el cataclismo que suprimió ese continente?» Evidentemente, es imposible pronunciarse sobre la realidad de tal afirmación.

Sobre el suave continente de *Mu* (otro fragmento del inmenso Gondwana secundario), los ocultistas nos dan la precisión geológica siguiente: Mu habría sido un continente llano (salvo algunas escasas colinas), sumergido antes del nacimien-

20. N.° especial, 6.° año, n.° 45, enero-febrero 1933, pág. 62.

to de las montañas jóvenes, mientras que la Atlántida, dominada por altas cimas, sería posterior a su solevantamiento.

Si bien los ocultistas hacen de Lemuria y de Mu unos continentes desaparecidos mucho antes del cataclismo atlantidiano (o incluso del apogeo de la civilización de los atlantes), hay algunas excepciones. Lewis Spence describe una gran corriente de civilización que habría ido —por el contrario— desde la Atlántida a Lemuria, a través de América. Pero repetimos que la tesis de Spence no es la de la casi totalidad de los autores que se han preocupado de Lemuria y del continente de Mu.

Pero —dirá el lector—, ¿hay alguna posibilidad de descubrir indicios científicamente utilizables de esas maravillosas doctrinas ocultistas sobre los continentes hundidos del océano Índico y Pacífico?

No faltan las presunciones indirectas, por el estudio de los mitos autóctonos.

Entre los malgaches, por ejemplo, encontramos las viejas tradiciones relativas a la ciudad legendaria de *Cerné*, especie de «ciudad de Ys» del océano Índico.

Las distintas tradiciones oceánicas han conservado el recuerdo de un colosal diluvio; a raíz de esto, se supone que los muertos residen «en el fondo de las aguas», allí donde están «los dioses blancos». Todo tipo de leyendas (de Hawai, de las Nuevas Hébridas, de Nueva Zelanda) nos hablan de una raza blanca de hombres de cabello rubio que habían precedido a los primeros navegantes polinesios.

Una tradición pascuana nos dice que *Hotu Matua*, el gran legislador legendario de la isla de las estatuas gigantes, procedía de un reino vecino sumergido por un gran cataclismo acuático. Podemos intentar hipótesis mucho más generales y aventuradas. Así, los mismos polinesios serían originarios de un continente que actualmente ha desaparecido en gran parte. Sin embargo, esta tesis tiende a ser negada por muchos de los sabios actuales, que prefieren pensar en la hipótesis de grandes navegaciones marítimas, hipótesis que tiene el mérito de apoyarse en indicios tangibles. Por ejemplo, se ha podido ver

en las pinturas rupestres de los bosquimanes de África austral la obra, no de esos seres primitivos, sino la de un pueblo de navegantes extremadamente civilizados, llegados de Malasia o de Indochina.

Es verdad que la hipótesis lemuriana, del continente meridional desaparecido, ofrece unas ventajas reales de explicación. Permite, especialmente, hacer más plausibles ciertos paralelismos lingüísticos verdaderamente extraordinarios: el profesor inglés Woolley pudo investigar el origen primero del pueblo de Sumer hacia la gran meseta indoaustralomalgache.[21]

Algunos sabios del siglo pasado no vacilaron en hacer de Lemuria la cuna misma de la Humanidad. Ésta es la convicción del biólogo alemán Ernest Haeckel, en su *Historia de la creación:*

«Muchos indicios, y especialmente de hechos cronológicos, hacen creer —dice— que la patria primitiva del hombre fue un continente actualmente sumergido en el océano Índico.»

Melanesia, Indonesia y Polinesia habrían sido los primeros centros de población nacidos de la gran meseta lemuriana, y posteriormente la India fue el gran centro de dispersión de la Humanidad.

¿Existen todavía hoy descendientes directos de los lemures o de los habitantes de Mu?

En el Perú existe un extraño pueblo, los urus, que vive del pescado y habita en la superficie misma del lago Titicaca, sobre islas flotantes de caña. Se trata de una tribu degenerada, detestada por los otros indios. Se observará con interés que sus tradiciones religiosas dicen que provienen de una gran tierra *al otro lado del mar en el Este.*

Pero se nos ofrecen muchas otras posibilidades de volver a encontrar a los lemures o a los hombres de Mu.

Por desgracia, los otros autores que han tratado de los

21. *Les Sumériens,* Payot, París.

lemures distan mucho de estar de acuerdo entre sí acerca del tipo físico de esta raza: a los lemures se los considera blancos, amarillos, hombres oliváceos, rojos o negroides. Incluso se ha llegado a considerar a los famosos *yetis* del Himalaya, esos gigantes «hombres-simio», como supervivientes de la raza lemuriana.

Esas interpretaciones tan divergentes pueden muy bien ser todas ellas ciertas, pero cronológica, no simultáneamente: si nos situamos en una época muy antigua, podemos muy bien encontrar en Lemuria una especie de «hombres-simio»; más tarde, podemos encontrar una sucesión, la misma mezcla de razas diversas venidas de otras partes del mundo.

Nuestra opinión personal es que tenemos posibilidades de acercarnos a la mayor probabilidad científica si consideramos a los lemures como hombres bastante similares, por la talla y color de su piel, a los malasios actuales, y los habitantes de Mu habrían sido más bien de un tipo parecido al de los indios sudamericanos, aunque, sin duda, con todo tipo de cruzamientos entre razas distintas.

¿Existen todavía lemures que hayan conservado secretamente toda su enigmática civilización?

En las montañas de California se observa de vez en cuando una extraña luz cegadora como el *flash* de un fotógrafo, la cual sería producida por hombres misteriosos. Encontramos en California todo tipo de otras narraciones legendarias, que se sitúan más corrientemente en el monte Shasta, en el extremo norte del macizo montañoso de Sierra Nevada. El majestuoso monte Shasta, de difícil acceso, es un antiguo cono que, periódicamente, presenta todavía ligeros signos de actividad volcánica.

En todo el distrito, todavía poco conocido, de California Septentrional, suele señalarse la presencia de unos hombres «extraños» que a veces surgían de los bosques (donde, por lo general, se esconden cuidadosamente) para hacer trueques con los montañeses. Esos hombres son grandes, graciosos, ágiles, tienen la frente muy elevada; llevan un peinado especial, un

extremo inferior del cual cae sobre la nariz. Hasta aquí, nada extraordinario; puede muy bien tratarse de una inofensiva tribu india que hubiera conseguido «ocupar el maquis» en una región montañosa poco frecuentada por los representantes de la autoridad. Pero donde el misterio se produce es en este hecho, relatado por numerosos testigos: de vez en cuando se celebran misteriosas ceremonias alrededor de grandes fogatas; pero es imposible acercarse a ellas, pues los testigos quedaban inmovilizados por unas «vibraciones» que parecen, literalmente, clavarlos en el suelo. Aquí se reconoce una característica que aparece corrientemente en los testimonios sobre los «platillos volantes», cuyos ocupantes poseían un «rayo paralizador» que deja a los espectadores momentáneamente inmóviles, a pesar de todos sus esfuerzos... Desde que los «objetos volantes no identificados» dieron tanto que hablar, los acontecimientos misteriosos del distrito californiano del monte Shasta se atribuyen fácilmente a los venusianos; es cierto que los hombres que pueblan Venus no serían otros que los lemures, si hay que creer en ciertos testimonios (inverificables, evidentemente), y, por el contrario, la cara oculta de la Luna y el planeta Marte se dan como lugares de afinidades «atlantidianas».

Sea cual fuere lo inverosímil de ciertos testimonios o afirmaciones, es innegable que las zonas menos accesibles de las montañas californianas son a veces el escenario de hechos extraños. La idea de un pueblo misterioso («lemur» u otro) establecido ahí abajo en una misteriosa ciudad subterránea puede invocar hechos muy curiosos: con el telescopio, un astrónomo americano, el profesor Edgar Lucien Larkin, antiguo director del Observatorio del monte Lowe (en California Meridional), pudo observar de lejos una cúpula metálica dorada, rodeada de construcciones de aspecto extraño. Automovilistas que circulaban por carreteras forestales se han encontrado de improviso con hombres de raza desconocida, vestidos de blanco, con largos cabellos ondulados, de estatura majestuosa, y que desaparecían ante el menor intento que se hiciera por

entrar en contacto con ellos. Mucho antes de la gran ola de «ovnimanía», testigos dignos de fe pudieron observar extrañas «naves aéreas» de esta forma especial, que eran vistas más al Norte, hacia las Aleutianas y Alaska, y todas esas máquinas volaban sin el menor ruido (rasgo característico de los famosos «platillos»).

Una tradición californiana pretende que existe un túnel debajo de la base oriental del monte Shasta que conduce a un lugar misterioso, donde se halla una ciudad de extrañas construcciones; los humos que se escapan periódicamente del viejo cráter provendrían, no de fenómenos plutónicos, sino de la misteriosa ciudad perdida.

Existe una tradición análoga en México: en un distrito montañoso inaccesible, vivirían unos «lemures» en una ciudad secreta también situada en el centro de un volcán apagado.

Sea lo que fuere, California es una de las regiones más fascinantes del Globo. En su mismo nombre se vislumbra lo maravilloso: el reverendo Edward Everett Hale descubrió (1862) que, justamente antes del descubrimiento del futuro Estado americano por los españoles, se había reimpreso en España un antiguo relato caballeresco, muy popular en la época de las Cruzadas, pero que contenía tradiciones muy anteriores: según éstas, una misteriosa reina *Califa* tenía su reino antiguamente «en la parte derecha de las Indias, muy cerca del paraíso terrestre», en una isla maravillosa llamada *California.*

En toda California y regiones vecinas (Oregón, Arizona, etc.) se han observado numerosos sucesos extraordinarios; realmente se encuentra allí toda clase de ruinas misteriosas, que merecerían un estudio arqueológico de conjunto.[22]

A lo largo de la gran playa de Santa Bárbara, por ejemplo, encontramos unas islas donde puede verse los vestigios fortificados de una raza desaparecida que antiguamente habitaba el distrito: la tribu india de los *chumash,* que los autores con-

22. W. S. Cervé, *Present-day Mystic Lemurians in California,* capítulo XI del libro *Lemuria.* Véase también el Apéndice n.° III.

sideran, generalmente, como los descendientes directos de los lemures, y que consiguieron conservar durante siglos la pureza de su raza.

En 1542 existían todavía más de 35.000 de esos indios, pero su número había de reducirse sin cesar: en 1771 no había más de 8.960 supervivientes; en 1900, tres familias solamente. En el momento de su apogeo, los chumash poseían notables conocimientos técnicos y artísticos (no solamente en cerámica, cestería, etc., sino en arquitectura), y todo un saber de tipo científico (especialmente en medicina) permite concebir, después de todo, la hipótesis de una lejana supervivencia lemuriense.

Antiguo papel de Oceanía

Las antiguas interrelaciones de Oceanía con los otros continentes podrían llenar varios volúmenes de hechos e hipótesis.

¡Cuántas observaciones curiosas!

En Papuasia, los hombres se engalanan para determinadas danzas guerreras con armas y vestimentas que les confieren un aspecto de guerreros micénicos. Sin embargo, aquí abandonamos el terreno de las investigaciones científicamente válidas, al revés de lo que ocurre con otros descubrimientos etnográficos: encontramos simultáneamente en Malasia, en Polinesia y en América las *mismas* hamacas, las *mismas* danzas enmascaradas, los mismos puentes suspendidos de lianas,

las mismas cabezas-trofeo, las mismas cerbatanas, etc.

Eminentes sabios han establecido aventuradas hipótesis. Robert J. Casey (1931), por ejemplo, hace llegar a los polinesios de Caldea por la India, Malasia, Indochina, los archipiélagos micronesios, las islas Marquesas y Tahití.

En las excavaciones llevadas a cabo metódicamente en las antiguas ciudades que ocupaban las áreas de Mohenjo Daro y Harappa (valle del Indo) en Penjab, se descubrieron ladrillos grabados con caracteres muy similares a los de las enigmáticas tablillas de madera de la isla de Pascua.

En todo caso, existe una certeza: la de las grandes expediciones marítimas de los antiguos habitantes del Perú: el famoso viaje realizado por la *Kon-Tiki*, de Thor Heyerdahl y sus compañeros ha demostrado ampliamente que las antiguas balsas de troncos podían perfectamente atravesar el Pacífico, de isla en isla.

Por otra parte, el hecho es confirmado por todo tipo de tradiciones orales polinesias.

En Mangareva, una leyenda afirma que el «rey Tupa» vino hace mucho tiempo «del Este» con una gran flota de balsas de vela, y luego regresó inmediatamente a su reino: coincide esto con la tradición de los incas sobre la antigua expedición emprendida por su gran jefe Tupac.

Según los indígenas de la isla Kusai, el pueblo que les precedió era poderoso y disponía asimismo de grandes bajeles en los que sus marinos partían de viaje durante lunas enteras. Pero volvemos entonces a las tradiciones que se centran en torno al antiguo continente de Mu.

Generalizando su hipótesis tan magistralmente verificada por él mismo, Thor Heyerdahl, el eminente sabio noruego, explica de manera maravillosa muchos de los misterios del Pacífico y, se observará, que sin recurrir a la hipótesis del sumergimiento de un antiguo continente pacífico. Dejémosle, pues, la palabra:

«Por mi parte, yo creo que ellos (los polinesios) siguieron la corriente que asciende a lo largo de Asia hasta el noroeste

de América. Se encuentran las huellas más patentes en las islas que hay a lo largo de esa costa, donde había grandes canoas dobles, provistas de puente, que podían, con la misma corriente y el mismo viento, transportar hombres y mujeres hacia Hawai y todas las demás islas. Es cierto que llegaron, por último, a la isla de Pascua, quizá sólo un siglo antes que los europeos, creo yo.» [23]

El mismo autor llegó a delimitar exactamente el vasto dominio de esas civilizaciones donde se encuentran unas grandes estatuas en piedra de forma humana y cuyo origen parece misterio. Esos monumentos pueden verse en México, en Guatemala, en el Perú, en Bolivia, en Colombia, en el Ecuador, en la isla de Pascua, en Pitcairn,[24] en las Marquesas, en Raivaevae. Thor Heyerdahl se esforzó, asimismo, en destruir la idea de un origen «antediluviano» de las más antiguas estatuas colosales: las estatuas del archipiélago de las Marquesas no habrían sido alzadas hasta el año 1300 aproximadamente, y sólo novecientos años después del primer establecimiento conocido de los polinesios en la isla de Pascua.

Thor Heyerdahl llegó a indicar que los mismos hombres construyeron los colosos de la isla de Pascua y las ruinas peruanas de *Tiahuanaco*:

«Pero ellos (los constructores de la colosal ciudad) tenían carreteras pavimentadas como en la isla de Pascua. Y algunos bloques, de entre los más grandes, habían tenido que ser transportados a unos 50 Km a través del lago Titicaca en inmensas barcas de junco, pues esta misma especie de piedra no existe más que en el Kapia, el volcán apagado de la otra ribera. Yo mismo vi gigantescos bloques abandonados al pie del volcán, listos para ser transportados a través del gran mar interior. En la vecindad existen todavía las ruinas de un muelle, y los indios de la comarca lo llaman: *Taki Tiahuanaco Kama,* o "camino de Tiahuanaco". Por lo demás, a la mon-

23. *Aku-Aku,* pág. 31.
24. La isla de los sublevados de la *Bounty.*

taña vecina la llaman el "Ombligo del Mundo".»[25] La civilización de Tiahuanaco es anterior al Imperio inca, pero sin que haya que atribuirle la antigüedad fabulosa que le achacan los discípulos de Hörbiger.

Pero, aunque no fueran construidas por formidables gigantes hace varios cientos de miles de años, las inmensas ruinas del Tiahuanaco, situadas a 3.915 m de altura sobre las orillas del lago Titicaca, poseen una grandeza enigmática. Aportan, por otra parte, la confirmación directa de un diluvio del océano Pacífico: cerca de los vestigios de los canales de Tiahuanaco, en dirección al Oeste, se encuentran numerosos caparazones marinos. Así pues, el mar bañaba en otra época el pie de los muros de la ciudad, que estaba construida justamente a su nivel. Toda esta región fue probablemente elevada con motivo de la última presión orogénica de los Andes.

El estudio metódico de las grandes migraciones oceánicas, abierto por los trabajos de Thor Heyerdahl, reserva innumerables sorpresas.

Información aparecida en *Le Figaro* del 17 de setiembre de 1960: «*Según los petroglifos, unos hombres cruzaron los océanos hace millares de años.* El explorador Michel Perrin, a su regreso de un viaje de estudios en Polinesia, está convencido de que la navegación intercontinental se practicaba hace miles de años. Esta teoría se basa en un estudio comparativo, llevado a cabo por el explorador, de los petroglifos (misteriosos dibujos grabados en los peñascos) encontrados en Bretaña, Irlanda, India, Brasil, Nueva Caledonia y Tahití.»

25. Heyerdahl, *Aku-Aku*, pág. 329.

El gran hundimiento del Pacífico y el continente de Mu

El último diluvio habría tenido origen en el océano Pacífico; según esta hipótesis, los primeros habitantes de América no eran más que refugiados, venidos del gran continente sumergido por ese cataclismo. En esta perspectiva, las islas del Pacífico son los vestigios de otras tierras importantes y, especialmente, de un vasto continente pacífico llamado *Mu.*

Los libros del coronel inglés James Churchward revelaron al público la historia y el destino de ese misterioso *País de Mu.* Por lo demás, estamos obligados a creer en la palabra de este autor, ya que Churchward nos facilita el resultado de sus investigaciones personales acerca de unas misteriosas tablillas, escritas en la lengua original de la Humanidad y que suministraban detalles claros, nos dice Churchward:

«Continuando con mis investigaciones, descubrí que ese continente perdido se extendía desde un punto del norte de Hawaii hasta un punto del Sur tan lejano como las islas Fidji y la isla de Pascua, y constituía, sin lugar a dudas, el hábitat original de la Humanidad.[26] Supe que en esa bella región había vivido un pueblo que había colonizado la tierra entera y que el país había sido eliminado del mapamundi por unos terribles temblores de tierra, seguidos de una sumersión hace doce mil años y había desaparecido en un torbellino de agua y fuego.»

26. Churchward se opone aquí a los partidarios de la primacía del continente lemuriano.

Pero ¿qué era esa historia de «tablillas» misteriosas? El primer descubrimiento de Churchward se habría producido durante su juventud, hacia 1868, y hubiera tenido como escenario un monasterio hindú adonde él se retiró durante largo tiempo y unos grandes iniciados le hubiesen hecho sorprendentes revelaciones. Después de 1880, el coronel Churchward emprendió grandes viajes por todo el mundo para comprobar sus descubrimientos; partiendo de la India, donde habría vivido mucho tiempo; visitó las islas Carolinas y todos los archipiélagos del Pacífico Sur, luego el Tibet y Asia Central, Birmania, Egipto, Siberia, Australia y Nueva Zelanda, de nuevo Polinesia, y después los Estados Unidos, Yucatán, América Central. Entonces tuvo conocimiento de las excavaciones practicadas en México por el geólogo americano William Niven, quien, sin conocer los descubrimientos de James Churchward, los confirmó totalmente. Niven y Churchward llegaron a estudiar detenidamente 2.600 tablillas.

Al contrario de la opinión corrientemente extendida en los medios arqueológicos, este «asunto de Mu» no es una mistificación. Las famosas tablillas existen. En cuanto a las excavaciones de W. Niven, no son imaginarias; un observador imparcial, el doctor Morlay (del Instituto Carnegie), visitó detalladamente todo el lugar en 1924, y dio el siguiente veredicto: los objetos descubiertos son auténticos, pero los símbolos que aparecen en las piedras grabadas, así como en el altar desenterrado, no se parecen a nada de lo conocido, actualmente, en México o en otros lugares, por especialistas en arqueología precolombina. He aquí, pues, la confirmación de la existencia de una civilización totalmente desconocida para los sabios clásicos.

Churchward explica que Mu estaba dividido en tres grandes regiones «separadas por estrechos mares o canales». Esas tierras estaban totalmente desprovistas de montañas, y no contenían más que inmensas llanuras con suaves colinas diseminadas aquí y allá. Era una zona tropical poblada por 64 millones de hombres repartidos en diez tribus o naciones,

pero unificados bajo un mismo Gobierno central. Los inmensos bosques estaban habitados por hordas de mastodontes y elefantes.

Explica el aspecto físico de los habitantes: «Dominaba la raza blanca... Ésta tenía ojos y cabello negros... El color de la piel era oliváceo.» Contrariamente a la opinión de algunos ocultistas, los sexos estaban separados: Mu no era un continente de andróginos. Mu contaba con siete ciudades principales. He aquí un pasaje importante en cuanto a la vida religiosa: «Los templos de piedra tallada, llamados a veces templos transparentes, no tenían techo a fin de que los rayos de Râ (el Sol) pudieran caer sobre las cabezas de los que rezaban...»

La desaparición de Mu habría tenido lugar entre doce mil y doce mil quinientos años antes de nuestra Era, mientras que el apogeo de su civilización se remontaba a setenta mil años antes de Jesucristo.

Las Escrituras Sagradas de Mu —nos dice Churchward— habrían sido transportadas por sacerdotes iniciados, los *Naacals* («Santos Hermanos»), a las distintas colonias de Mu hace más de setenta mil años, en previsión de la catástrofe.

La principal colonia fundada por los hombres de *Mu* habría sido el Imperio *Uighur*, que se extendía —hace diecisiete mil años— desde el océano Pacífico hasta Europa Oriental.

C. La Hiperbórea

Otro gran continente legendario, la Hiperbórea, habría ocupado anteriormente todos los demás, todas las regiones árti-

cas actuales, antes de la modificación del eje terrestre que implicó la segunda glaciación universal; Islandia, Groenlandia y Spitzberg serían, entre otras tierras, los vestigios geológicos de ese fabulosamente antiguo continente hiperboreal.

El inmenso continente hiperboreal de los primeros tiempos disfrutaba de un clima tropical, con una vegetación extraordinaria.

Los griegos habían conservado el recuerdo, la nostalgia de esta «Tierra del Sol Eterno», adonde el dios Apolo en persona iba todos los años y que se extendía hiperbóreamente, es decir, «más allá del dios Bóreas», señor del frío y de las tempestades. Pero ahí, como en otros lugares, se pueden establecer coincidencias con otras tradiciones (nórdicas, celtas, etc.).

El descubrimiento de los extraños mapas de Piri Reis (1513-1528), fundados en secretas tradiciones, parece confirmar que, lejos de ser una fábula, la idea de una *Hiperbórea* muy extendida y grandemente civilizada en otras épocas se apoya indudablemente en hechos reales.[27]

A veces se ha hecho esfuerzos por relacionar la Atlántida con la Hiperbórea: según D. Duvillé, uno de los colaboradores de la revista *Atlantis*, el continente atlántico sumergido habría sido una especie de gran península que prolongaba la Hiperbórea y que permitía una unión septentrional directa de América con Europa.

Para algunos atlantólogos, los nombres de Atlántida y de Hiperbórea serían sinónimos, y entonces la Atlántida de Platón debería localizarse bastante al Norte hacia las regiones árticas.

Arne Saknussemm, alquimista islandés del siglo XVI, era de esta opinión, y consideraba Islandia como un vestigio del continente desaparecido. Saknussemm exponía, por otra parte, una idea bastante curiosa: considerando que los formidables fenómenos volcánicos que hundieron la Atlántida mezclaron caóticamente todas las tierras convulsionadas, el único empla-

27. Véase *Science et vie*, setiembre de 1960.

zamiento donde habría posibilidad de encontrar ruinas atlantes sería... el centro de la Tierra. El alquimista islandés conocía, al menos así lo pretende la tradición, el camino que conducía hasta allí.[28]

Un atlantólogo alemán contemporáneo, H. Wirth, desarrolló un concepto *neohiperboreal* de la Atlántida, basado en el muy alto grado de civilización alcanzado por los antiguos habitantes de las regiones glaciales árticas, de Groenlandia especialmente.

Otro autor, J. Gorsleben, desarrolló la teoría del «precristianismo nórdico ancestral» que habría sido la religión de los gloriosos habitantes de la Atlántida-Hiperbórea...

Durante el régimen nacionalsocialista, Alemania conoció un florecimiento —orientado en el sentido que se puede imaginar— de las investigaciones sobre la Hiperbórea, que se considera la cuna de los grandes arios rubios.

Si el racismo frenético es un privilegio —¡si se puede llamar así!— del nazismo, la idea misma de un origen hiperboreal de los arios no tiene nada de inconcebible, sino todo lo contrario. Confirma todo tipo de tradiciones relativas a las tierras árticas, tanto en Escandinavia como en Alaska y en Asia Septentrional.

Pero surge una pregunta: el conocimiento exacto de las regiones claramente nórdicas, ¿no se remonta más que a los comienzos de la Edad Media? Se puede responder negativamente. Los navegantes griegos, por ejemplo, sintieron muy pronto el impulso de explorar esas regiones tan llenas de misterio.

Piteas de Marsella, intrépido navegante y renombrado sabio en el siglo v antes de nuestra Era, llegó a una tierra *que toca el círculo ártico.* Los insulares le declararon: «Si todavía navegas un día entero hacia el Norte, encontrarás el mar sólido» (o sea, el banco de hielo permanente). Piteas pudo comprobar que en aquella isla de *Tule* las noches duraban casi

28. Julio Verne, que en su juventud había estado en la extraña isla, conoció esta tradición y la utilizó para su *Viaje al centro de la Tierra.*

veinticuatro horas en el período del solsticio de verano, y ocurría lo contrario en el solsticio de invierno.

El nombre de *Tule* designa a menudo, en la Antigüedad e incluso en la Edad Media todavía, una zona mal delimitada, calificada por los adjetivos latinos *última, brumosa, extrema* en los viejos mapas medievales. Pero hay también una acepción muy concreta, que se aplica a una isla bastante grande, y que no es otra que la actual Islandia. En esta isla vivía aún, en plena época clásica, un pueblo de raza blanca, emparentado con los helenos, los hiperbóreos: el historiador griego Diodoro de Sicilia (Biblioteca histórica II, cap. XLVII) les asigna como dominio una isla de «una extensión igual a la de Sicilia», lo cual puede aplicarse perfectamente a Islandia. Pero continúa: «El suelo de esta isla es excelente, y tan noble por su fertilidad que produce dos cosechas al año. Según el mismo relato, allí es el lugar de nacimiento de Latona, lo cual explica por qué los insulares veneran particularmente a Apolo (el dios del Sol). Todos son, por decirlo así, los sacerdotes de ese dios: cada día cantan himnos en su honor. También se ve en esta isla un vasto recinto consagrado a Apolo, así como un templo magnífico de forma redonda y adornado con numerosas ofrendas; la ciudad de esos insulares está igualmente dedicada a Apolo, sus habitantes son en su mayoría tocadores de cítara, que celebran sin cesar, en el templo, las alabanzas del dios acompañando el canto de los himnos con sus instrumentos (...) el gobierno de esta ciudad y la guardia del templo son confiados a reyes llamados Boréadas, los descendientes y sucesores de Bóreas.»[29]

¡Cuesta ver a Islandia produciendo dos recolecciones de trigo al año! Y, sin embargo, aunque no nos remontemos a la época preglacial, esta idea tan fantástica no presenta nada de imposible: hoy día todavía Islandia tiene un clima francamente privilegiado, considerando su situación ártica; salvo en las regiones más montañosas, la temperatura es dulce (la me-

29. Cita según la traducción francesa de Ferdinand Hoefer.

dia de las temperaturas del mes de enero es, en Reykjavik, superior a la de París). Esta paradoja climática es debida, en parte, a los fenómenos volcánicos, pero principalmente a la corriente del *Gulf Stream*, de la cual un ramal rodea toda la isla; de ahí surge la siguiente hipótesis: en la Antigüedad, la intensidad calórica de la gran corriente marina pudo ser *claramente más fuerte* en esos parajes, de donde la posibilidad de un clima de Costa Azul (pero sin la sequedad) en Islandia. La situación climática de la gran isla parece no haber hecho más que retroceder bastante gradualmente hacia el estado actual de inviernos muy largos, de veranos cortos y fríos (media de temperatura de julio y agosto 8-10° C); en la época de la colonización vikinga (siglos X-XI de nuestra Era), *el trigo crecía todavía en Islandia.*

Otro testimonio indirecto sobre la Islandia antigua: el de Plutarco, que sigue al relato de un extranjero procedente de la misteriosa isla de Ogigia (otro nombre de Tule), donde había permanecido treinta años con las funciones de sacerdote del dios Saturno; y, en la isla, ese hombre habría descubierto unos rollos sagrados, que habían sido salvados durante la destrucción de la primera ciudad y que habrían permanecido largo tiempo enterrados en un escondite subterráneo.

Parece tratarse siempre de la misma isla nórdica antiguamente descubierta y ocultada por los cartagineses, pero redescubierta de tarde en tarde por otros navegantes.

Evidentemente, el alejamiento de esas misteriosas islas nórdicas no dejó de hacer trabajar la imaginación de los antiguos. Por ejemplo, un autor del siglo III, Eliano, nos dejó un curioso texto de Teopompo (contemporáneo más joven de Platón), una fantástica historia recogida por Cicerón y Tertuliano, que la juzgaron entonces con cierta ironía. En efecto, ese texto hace alusión a una «gran tierra» situada en la dirección nordeste, habitada por los *meropes,* donde existe un lugar llamado Anostos, es decir «Sin retorno»; allá abajo no existe el día ni la noche, y reina constantemente un crepúsculo rojo. Dos ríos, el del «Placer» y el de la «Tristeza», están bordeados

de inmensos árboles: aquel que coma los frutos que crecen a orillas del segundo, llorará sin cesar hasta el agotamiento total; por el contrario, aquel que coma los de los árboles que bordean el río del Placer rejuvenecerá, recorriendo al revés todas las edades de su vida, para desembocar finalmente en la *no-existencia.*

Esta narración fantasmagórica es, sin duda, un símbolo, a menos que uno se complazca en las hipótesis de la ciencia-ficción. Se dice, por otra parte, que en Islandia existiría una caverna que transporta al que penetra en ella a una época extremamente lejana; ¡imposible de verificar por sí mismo!

Hesiodo, en el libro I (verso 167) de *Los trabajos y los días,* se hace eco de los viejos mitos que sitúan el Paraíso Terrenal al noroeste del océano Atlántico. Escribe, después de haber narrado la aniquilación de los semidioses o titanes: «A otros (los que no están muertos) Zeus, hijo de Cronos (el Saturno latino), ha destinado una existencia y una morada estableciéndolos en las extremidades de la Tierra. Allí habitan, con el corazón libre de penas, en las islas de los Bienaventurados al borde del Océano de profundos torbellinos.»

Los griegos situaban, generalmente, el país de los hiperbóreos hacia la «residencia de las Hespérides», en los parajes directos del Paraíso Terrenal, si no en este mismo.

En la *Odisea,* de Homero, encontramos también tradiciones muy interesantes; tienden a hacernos admitir que a la época del culto masculino de Apolo, dios del Sol, le precedió sin duda el reino de las grandes sacerdotisas-hechiceras.

La isla de *Ea,* en la que reina la encantadora Circe, nos parece que no es otra que la isla de Tule o isla de Saturno. La isla de *Ogigia,* el dulce reino de Calipso, aislado en medio del océano, quizá no sea más que un duplicado, que simboliza el aspecto benéfico del reino de las mujeres inspiradas, de la cual Circe representa el aspecto destructor...

En cuanto a la *isla de los feacios,* o Corcira *(Corfú),* uno se pregunta si no se trata de la Atlántida; en efecto, vemos a los feacios dotados de bajeles más rápidos que el pensamien-

to: «Sin piloto ni timón, como los otros bajeles, saben —nos dice Homero— los pensamientos de los hombres y sus deseos.» Se observará que por todos lados llueven las alusiones a la técnica extraordinariamente avanzada de los atlantes.

La «Tierra sagrada» del océano Ártico es la isla legendaria de *Ogigia,* de *Elixoia,* de *Thule* o *Tule* identificada con Islandia, dotada durante toda la Antigüedad clásica todavía de un clima muy dulce. Tule era una gran isla sagrada, la «isla de los cuatro maestros», los cuales quizás estaban simbolizados por las cuatro ramas de la esvástica y representaban los guardianes de los cuatro puntos del espacio, dejando en el centro del símbolo el Eje, el Polo de la existencia manifiesta.

Ogigia, la «Tierra de Juventud», era también la isla *Basilia,* donde se recogía el ámbar y donde se dice que Faetón había sido arrojado de su carro solar. En esta isla donde reinaba entonces una maravillosa primavera perpetua, se conservaban unas enigmáticas tablas de bronce con jeroglíficos de oro.

La *Tula* mexicana parece idéntica a la *Tule* de los griegos, la «isla del Sol», llamada también por los helenos *Kronie,* «isla de Cronos» (y el mar que la rodea era el océano Crónico).

En la época del «diluvio de *Ogigia*», los guardianes de la tradición habrían transportado su gran templo solar a un país en que el día más largo (dieciséis horas) es el doble del día más corto (ocho horas), es decir hacia los 50°: es precisamente la latitud exacta del templo solar megalítico de Stonehenge, cuyas piedras, según una vieja leyenda celta, habrían sido sacadas de la «isla sagrada», de las «islas de los cuatro Maestros» hacia el 1700 a. de JC, en el emplazamiento exacto de un monumento solar más antiguo.

La *Ogigia* de Calipso, donde Ulises vivió durante *siete* años (cifra simbólica en toda iniciación tradicional), no es otra —evidentemente— que la «isla de los cuatro Maestros». Homero la denomina a veces *isla de Atlas* (Calipso era la hija de Atlas), lo cual tendería a reforzar la idea de una Atlántida hiperboreal. Plutarco nos hace observar que en Ogigia, el sol es

visible *veinticuatro horas* durante los días más largos (con la Estrella Polar a 66°). Esta característica es aplicable con toda exactitud a Islandia.

Todavía al noroeste de esta isla, Plutarco sitúa otra isla más pequeña (¿la actual Jan Mayen?), en la que reina una mujer divina, gran sacerdotisa de temibles misterios; y en los mismos parajes se extienden territorios donde viven seres de poderes sobrehumanos (¿se trataría de la antigua civilización hiperboreal, fabulosamente antigua, de Groenlandia?).

Todavía a principios de la Era cristiana se creía que los servidores del dios Cronos estaban «dormidos»[30] en una isla septentrional, vecina de la Gran Bretaña.

Toda la Antigüedad clásica no ha dejado de ser fascinada por la misteriosa isla sagrada del océano, en el noroeste de Europa, donde reinan, alternativamente, un día interminable y una noche sin fin.

Homero sitúa la isla de Ogigia a veinte días de navegación (en el océano Atlántico) de la isla de los feacios.[31]

Se puede comparar la isla de Calipso o la de Circe con las islas pobladas por las resplandecientes «hadas» celtas inmortales que dejan compartir su inmortalidad con los mortales que se unen a ellas.

«Ogigia» parece que es, asimismo, un nombre formado por dos palabras gaélicas *og* («juegos» o «sagrado») y *iag*, «isla»; así pues, esto no es otra cosa que *Tir na n-Og*, la «tierra de Juventud». La «tierra sagrada» polar también aparece en los Vedas de la India, donde se la llama *Vàràhî*, «tierra del jabalí».

La *Ogigia* de Homero ha sido a veces identificada con la isla de Haití, y la «isla de Saturno» se considera entonces como que era la actual Cuba; pero esas interpretaciones salen al encuentro de los textos homéricos, donde la isla sagrada siempre es situada claramente hacia el Norte.

Hemos visto la relación (más la identidad) de la *Tule* o

30. ¿Se trataría de un sueño cataléptico a la manera de los yoguis de la India?

31. Que quizá sea la Atlántida de Platón.

Thule hiperboreal y de la *Tula* de los aztecas. Pero no olvidemos este otro nombre: isla de *Cronos*, «de Saturno»; Saturno, el dios legendario de la Edad de Oro. La *Mare Cronium* o «mar de Saturno» era la parte más septentrional del océano Atlántico.

Tule, la «isla de Saturno» conocida de los fenicios, de los cartagineses, de los griegos y de los romanos, hemos visto que no era otra más que la actual Islandia. Y no hay que olvidar que la fascinación por las regiones en que reina el extraordinario sol de medianoche no existió hasta el siglo XX; Eumenes, en la narración (que se encuentra en el *Panegírico de Constantino*) de la última expedición de Constantino I *Cloro* (el padre del emperador cristiano) a Gran Bretaña (306 d. de JC), nos lo explica bien: «... llevado por un secreto pensamiento, que no confió a nadie, antes de ocupar su lugar entre las potencias celestes, quería contemplar al padre de los dioses, el océano que alimentaba los astros inflamados del cielo y a punto de disfrutar de una luz perpetua, deseaba en esta vida ver en esas regiones un día casi sin noche».

A la inversa, la obsesión por las fantásticas noches polares fue muy cautivadora, pero negativamente: Marco Polo hará alusión al *país de la oscuridad*, a la región de la noche eterna y a los terrores sin nombre.

Sila (uno de los interlocutores de un diálogo de *Plutarco*) parece muy bien suponer que las costas de América estaban pobladas de griegos en sus tiempos, y que la isla de Tule desempeñaba entonces un papel intermediario muy importante:

«... cada treinta años, en honor de Saturno, esos habitantes van hasta las islas opuestas que habitan pueblos griegos y donde ven durante un mes ponerse el Sol apenas durante una hora al día».

Sin duda, se trata de las regiones completamente septentrionales del actual Canadá.

Recordemos que Berlioux se niega a la interpretación in-

sular, y sitúa la gran ciudad de los hiperbóreos en la actual Dinamarca: habría tenido el nombre de Lederun hacia principios de nuestra Era (actualmente es la zona del pueblo de Leite y del castillo de Lethraborg, a 12-15 Km hacia el sudoeste de Roeskilde, antigua ciudad episcopal, en la isla danesa de Seeland). Esta ciudad de *Boreâdai,* centro del culto religioso, de donde, según Berlioux, habrían venido al mismo tiempo los druidas y los bardos del celtismo... Sin embargo, los autores griegos y latinos hacen mención expresa de una *isla* septentrional.

Plutarco, en su diálogo (ya mencionado) sobre la figura *que se ve en la Luna,* designa, a través de uno de los interlocutores, Sila, esta gran isla situada a cinco días de navegación de Gran Bretaña, y donde el Sol no desaparece del horizonte más que una hora o menos durante treinta días (incluso las tinieblas son casi aniquiladas por una iluminación crepuscular).

Las «convulsiones de Saturno», encerrado en un antro profundo, simbolizan (en parte al menos, pues existe toda una serie de sentidos figurados) las convulsiones volcánicas, tan frecuentes en Islandia, definida así por un texto mucho más reciente del siglo XVII:

«Esta isla se llama *Islandia,* debido a la blancura de sus hielos. Se dice que fue fértil en otras épocas; que ha tenido buenos campos y que estuvo cubierta de grandes bosques, con los que los islandeses construían hermosos y grandes navíos.» [32]

El mismo autor continúa:

«Los habitantes de la isla creen que esta montaña (el monte Hecla, principal volcán islandés) es el lugar donde son atormentadas las almas de los condenados. Existen de ella bonitos cuentos. Pues a veces dicen que ven hormigueros de diablos que entran en el orificio de ese monte, cargados de almas

32. La Peyrere, *Relation de l'Islande* (1644) en: *Recueil de Voyages au Nord,* tomo I, Amsterdam, 1715, pág. 28.

condenadas; y que vuelven a salir en seguida, para ir a buscar otras.»[33]

Como observa justamente Beauvois, «... creemos entender que el antro (de Saturno) con su peñasco rutilante es simplemente el cráter del Hecla».[34]

A propósito de los primeros habitantes de la isla de Tule, Demetrio de Tarso (siempre según cita Plutarco) indicaba: «Los insulares eran poco numerosos, pero los bretones[35] los consideraban a todos sagrados e inviolables.»

Al parecer, antes que los griegos, fueron los celtas quienes localizaron en el océano Crónico la isla de Saturno y la morada de los bienaventurados.

De todas formas, la «Tierra Sagrada» que conserva el tesoro de las tradiciones secretas es situada corrientemente por las más antiguas leyendas en un país donde el día es aproximadamente igual al año (seis meses de día y seis meses de noche): se trata, pues, de la misteriosa «isla de los Seres», llamada «Seres más allá de Ogigia», de la que habla Homero. Heródoto nos habla de pueblos «que duermen seis meses», lo cual —evidentemente— se ha de interpretar como seis meses de hibernación al estilo de los esquimales.

Ya hemos visto la fascinación (ambivalente, atractiva y horrorosa a la vez) de los países nórdicos desde la Antigüedad. Tenemos un eco lejano de ello en un extraño libro escrito por un tal Antonius Diógenes, titulado: *Les 24 Livres des choses incroyables de l'île de Thulé* (en *Magasin encyclopédique*, 2.° año, 1796, tomo II, pág. 265; extraídos de la biblioteca de Focio, y traducidos al francés por J. B. C. Grainville). Éste es, quizás, el relato de aventuras más antiguo redactado, sin duda, poco después de la muerte de Alejandro Magno. Allí encontramos la descripción lírica de las noches sin fin, la historia de los fantásticos habitantes de las regiones polares, etcétera.

33. *Ibíd.*, pág. 33.
34. *L'Eden transatlantique...*, pág. 280.
35. Se trata de los habitantes celtas de Gran Bretaña.

Ferécides de Siros (hacia 544-3), el maestro hiperbóreo de Pitágoras, habla con conocimiento de causa de la «iluminación constante» del Norte.

Esos *hiperbóreos* habitaban, en las lejanas regiones nórdicas, una isla más grande que Sicilia y «perdida en las brumas» (aunque las jornadas soleadas sean allí muy numerosas durante el verano). Los hiperbóreos eran, sin duda alguna, hombres de raza blanca, y que sostenían relaciones con los helenos: no es absurdo ver griegos en las regiones hiperboreales. ¿Existieron, en una fecha fabulosamente antigua, hiperbóreos acuáticos y andróginos de raza negra y, todavía antes que ellos, seres humanos de cuerpos todavía sin encarnar? Nos encontramos aquí en plena ensoñación teosófica incomparable e imposible de probar o desmentir.

Islandia y las regiones vecinas continuaron, después del establecimiento de los vikingos, siendo objeto de tradiciones fabulosas: los marinos escandinavos temían encontrarse en esos parajes con navíos fantásticos, los *Wafeln*, con velamen de llamas y cuya singladura engendraba un famoso torbellino de centellas.

Toda la región marítima comprendida entre el norte de Escocia e Islandia sería escenario de extraños acontecimientos (¿contacto con universos paralelos?). Las tormentas magnéticas, tan frecuentes en Islandia, se dice que serían el origen de manifestaciones fantásticas.

La leyenda de *Tule* parece sobrepasar a veces la Islandia antigua o incluso referirse a una civilización claramente anterior cuyos habitantes poseían temibles conocimientos mágicos, que les permitían subyugar todas las fuerzas cósmicas e incluso dominar las temibles «inteligencias del exterior». ¡He aquí un lenguaje digno de los cuentos fantásticos de H. P. Lovecraft!

Una tradición india[36] afirma, por otra parte: «Hace diez mil lunas esta tierra occidental estaba totalmente cubierta por

36. Citado en: *Mercure étranger*, tomo III, pág. 280.

espesos bosques; mucho antes, unos hombres pálidos que dominaban el trueno y el rayo, se lanzaron en las alas del viento para destruir ese jardín de la Naturaleza.»

El gran astrónomo francés Bailly observaba, por su parte, en su *Historia de la astronomía*[37]:

«Cuando se considera con atención el estado de la astronomía en Caldea, en la India y en China, se encuentra uno más bien con los restos que con los elementos de una ciencia (...). Es la obra de un pueblo anterior. Ese pueblo fue destruido por una gran revolución», que pudo muy bien ser una gigantesca caída de meteoros, que hubiera engendrado, a su vez, un diluvio.

Una leyenda celta describe el *Sed Jagioug'y Magiouc* (Muro de Gog y de Magog): es una muralla colosal, cuya construcción se atribuía a un legendario soberano llamado Escander, que había querido encerrar las naciones hiperboreales al otro lado del Cáucaso. Ese muro fabuloso ha desaparecido, así como la inmensa «columna boreal» de las tradiciones celtas, que se consideraba unía el cielo y la tierra.

El hombre primitivo hubiera sido blanco y habría venido de esta legendaria Hiperbórea.

«Al otro lado del océano del Norte, decían los celtas, hay una tierra que toca a los muros del Cielo.»

El esoterismo y la teosofía consideraban generalmente a los hiperbóreos de la época más primitiva, que eran concebidos entonces como los primerísimos representantes de la Humanidad: su existencia se remonta a unos treinta millones de años y se les supone hombres andróginos, y que pasaban una gran parte de sus vidas en el agua. Dotados de conocimientos mágicos muy desarrollados, todavía habrían tenido como símbolo uno de los más antiguos motivos religiosos: la espiral. A ese nivel histórico tan lejano, se hace imposible toda confirmación objetiva, toda explicación científica. En cambio, está permitido hacer conjeturas bastante probables sobre

37. En las págs. 18-19.

los hiperbóreos de época mucho más reciente, los hombres misteriosos que habitan *más allá de Bóreas*, algunos milenios antes de nuestra Era, y mucho más tarde todavía, puesto que sus supervivientes serán todavía conocidos de los viajeros griegos. Parece tratarse realmente de una civilización antigua muy avanzada, y que —sin duda— dejará lejanos vestigios durante mucho tiempo en Islandia, Groenlandia, Escandinavia, Rusia Septentrional, Siberia, etc. (para emplear las apelaciones modernas de todas esas regiones situadas *más allá del país de los escitas*, como decía Heródoto).

La Hiperbórea parece haber conseguido subsistir durante la glaciación prehistórica y sus secuelas: las antiguas tradiciones hacen de ella todo el inmenso territorio situado al otro lado de los grandes glaciares europeos cuaternarios, cuyos imponentes restos eran todavía visibles en los inicios de los tiempos históricos; al otro lado de las murallas de hielo estaba el país donde vivía una raza de hombres de temibles poderes mágicos. Según una leyenda caldea, los antiguos viajeros que —hasta el año 4500 antes de JC aproximadamente— llegaban hasta el Norte, podían contemplar todavía los gigantescos glaciares que lucían al Sol, y tras de los cuales se extendía aún la enigmática civilización hiperbórea, que se dice era solamente accesible por un túnel intermediario, excavado en el hielo, que desembocaba en el Oriente Próximo, cerca del Éufrates). Los grandes glaciares comenzaron a fundirse rápidamente poco después del cuarto milenio, y un océano de lodo obstaculizó todo el paso hacia el país de los hiperbóreos, que era a su vez víctima de un formidable diluvio.

En determinadas regiones, subsistieron islotes de la Hiperbórea durante toda la Antigüedad: éste fue el caso de Islandia. Pero finalmente hasta esos vestigios de la antigua civilización de Tule desaparecieron: los monjes irlandeses y luego los vikingos encontrarán, a comienzos de la Edad Media, absolutamente desierta a Islandia.

¿Qué se hizo de los hiperbóreos?

Se han mantenido numerosas hipótesis: los invasores arios

de la India habrían sido originarios de las regiones árticas (teoría de B. G. Tilak); se ha buscado a los hiperbóreos en el desierto de Gobi, en el Tibet, en Alaska, en México... Pero hay una idea verdaderamente extraordinaria: aquélla según la cual los hiperbóreos se habrían convertido en un pueblo subterráneo. En una novela de H. Bulwer Lytton, *La raza que nos exterminará,* vemos a Islandia dotada de una vía de acceso subterránea al reino desconocido de unos hombres que poseen un completo dominio de las fuerzas mágicas. Habitan fabulosas cavernas en el centro de la Tierra, pero saldrán para convertirse en los dueños del mundo.

El novelista inglés se había inspirado en una vieja tradición islandesa, que situaba la entrada del reino subterráneo de una raza misteriosa en el cráter del Snaeffelsjokull, un volcán apagado de la península occidental de Islandia.[38] En el siglo XX, se crea en Alemania una sociedad secreta: el *Grupo Tule,* cuya «Logia luminosa» pretende ser dueña y señora del *Vril,* la misteriosa energía que hará al hombre dueño total de sí mismo y del mundo. La influencia de esta «sociedad del Vril» será considerable en la mística nazi del Superhombre...[39]

Se observará que, aun suponiendo un clima hiperboreal más o menos análogo al de las regiones árticas actuales, la existencia, en otro tiempo, de una población más importante no tendría nada de imposible. Por el contrario, ¿no vemos a un sabio como René Quinton que llega a la idea de un origen *polar* de la vida misma, y que, según él, las formas animales nuevas aparecieron sucesivamente en vista de un creciente enfriamiento en las regiones polares?

No vacila en escribir: «Los polos son focos de origen único. Toda forma entregada a la vida ya no es susceptible de evolución. Las formas una vez aparecidas se encarnan en su tipo.»[40]

38. Es por este mismo orificio por donde los héroes de Julio Verne emprendieron su viaje a las entrañas del Globo.

39. Louis Pauwels y Jacques Bergier, *El retorno de los brujos,* editado en esta misma colección.

40. Pág. 26 de su comunicación póstuma a la Société Française de Philosophie.

Los vikingos afirman haber sido precedidos en la isla por monjes irlandeses; pero ya hemos indicado que estos últimos habían encontrado a la antigua Tule completamente desierta y sin ningún vestigio de actividad humana. Sin embargo, existió realmente una población hiperboreal, que todavía subsistió, en parte, al final de la Antigüedad. Volvemos a encontrarnos ante la pregunta: ¿qué se hizo de los hiperbóreos de Islandia? A menos que se piense que una erupción volcánica o un temblor de tierra hubieran aniquilado a esa población (que estaba muy diseminada) al historiador sólo le queda una alternativa: o bien admitir una emigración hacia otra región del Globo, o bien hacer caso a la tradición fantástica, tan persistente en Islandia, de una civilización *subterránea*...

En cuanto a la Islandia de los vikingos, olvidamos con frecuencia que tuvo una civilización insular muy desarrollada, floreciente hacia finales de la Edad Media, pero que se prolongó hasta mucho más tarde. Obsérvese el gran desarrollo de las ciencias ocultas en Islandia, especialmente de la alquimia: los alquimistas islandeses tenían, por otro lado, la ventaja de una latitud donde el magnetismo (solar y terrestre) es mucho más fuerte que en nuestras regiones.

Pero volvamos, para terminar, a la Hiperbórea original, la cual siempre habría tenido un clima cálido, con una abundante flora. La geología parece confirmar totalmente esta leyenda del Edén polar, que basta con situarla en un período en que el eje terrestre no tenía su inclinación actual, y en que los polos se hallaban en otra situación. Tomaremos de Roger Vercel una descripción adecuada del antiguo clima de las actuales regiones árticas, en una época fabulosamente lejana:

«Entonces, árboles gigantes producían grandes frondosidades en Groenlandia y Spitzberg. Bajo un sol de fuego, la profunda vegetación de los trópicos se hinchaba de savia, en los lugares donde actualmente vegetan los líquenes rasos. Los helechos arborescentes se entremezclaban con las colas de caballo gigantes, con las palmeras del terciario, con las lianas de la jungla ártica. Allí relucía el verano, y las nubes, cargadas

de fecundidad, dejaban caer cálidas lluvias. Y en la inmensidad de la floresta polar, vivían animales de su talla, el mamut peludo, el rinoceronte de dos cuernos, el gran ciervo cuyas ramificaciones alcanzaban 4 m, el león de las cavernas. Sobre el océano verde de las cimas, pájaros de prodigiosa envergadura. Todo esto es claramente expresado por la hulla expuesta al aire libre en el Spitzberg o en la isla del Oso, esta hulla donde la hoja que verdeó, hace quizá diez millones de años, dejó inscrito su más pequeño dentellón.

»En aquella época, el polo del frío yacía, sin duda, cerca de París o en algún lugar de Europa Oriental... Y el paraíso terrestre se extendía al extremo Norte de las islas boreales, en esa zona tan bien defendida por los bancos de hielo que todavía no se ha podido determinar con exactitud los límites de la tierra y del agua...»[41]

41. *A l'assaut des pôles* (Col. Marabú), págs. 7-8.

IV. LA ETERNA FASCINACIÓN: DE LOS MITOS A LA «CIENCIA-FICCIÓN»

Si nos dirigimos ahora al terreno de la imaginación pura y voluntaria, nos encontramos con la idea de civilizaciones prestigiosas, anteriores a las civilizaciones conocidas por la ciencia universitaria. Hoy día, esta obsesión se encuentra en la llamada literatura de «ciencia-ficción», donde tan fácilmente se recurre a civilizaciones terrestres desconocidas (prehumanas o anteriores a la Humanidad) o a civilizaciones esparcidas por los otros mundos planetarios. Esta fascinación no solamente existe en esas creaciones literarias: hay un estudio por hacer sobre las innumerables pinturas o dibujos inspirados en ese gran tema de las civilizaciones misteriosas.

Existen «extraterrestres» entre nosotros: éste es uno de los temas más corrientes de la ciencia-ficción. Una idea de este tipo fascina al hombre del siglo XX, tanto más cuanto que no parece absurda en sí misma, muy al contrario...[1] Es cierto que es fácil, en este campo, franquear alegremente los límites que

1. Aimé MICHEL, *Mystérieux objets célestes,* 6.ª parte, págs. 365 y siguientes.

separan el mito de la posibilidad. Para muchos autores, el pasar de la «ficción» a la afirmación efectiva parece demasiado cómodo. Abramos, por ejemplo, el extraño libro de un autor del siglo pasado: *La Chute du Ciel*, por el barón d'Éspiard de Colonge. La obra no teme transferir a los hechos las más extraordinarias ideas. Veamos un pasaje característico: «... e incluso los animales fósiles que se encuentran en cualquier lugar (sobre la Tierra) podrían no haber sido más que seres lunares o planetarios cuyos fragmentos hubieran caído».[2] Los monstruos «antediluvianos» serían, desde esta perspectiva, de origen extraterrestre: «...(los planetas Júpiter, Saturno, Urano) tendrían, al menos en algunas de sus partes, zonas llenas de monstruosidades indescriptibles, tanto más inabordables para seres que fueran parecidos a nosotros, cuanto que esos globos celestes son más grandes y todo allí ha de ser infinitamente más colosal».[3] Semejante lenguaje produce una impresión muy similar al empleado por los novelistas y narradores fantásticos, en particular por Lovecraft.

El tema de las civilizaciones desconocidas se encuentra constantemente en las obras de H. P. Lovecraft; podríamos hablar con justicia de una verdadera obsesión del autor americano. Abramos, por ejemplo, el texto titulado *En el abismo de los tiempos*, que es la primera novela de una serie publicada con el mismo título.[4]

«... mis viajes (habla el mismo héroe) fueron muy curiosos y comprendieron varias visitas a lugares desiertos y lejanos. En 1909, pasé un mes en el Himalaya; en 1911, emprendí la aventura de cruzar a lomo de un camello los desiertos desconocidos de Arabia (...). Durante el verano de 1912, fleté un barco y recorrí el océano Ártico, al norte de las Spitzberg (III). Un poco más tarde, durante el mismo año, dediqué varias semanas a errar solitario, más allá de los límites del terreno ya explorado, entre el inmenso laberinto de las cavernas calcá-

2. ESPIARD DE COLONGE, *La Chute du Ciel*, pág. 48.
3. *Ibíd.*
4. Obra traducida al francés por Jacques Papy: París (Denoël), 1954.

reas de Virginia Occidental, laberintos tenebrosos y tan complejos que a nadie se le ha ocurrido jamás rehacer el trayecto seguido por mí.»[5]

En Lovecraft, se trata siempre de civilizaciones que son no solamente extrañas y fantásticas, sino cargadas de secretos aterradores. Citemos al azar:

«Había unas ventanas colosales, puertas inmensas y una especie de mesas tan altas como una habitación corriente. Los muros estaban adornados de grandes estanterías de madera negra, donde aparecían alineados unos volúmenes de gigantescas dimensiones con extraños jeroglíficos en el lomo.

»Las partes desnudas de las paredes de piedra ofrecían curiosas esculturas en forma de símbolos matemáticos curvilíneos, e inscripciones grabadas en caracteres parecidos a los de los libros. La sombría construcción de granito pertenecía al tipo megalítico: filas de bloques con la extremidad convexa encastrados en otros bloques de base cóncava que reposaban sobre ellos.

»No había asientos, pero encima de las mesas todo aparecía lleno de libros, papeles y objetos que, sin duda, servían para escribir: jarros de metal violeta, varillas metálicas con la punta manchada (...). Encima de algunas de ellas habían unos grandes globos de cristal luminoso a guisa de lámparas, así como unas misteriosas máquinas formadas de tubos de vidrio y barras de metal (...). El suelo estaba cubierto de pesadas losas octogonales. No había ni alfombra ni tapices.

»Más tarde, me encontré recorriendo, sin tocar el suelo, unos corredores ciclópeos, o subiendo y bajando unos gigantescos planos inclinados. No había un solo pasillo que tuviera menos de treinta pies de ancho. Algunos de los edificios donde yo flotaba debían elevarse a varios millares de pies en el cielo.

»Bajo tierra se sucedían varios niveles de negras criptas y trampas jamás abiertas, selladas por bandas metálicas, que sugerían un siniestro peligro.»[6]

5. Página 13
6. Página. 21.

Lovecraft sitúa sus civilizaciones desconocidas en espacios «mágicos» localizados en regiones inexploradas de nuestro Globo, o bien en las profundidades temibles que se encuentran fuera de nuestro mundo: incluso sale fácilmente del Sistema Solar, nuestra galaxia; además también interviene la «cuarta dimensión»: el tiempo, la realidad se dilatan o se contraen...

H. P. Lovecraft no es el único autor que se complace en describir civilizaciones desconocidas, monumentos enigmáticos, asombrosos jeroglíficos, fantásticos cultos secretos. Son innumerables los escritores que intentan comunicarnos la emoción que da lo que es prodigiosamente antiguo o fantásticamente distinto. En otro gran autor americano, Abraham Merritt, encontramos a menudo el tema de las viejas y fabulosas civilizaciones situadas en los abismos del Pacífico, en una región inexplorada de Alaska, e incluso en otro nivel de realidad.

Pero he aquí otro tema literario muy distinto: en Noëlle Roger (Madame Pitard-Dufour), un escritor suizo de lengua francesa, encontramos una obsesión por la pureza natural. Su novela *La Vallée perdue* nos cuenta, en efecto, la llegada de aviadores a un valle alpino inaccesible donde se ha perpetuado una tribu que continuó en estado neolítico y que llevaba una inocente vida patriarcal.

De todos modos, es más frecuente ver que los autores describen civilizaciones espantosas. Otra novela olvidada, *Le peuple du Pôle,* de Charles Derennes, nos describe, por ejemplo, el descubrimiento por una expedición ártica en un aeróstato de una raza extraña y terrible.

Innumerables novelas han recogido por su cuenta el mito tan significativo de la sumersión de la Atlántida. He aquí, por ejemplo, una muestra característica: *La Fin d'Atlantis ou le Grand Soir,* de Jean Carrère, que recoge el tema de la destrucción de la prestigiosa civilización, de la cual los incas, por un lado y los egipcios y los griegos, por otro, habrían sido (al menos en parte) los herederos. Por otra parte, el novelista no deja de establecer comparaciones entre nuestra propia civi-

lización y la de los atlantes cuyo destino podría ser el nuestro...

Los autores americanos parecen tener una imaginación especialmente desbordante para describir civilizaciones extraordinarias. No contento con describir empleando una precisión increíble las extrañas civilizaciones que existen en el centro de nuestro Globo, Edgar Rice Burroughs, por ejemplo, nos ilustra las diversas razas que habitan el planeta Marte, su organización social y sus costumbres, sus monumentos, sus creencias religiosas y sus mitos, etc., todo con un grado de precisión casi fotográfica.

Pero, si hubiéramos de escoger el texto más extraño, quizás elegiríamos una narración de Robert F. Young, otro escritor americano: *La diosa de granito (Goddess in granite).*[7]

Ese relato describe un monumento extraordinario que dejó en un planeta una civilización desaparecida hace mucho tiempo: una cadena montañosa toda ella esculpida formando un espléndido cuerpo femenino.

He aquí lo que el héroe puede contemplar desde su astronave, bajo la luz cegadora de otro sol:

«El cielo era de un azul profundo, sin nubes, y Alfa Virginia centelleaba en medio de todo ese azul, lanzando su calor y sus rayos sobre el macizo montañoso que, por su relieve, recuerda un gigantesco cuerpo de mujer y conocido por el nombre de "La Virgen". La Virgen estaba tendida cara arriba, y los dos lagos azules de sus ojos miraban eternamente al cielo (...). Había empezado siendo un fenómeno natural —un enorme solevantamiento geológico— y todo lo que los escultores hicieron (lo cual, sin embargo, representaba un trabajo hercúleo) fue pulir la obra de la Naturaleza, dar los toques finales y, por último, instalar el sistema de bombas automáticas subterráneas que durante siglos había suministrado el agua del mar a los lagos artificiales de los ojos.»[8]

7. Texto en francés en la revista mensual «Fiction», n.º 64 (marzo de 1959), pág. 87-106.
8. Páginas 87 y 88.

V. ¿REALIDAD DE LO «IMAGINARIO»?

Pero entonces surge la pregunta: las «civilizaciones desconocidas», ¿realmente sólo existían en el terreno de los mitos, de las ensoñaciones y de las imaginaciones? ¿No existirían entonces descubrimientos objetivos que parecieran *probar* que esas tradiciones, si bien no son siempre exactas en sus detalles (de hecho, hay que hacer entrar en juego todo el campo de las interpretaciones simbólicas), son, sin embargo, «ciertas»? ¿No han podido existir civilizaciones muy evolucionadas mucho antes de los «comienzos» corrientemente admitidos de la Historia propiamente dicha?

Monstruos

Un tema universal que se encuentra en todas partes del mundo es el de los monstruos horribles, con los cuales se enfrentan unos héroes intrépidos. Si esas criaturas de pesadilla son simplemente unos símbolos, no es absurdo tampoco buscar, a veces, unos hechos reales en el origen de esas tradiciones.

Cuvier ya observaba que un animal monstruoso antediluviano como el plesiosaurio «podía justificar esas hidras y esos otros monstruos cuyas figuras fueron tan repetidas en los monumentos de la Edad Media».

Edgar Dacqué estima, justamente sin duda, que los «dragones» de las viejas leyendas se explican claramente por el recuerdo de tiempos lejanos en los que el hombre primitivo podía contemplar los monstruosos reptiles que habían sobrevivido a la Era secundaria.

Todavía actualmente, el hombre tiene ocasión algunas veces de encontrar una criatura horripilante o simplemente extraña: la existencia de «fósiles vivientes» no es sólo probable, sino también cierta en muchísimos casos. Nos remitimos a la hermosa obra de Bernard Heuvelmans: *Sur la piste des Bêtes ignorées*,[1] repleta de hechos extraordinarios y, no obstante, siempre apoyados en unos documentos imposibles de poner en duda.

1. Plon, 2 volúmenes.

La supervivencia secreta de las civilizaciones

Dejaremos la palabra al barón D'Espiard de Colonge, que ya hemos tenido ocasión de mencionar:

«Las más antiguas tradiciones cosmogónicas afirman que en períodos de cuatro a cinco mil años, sobrepasados ya en mucho, estallan en el Universo unas conflagraciones de naturaleza diferente y hacen nacer tiempos difíciles a las existencias o las destruyen en su mayor parte. No podemos poner muy en duda el hecho de que a veces los conjuntos de la materia se comportan así en el espacio de los cielos, ahora que conocemos el desorden y desconcierto que los planetas se causan recíprocamente por su atracción en todos sentidos y los mil efectos posibles de convulsiones y colisiones desordenadas de los elementos.»[2]

Nuestro autor deduce una teoría muy coherente, sobre la construcción de las famosas pirámides de Egipto:

«Todo nos lleva a creer y, en mi opinión todo lo indica —nos dice—, que las grandes pirámides, las que hay a poca distancia de Gizeh, fueron construidas (...) en previsión de un importuno accidente planetario, con la finalidad de una salvación humana, de seres y cosas; en una palabra, fueron unos excelentes trabajos de conservación (...). Resulta sumamente evidente que un montón de materiales caídos llenó el suelo de las pirámides de escombros, de piedras y de arenas y con-

2. *L'Egypte et l'Océanie,* pág. 4.

virtió asimismo a Egipto en lo que es actualmente, una estrecha región aislada entre dos desiertos.

»En apoyo de esto, se dijo en tiempos muy antiguos, que en el centro de esas grandes pirámides y al oeste de las profundas ruinas de Menfis existe un *serapeum*, los vestigios de un viejo pórtico más o menos escondido bajo tierra y difícil de encontrar en la confusión del desierto; nadie se ha atrevido a hacerlo. Añade la leyenda que ese lugar contiene la entrada de largas galerías por las cuales se puede entrar a laberintos y antiguas habitaciones fantásticas, que sirven de base a las pirámides o de las que éstas no son más que las espesas, macizas y pesadas flechas estudiadas. Unos vastos canales o galerías que se comunican unos con otros daban a esas construcciones la apariencia de una ciudad subterránea desarrollada en un abismo de sustancias secas en lugar de haber sido sumergidas por las aguas.»[3]

El barón desarrolla entonces la idea que está en la base de toda especulación de tipo ocultista:

«Los autores que, en la Antigüedad, después de una incierta época lejana, revelaron todas esas cosas secretas, que primero se tenían en el misterio, también hicieron saber que unos colegas iniciados continuaron mucho tiempo retirados, pasando casi toda su vida en esas sombrías moradas que, en una época ya entonces lejana, habían dado cobijo anteriormente a elevados personajes de Occidente —los cuales (...) se habían refugiado en Egipto— durante la borrasca anunciada con antelación por los cálculos de grandes y sabias observaciones. Allí es donde, aun antes de la catástrofe, habían sido depositados objetos preciosos de todos los valores y donde eran conservados los archivos del mundo primitido destruido, en parte, por los distintos efectos de la conflagración terrestre que se decía habría producido un gran cambio planetario.»[4]

Muchos sabios se encogen de hombros cuando se encuen-

3. *Ibid*, pág. 5.
4. *Ibid*, pág. 5-6.

tran ante esas historias de civilizaciones desaparecidas, totalmente destruidas, de las cuales no queda nada y, sin embargo, unos «iniciados» han guardado de ellas el recuerdo exacto gracias a documentos («secretos» evidentemente) que no nos son revelados y cuyo sentido se ha conservado gracias a una cadena de tradición oral que atraviesa siglos y siglos.

No obstante, la idea según la cual han existido en otro tiempo continentes absorbidos por las aguas no tiene nada de absurdo, además del hecho de que es una idea muy antigua y es expresada de tan distintas maneras en las más antiguas leyendas de pueblos muy diversos.

Es más, al estudiar de cerca estas leyendas, lejos de constituir un caos inconsistente, se ordenan en un todo cronológicamente ordenado; las grandes civilizaciones desaparecidas (Hiperbórea, Lemuria, Atlántida) pueden compararse, en cierto sentido, con los grandes períodos geológicos, separados los unos de los otros por una especie de transiciones. Y en último extremo, todos esos cambios periódicos en la superficie de la Tierra podrán ser explicados por la teoría tradicional de los ciclos de manifestación.

Aquí surge un problema: ¿se puede pensar en el descubrimiento de pruebas científicas de la manifestación de leyes cósmicas, generalmente poco conocidas, y que permitan considerar la destrucción de antiguas civilizaciones como un cataclismo que no tiene nada de fortuito? Esto es lo que uno debe preguntarse ante la existencia de los grandes diluvios periódicos a los que debe atribuirse la sumersión de los diversos continentes «fabulosos». Y, tal como ya hemos dicho a propósito de las sumersiones europeas de la Edad de Bronce, no es absurdo pensar en la posibilidad de una confirmación de tipo histórico: el estudio de las grandes migraciones causadas por los cataclismos a los cuales se debe la desaparición —gradual o brusca— de un continente o de una provincia.

Nosotros creemos que el sabio preocupado por la objetividad no puede —aunque así dé la razón a los «ocultistas»— pasar por alto la casi certeza de las grandes convulsiones te-

lúricas que hayan destruido, en diversas ocasiones, una prestigiosa civilización.

Contrariamente a la opinión general, la era de las convulsiones telúricas no ha terminado. He aquí un indicio muy claro, entre otros: «Desde hace varios años, los Servicios de Exploraciones indican la elevación de los fondos submarinos. Se descubren picos a apenas 50 m de profundidad y valles allí donde no existían hace cincuenta años, por medio de los Servicios de Señalización Hidrográfica.»[5]

Es cierto que algunos geólogos todavía suelen tender a responder negativamente a la pregunta siguiente: ¿ha podido el hombre ser testigo de las grandes convulsiones que hubieran sumergido el antiguo continente atlántico y las otras tierras desaparecidas? Pero ya hemos visto que la respuesta afirmativa es la que parece más admisible, lo que —por otra parte— confirma el estudio de determinados mitos reveladores.

La caída del cielo

Escuchemos otra vez al barón: «Todos (los indígenas de Nueva Zelanda) (...) contaban —escribe— que sabían desde tiempos lejanos que el Sol se convirtió en lo que es ahora, resplandeciente, desde que pasaron unos cuerpos celestes muy cerca de la Tierra y de Oeste a Este, por encima de sus co-

5. Angelo L'HERMITE, *L'ère atomique et les prophéties*, París (Gérard Nizet), 1958, pág. 31.

marcas que tenían una gran extensión. Durante la época periódica de la disminución de su marcha, esos cuerpos habían producido primero unas lapidaciones universales; ellos y algunos más se habían salvado. También aseguraban que mucho tiempo después, cuando ya no se pensaba en ello, se separaron o se desunieron porciones muy voluminosas, islas enteras abandonadas en medio de las olas y que, naturalmente, al desplazar y empujar a las aguas, hicieron que se hundiera la mayor parte del país, todo un continente poblado de la poderosa raza de los maoríes...»[6]

A este apocalíptico cataclismo se debe el estancamiento que sufrió la prodigiosa civilización pacífica, cuyos vestigios se encuentran en unas islas pobladas por los descendientes de ese pueblo tan civilizado, que quedó irremediablemente incapacitado, por el cataclismo en cuestión, para perpetuar su civilización.

A propósito de las estatuas gigantescas que se hallan en las pequeñas islas del Pacífico (Pascua, etc.) el barón D'Espiard de Colonge escribe (no será el último): «Está claro que los habitantes de esos territorios exiguos, perdidos en medio de los mares, no pudieron —sin modelo de trabajo—, reducidos a una nulidad absoluta de medios de acción, ejecutar semejantes obras: éstas sobrepasan totalmente las fuerzas, ideas, e incluso la voluntad de esos insulares.»[7]

El mismo autor observa que la isla, mucho menos conocida, de Tinián, «está literalmente sembrada de pilares, todos o la mayor parte figuras piramidales, que tienen por base un cuadrado y que nunca han podido servir para edificar nada. Esos pilares están hechos de arena, de materiales diversos, amontonados, aglomerados y coronados de un semiglobo, de superficie plana en la parte de arriba.»[8] «... en la isla *Rimetara* (...), se han reconocido unos restos de columnas muy grandes: una mide 20 m de altura por encima de un antiguo edificio

6. Barón d'Espiard de Colonge, *L'Egipte et l'Océanie*, pág. 15.
7. *Ibíd*, pág. 10.
8. *Ibíd*, pág. 10.

del que no existen más que los vestigios. En todas las cimas de la isla de Rapa, un poco más al Sur, que no tiene más que seis o siete leguas de circunferencia, se ven unos castillos bastante ciclópeos.»[9]

Así, pues, todo induce a considerar que todas estas islas del Pacífico son vestigios de un gran continente desaparecido. Pero, ¿cómo se ha producido esto? El barón nos lo dice: «Grandes caídas celestes, diseminadas, dispersas; y más tarde, en una época indeterminada que debió de ser bastante prolongada, o cuando este violento esfuerzo de la Naturaleza pareció haber concluido y calmarse, llegó una invasión del océano más desastrosa, absoluta, inesperada. Todo quedó sumergido, menos esta isla (Pascua) y algunas otras diseminadas y alejadas entre sí.» [10]

Pero existe una teoría más extraordinaria aún: la que hace intervenir a la *Luna* para explicar la configuración especial del Pacífico. La Luna será considerada como formada por materiales arrancados de nuestra Tierra, y entonces el océano Pacífico sería el gigantesco hueco formado por el titánico arrancamiento. O bien se supondrá la existencia de un antiguo satélite que, al hundirse en el planeta madre, excavó el mencionado gigantesco agujero donde se aloja el Gran Océano.

Hörbiger y sus discípulos han de ser mencionados aquí: según ellos, habrían existido varias lunas antes que la nuestra, y las cuales se estrellaron sobre la Tierra; la nuestra está destinada a hacer lo mismo. El progresivo acercamiento de cada una de estas lunas da cuenta de los períodos de gigantismo vegetal, animal y también humano.

Hay una teoría análoga, la del geofísico Raymond Bachelard, quien desarrolla la hipótesis de una colisión entre la Tierra y lo que llama un «Objeto», hacia el final de la Era terciaria. El «Objeto» chocó con la Tierra en el punto donde se encuentra actualmente el océano Pacífico. Escuchemos, pues, a R. Bachelard:

9. *Ibíd*, pág. 13-14.
10. *Ibíd*, págs. 15-16.

«La Tierra, a finales de la Era terciaria, es de dimensiones mucho más reducidas que las que le conocemos actualmente (...) (aproximadamente 10.000 km de diámetro). Es una esfera de masa con una temperatura bastante elevada y cuya consistencia interior es más bien viscosa como de vidrio fundido, que como de fundición de hierro.

»Los diversos elementos están repartidos según la densidad. Y la capa exterior, de un espesor de aproximadamente 70 km se halla en estado sólido y descansa sobre el basalto fundido. Presentada así, la Tierra tiene todas las ventajas y los inconvenientes de un objeto elástico. Si, por alguna razón, sufriera una deformación, tomaría en seguida otra vez su forma esférica.»[11]

La Tierra chocó con un gigantesco cuerpo metálico, errante, masa colosal de níquel y hierro de 2.000-3.000 km de diámetro y cuya temperatura estaba cerca del cero absoluto.

La velocidad del choque habría sido del orden de unos 20 Km por segundo. R. Bachelard nos explica lo que pasó:

«El Objeto creó su alojamiento comprimiendo hacia el interior de la Tierra primero las tierras en contacto con él, y luego las tierras separadas de la corteza terrestre y arrastradas por el sustrato, basalto fundido en estado viscoso.»[12] Prosigue: «Del choque, resulta un aplanamiento de la Tierra siguiendo un gran círculo que se encuentra en el plano del océano Atlántico actual y, al mismo tiempo que existe penetración en la Tierra, se produce un aumento de volumen y, por consiguiente, de la superficie, cuyos elementos son fragmentados por el choque y se separan más o menos unos de otros...»

Los mares y los océanos, salvo algunas excepciones, nacieron de este cataclismo, y el Pacífico principalmente.

Las teorías lunares de Han Hörbiger forman un conjunto muy completo, de fantásticas consecuencias.[13] ¿Se trata de me-

11. *Le vrai visage de la Terre*, págs. 14-15.
12. *Ibíd*, págs. 15 16.
13. Véase PAUWELS y BERGIER, *El retorno de los brujos*, págs. 271 y siguientes. Denis SAURAT, *L'Atlantide et le règne des géants* (Denoël éditeur).

ras ensoñaciones? Tales sistemas escapan a toda posibilidad de verificación realmente científica; sin embargo, es posible invocar determinados hechos inquietantes.

Papel cósmico de la Luna... ¿o de las lunas?

El barón D'Espiard de Colonge hacía la observación siguiente: «... en *Tonga* (...), en armas y utensilios diversos, *tabúes* o sagrados, aparece la representación constantemente reproducida de una estrella acompañada de *dos medias lunas* (...); la más pequeña de ellas se unió simplemente a la Tierra para llenar uno de sus abismos. Entonces, antes o después, el otro se habría convertido en la Luna del astro terrestre, su satélite, dominado por una atracción, de la cual pudo sustraerse en parte, pero no pudo escapar totalmente...»[14] Luego nos hace observar que, en la Grecia antigua, los arcadios se creían de una Humanidad *anterior a la Luna.*

Mucho antes que Hörbiger, el barón no teme a las más fantásticas hipótesis de la cosmología lunar: «Así pues —nos dice—, la Luna, quizás un cuerpo errante en el espacio y un resto de una mayor aglomeración de materia (...), al entrar en el sistema terrestre o al verse arrastrada hacia él, al principio a una gran proximidad, luego, como satélite de la Tierra, tuvo que experimentar y causar a ésta en los primeros momentos una espantosa convulsión.»[15]

Esto es lo que hay que entender por *caída del cielo.* ¿En qué se han convertido —se pregunta el barón— esos mares (de la Luna)? Evidentemente, en la Tierra, crecimientos de océano, bloques erráticos, y montes o llanuras de cantos roda-

14. ESPIARD DE COLONGE, *L'Egypte et l'Océanie,* pág. 16.
15. ESPIARD DE COLONGE, *La Chute du Ciel,* pág. 38.

dos como puede verse en el Mediodía de Francia (...). Este astro (...), en sus 58 centésimas que se nos ofrecen a la mirada, no es ya más que una inmensa piedra agujereada por al menos 50.000 pozos rebordeados, con orificios levantados, y todas las montañas lunares, de cimas romas, están vaciadas y huecas.»[16]

De ahí el hecho, aparentemente fantástico, de que debe ser perfectamente posible descubrir en nuestro Globo incluso vestigios de origen extraterrestre. Esto es lo que establece el barón D'Espiard de Colonge:

«... si excaváramos más profundamente de lo que se ha hecho, debajo de algunos o en las proximidades de nuestros más viejos edificios y en algunos otros lugares de nuestro territorio (Francia), encontraríamos, no menos que en Oriente, los vestigios gigantescos de un mundo anterior a todo lo que conocemos.»[17] La *Cosmología glacial* de Han Hörbiger y de sus discípulos (Fauth, E. Georg, Hans Fisher, Georg Hanspeter, Denis Saurat, etc.) descansa sobre un doble punto de partida: en la mayor parte de los astros existen inmensas cantidades de agua solidificada; periódicamente, el Globo terrestre ingiere y asimila nuevos satélites en lunas... Cada una de estas incorporaciones de lunas por la Tierra habría puesto fin, a causa de un formidable cataclismo, a una de las grandes eras geológicas sucesivas.

La cosmología horbigeriana recupera una concepción general sumamente antigua, y propia de todo sistema esotérico: la de los *ciclos* cósmicos.

16. Espiard de Colonge, *L'Egypte et l'Océanie*, pág. 19.
17. *La Chute du Ciel*, pág. 519.

Los ciclos

La fijación progresiva de determinadas razas (gitanos) correspondería a la progresiva reducción del movimiento de nuestra Tierra: ésta es, entre otras, una de las innumerables aplicaciones efectuadas por los esoteristas contemporáneos de la idea general de ciclos. Este terreno es inagotable.

No obstante, sería un error pensar que la idea de una evolución *cíclica* es de orden puramente «oculto» o teosófico. La encontramos entre los más grandes sabios. Escuchemos, por ejemplo, las palabras del geólogo Wegener: «El Spitzberg está actualmente cubierto de hielo y sometido a los rigores del clima polar, mientras que en el Terciario inferior... tenía bosques más ricos en especies que las de Europa Central en la actualidad (...). Tuvo que reinar allí un clima análogo al actual de Francia, es decir que la media de la temperatura debía de ser, aproximadamente, 20° superior a la temperatura actual. Si nos remontamos a épocas más lejanas, vemos las señales de una temperatura aún más elevada. En el Jurásico y en el Cretácico inferior, crecía el burí, que hoy día no se encuentra más que en los trópicos, el *gingko**, el helecho arborescente, etc.»

Hasta el mismo gran sabio no temía a las más grandiosas generalizaciones:

«Las traslacciones continentales, la disyunción y la presión en masa, los temblores de tierra, el vulcanismo, las alter-

* Género de coníferas de la China.

nativas de transgresiones y las migraciones polares forman, sin duda, un único complejo grandioso, como ya lo vemos en el hecho de que tengan las mismas épocas de exaltación en la historia del Globo. Pero en lo que concierne a la discriminación entre causas y efectos, uno no puede pronunciarse todavía.»

Las observaciones científicas más rigurosas nos obligan sin cesar no solamente a darnos cuenta de los grandes cambios geológicos, climáticos, etc., que se han producido en el curso de los tiempos en una región determinada, sino del carácter *cíclico* de todos los fenómenos significativos.

Hay que atribuir a la fundición de la enorme bóveda glacial europea uno de los grandes diluvios científicamente reconocidos por los geólogos: su oleada principal habría partido el istmo de Gibraltar, roto el puente Sicilia-África y, quizá, sumergido el continente atlántico (aunque este último parece más bien haber sido destruido por un maremoto de origen plutónico).

Pero, ¿cómo explicarse esta alternativa en Europa observada tanto por los geólogos como por los prehistoriadores, de períodos tropicales, templados y glaciales?

Una de las hipótesis más favorables hace intervenir la más o menos brusca modificación de la inclinación del eje terrestre en el plano de la eclíptica.

La geología logró remontarse hasta un período original, «paradisíaco» en la historia del Globo: antes del primer cambio de eje, la órbita terrestre era —en efecto— circular; entonces no existían estaciones sobre la Tierra (era el verano perpetuo), y la duración del año sólo era de trescientos cincuenta días. He aquí la teoría mantenida al respecto por Frédéric Klee, en su obra *El Diluvio* (Copenhague, 1842): en otras épocas, el eje de la Tierra estaba recto con relación al plano de su revolución. Reinaba una estación siempre inmutable y únicamente existía un solo continente formado por la reunión alrededor del Polo Norte actual de Europa, Asia y América del Norte, y esta masa compacta se prolongaba en tres penínsu-

las (orígenes lejanos de América del Sur, África y Oceanía) hacia el Polo Sur.

Pero el eje terrestre se inclinó 235° sobre la órbita, lo cual determinó un tipo de movimiento bascular en la repartición de las tierras continentales, acompañado de un diluvio.

Antes de ese cambio del eje terrestre, el Sol —indica Klee— *debía* alcanzar con sus rayos absolutamente a todas las partes del Globo terrestre y el ecuador atravesaba los polos: en ese mundo antiguo, las bestias y los hombres habían podido conseguir así un notable desarrollo físico, pero que había dado por resultado detener la evolución espiritual: de ahí la necesidad —nos precisa el cosmólogo— de una intervención divina destinada a hacer posibles los progresos de la especie humana.

Observando que en muchos lugares (como Escocia o el Jura) las capas geológicas han sido «encorvadas y contorneadas», Klee llegó a generalizar su teoría: según él, parece innegable que el eje de la Tierra fue desplazado en *varias ocasiones.*

Los prehistoriadores han podido demostrar cuatro ofensivas glaciales: la primera que afectó a la América Septentrional, Escandinavia, Alemania, Inglaterra, Norte de Francia; la segunda, la más rigurosa, que alcanzó toda Europa Septentrional y Central; la tercera y cuarta, que fueron bastante menos importantes.

Francia tuvo en otras épocas el clima de la Laponia actual: hecho que nos parece fantástico, pero que —sin embargo— está confirmado por las observaciones científicas más rigurosas.

Todo coincide en obligarnos a reconocer, en un plano totalmente científico, unos fenómenos cataclísmicos que producen periódicamente una gran *redistribución de las tierras emergidas* y *sumergidas*: esta «redisposición» va siempre acompañada de una gigantesca sumersión acuática: la geología más racionalista reúne aquí la universalidad de las más viejas tradiciones que, en todos los pueblos, nos hablan de un gran diluvio.

El esoterismo tradicional nos recuerda corrientemente que

las grandes civilizaciones son mortales, que tienen que contar siempre con cataclismos periódicos.

La idea está expuesta, por otra parte, en Platón en *Critias*,[18] en las *Leyes* y, muy especialmente, en *Timeo* (el pasaje, que citamos se encuentra en el famoso relato hecho a Solón por un sacerdote egipcio de Sais): [19]

«Entonces uno de los sacerdotes, de hecho un anciano, se puso a gritar: *¡Solón, Solón, vosotros griegos, sois niños perpetuamente! Viejo, no lo es nunca un griego.* A esas palabras, preguntó Solón: *¿Qué quieres decir? Jóvenes* —respondió él— *lo sois todos de alma; pues vuestra alma no encierra ninguna opinión antigua, de tradición lejana, ni ningún saber emblanquecido por el tiempo.* He aquí la causa de esta situación. Muchas veces, de muchas maneras, se han producido ruinas humanas, y se producirán más; el fuego y el agua han provocado las más grandes, y miles de otras plagas han causado otras menores. Así, lo que se cuenta en vuestra casa, que un día Faetón, hijo del Sol, enganchó el carro de su padre, pero que, incapaz de conducir siguiendo la ruta de su padre, quemó todas las cosas sobre la tierra y murió él mismo fulminado, esto se cuenta en forma de mito; pero la verdad está en las revoluciones de los cuerpos celestes alrededor de la Tierra en una desviación que, a largos intervalos, produce para los que pueblan la Tierra una ruina por el exceso de fuego. Entonces, todos los que viven en los montes, o en lugares elevados y áridos, son más afectados que aquellos que habitan a la orilla de los ríos y del mar; para nosotros, es el Nilo nuestro salvador, que todavía en esta necesidad nos salva con su crecida. Cuando, por el contrario, los dioses, para limpiar la Tierra, la sumergen bajo las aguas, son los habitantes de las montañas los que están a salvo, boyeros y pastores, pero los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos; mientras que en este país, no más que en ningún otro tiempo, el

18. 109*d*-110*b*. III, 677*a* y siguientes.
19. Tomo II Biblioteca de la Pléiade.

agua no cae del cielo sobre los barbechos, sino al revés, sube siempre desde abajo de una forma natural.»

El hecho esencial, se recuerda bien en *Timeo*, 22 *b*: «los hombres han sido destruidos en el pasado y lo serán en el futuro muchas veces más y por medios de exterminio distintos».

Todas las grandes tradiciones religiosas mencionan esas destrucciones periódicas, que se hacen necesarias a cada final de ciclo. ¡Nuestro siglo XX no parece tener el mejor papel a este respecto! Los jainos de la India, por ejemplo, sitúan el período actual en la última fase del ciclo, la era *dushshama-duhshamâ* (malo-malo) de una duración total de veintiún mil años y que terminará con el naufragio total de toda la civilización humana: los hombres no vivirán más que veinte años, serán unos pobres seres miedosos que no se atreverán a salir de sus cavernas más que al alba y al atardecer, llevando una vida de miseria total, pues habrán perdido entonces hasta el conocimiento del fuego... Afortunadamente, empezará entonces un nuevo ciclo cósmico.

En Occidente también, el esoterismo se complace en la evocación de los terribles cataclismos que en otro tiempo afectaron a los hombres. Escuchemos a Gérard de Nerval: «La constelación de Orión abrió al cielo las cataratas de las aguas; la Tierra, demasiado cargada por los hielos del polo opuesto, hizo una media vuelta sobre sí misma, y los mares, remontando sus orillas, volvieron a afluir sobre las mesetas de África y Asia; la inundación penetró en las arenas, llenó las tumbas y las pirámides y, durante cuarenta días, un arco misterioso se paseó por los mares llevando la esperanza de una nueva creación.»[20]

Normalmente, esas catástrofes periódicas deberían servir de útiles lecciones a los hombres, pero como se dice en el *Eclesiástico* (I, II): «Uno no se acuerda de lo que es antiguo; y lo que llegará posteriormente no dejará ningún recuerdo entre los que vivan más tarde...»

20. *Aurélia*, 1.ª parte, VIII.

Pero volvamos al gran Diluvio del que la Biblia se hace eco. Esta tradición es universal; encontramos su confirmación un poco en todas partes. Y ciertos hechos se explican de una manera muy significativa. He aquí una interesante observación de Nicolas Perron, un autor del siglo pasado, en el primer capítulo de su libro *De L'Egypte* (1832):

«Las tierras más altas, con relación al mar, las primeras abandonadas por las aguas, fueron las primeras en recibir los animales aëreos de los que el hombre forma parte.

»A consecuencia de esto, y como recuerdo de tradición, los hombres veneraron durante mucho tiempo los lugares elevados; añadamos que ese respeto viene también de que esas alturas les servían de protección y de refugio en las grandes inundaciones. Más tarde, cuando hubieron olvidado esos primeros recuerdos... se creyó que esta veneración de los lugares altos era inspirada por la idea de que sus cimas estaban más cerca del cielo, más cerca de Dios.»

Ocultistas y teósofos han acumulado una inmensa literatura sobre esas apocalipsis repetidas; a cuál mejor, se han preguntado por qué y cómo los poderes superiores desencadenan esas prodigiosas convulsiones cíclicas, sirviéndose de las leyes secretas que erigen los fenómenos terrestres, plutonianos y marítimos.

Esas revoluciones cíclicas son inexorables, como nos advierte André Lefèvre:

«Nada puede conservar las razas que han cumplido su ciclo. Tienen que desaparecer.»

Y los cataclismos son tan profundos entre dos grandes civilizaciones humanas que casi no subsiste ninguna huella de las humanidades tan poderosas que han cumplido su destino:

«Los valles se han convertido en montañas y las montañas se han desplomado al fondo de los mares.»

Éste es la regla: en cada cataclismo, se hunde un tipo completo de civilización, no dejando más que un puñado de supervivientes, que cuando menos permitirán la transmisión ulterior de una parte como mínimo de las tradiciones y secretos...

De todas maneras, en las obras ocultistas sobre las civilizaciones desaparecidas, encontramos siempre la misma ley cíclica que nos recuerda Georges Barbarin:

«Los hombres, preocupados únicamente por sus intereses materiales, han organizado leyes ficticias sobre la superficie de la Tierra. Y, porque ocupan una parte de la película de ese Globo, se creen los dueños de su hábitat. La aniquilación, en el transcurso de las épocas, de civilizaciones numerosas y avanzadas, demuestra, sin embargo, que una fuerza todopoderosa maneja a su antojo nuestro planeta y le asigna su destino. La Humanidad no actúa en absoluto como si estuviera sola en el Universo. Surge un Dios de vez en cuando que da seguridad al hormiguero.»[21]

En cada cataclismo, ¿perece todo verdaderamente? Esto sería realmente contrario a todas las esperanzas humanas. Y Gérard de Nerval, en el prólogo de la tercera edición de su traducción del *Fausto* de Goethe, se hace eco de esas grandes esperanzas cuando nos dice: «... Sería consolador pensar que, en efecto, nada que haya tenido inteligencia muere, y que la eternidad conserva en su seno una especie de Historia Universal, visible por los ojos del alma, sincronismo divino, que un día nos hará partícipe de la Ciencia de aquel que ve de una sola vez todo el futuro y todo el pasado.»

Pero, incluso en el plano de los hechos materiales, existe la supervivencia, la transmisión, la perpetuación; de lo contrario, no tendríamos ningún recuerdo, ni ninguna idea de la Atlántida, de Lemuria y de los restantes continentes desaparecidos.

Evitaremos pronunciarnos sobre la comparación efectuada por numerosos esoteristas contemporáneos entre el final de la civilización atlantidiana y la época actual, que estaría asimismo destinada a la aniquilación total. La Tierra, ¿bascularía sobre su eje en un futuro próximo o lejano? Esta extraña pro-

21. *La danse sur le volcan; Atlantide, Lémurie, continents futurs*, París (Adyar), 1938.

fecía revelada por Séneca a partir del siglo I de nuestra era, quizá debería ser interpretada así:

«El Polo Sur aplastará en su caída todas las regiones de África y el Polo Norte cubrirá todas las comarcas situadas por encima de su eje.» Evidentemente, no nos aventuraremos en ese terreno tan peligroso para el investigador que se niega a salir del terreno accesible a las investigaciones científicas o históricas.

VI. LOS MUNDOS SUBTERRÁNEOS

¿Antiguas civilizaciones encontraron refugio en los abismos de la Tierra? La idea es fascinante al máximo, y no corresponde solamente a la literatura fantástica o de ciencia-ficción; hemos visto, por ejemplo, las tradiciones islandesas, recuperadas por el novelista inglés Bulwer Lytton, según las cuales la antigua Thule poseería una vía de acceso hacia el fabuloso reino subterráneo, habitado por una raza misteriosa que quizá no sea otra que la antigua población *hiperboreal* de la gran isla.

El hecho de poblar el interior del Globo con toda suerte de prodigios no tiene nada de extraño: a pocos kilómetros apenas debajo de sus pies, el hombre chocó con lo totalmente desconocido.

Mientras que la Ciencia comienza a presentir lo que puede ser la verdadera constitución física de nuestro Globo, la imaginación humana no ha dejado de preguntarse desde hace siglos qué es lo que puede haber en el centro de la Tierra. Se llegó hasta a imaginar nuestro Globo —y el tema se ha convertido en clásico en ciencia-ficción»[1]— como una esfera hueca

1. Véase *Fellucidar* de Edgar Rice BURROUGHS, *La Cité des Premiers Hommes* de Maurice CHAMPAGNE, etc.

cubierta de una corteza muy delgada en comparación con el radio: en el centro de ese espacio vacío se halla un pequeño sol rodeado de planetas; a lo largo del contorno de la corteza, pero «al revés», con relación a nosotros, viven otros hombres. Los americanos, y luego los alemanes habían de llevar esta idea hasta sus más increíbles extremos: somos nosotros los que vivimos en el interior de la corteza; el Sol, la Luna, etc., están en realidad en el centro de nuestro espacio. Hitler daría la orden, en plena guerra, de intentar una verificación experimental de esta fantástica concepción.[2]

Se puede leer lo siguiente en uno de los libros sagrados de la mitología escandinava, el *Edda de Snorri*: «Hacia abajo y hacia el Norte está la ruta de los infiernos.»

Si se trata de un «infierno» en el sentido religioso corriente, semejante idea no tiene ningún sentido científico. No ocurre lo mismo si esos infiernos no se sitúan en el más allá, sino en este mundo: entonces la expresión designa, si no el centro de la Tierra, al menos unas cavernas muy profundas utilizadas como templo subterráneo, para los servicios de una antigua iniciación de misterios. Citaremos un pasaje de Pierre Gordon, el eminente mitólogo: «Aquello era el mundo subterráneo o los "infiernos" (*inferi* = el mundo situado *debajo nuestro*); en la cima, estaba el *cielo*, es decir un conjunto ritual compuesto de *piedras* santas, *vegetales* sagrados, *agua* trascendente, y, en medio, el *fuego* sacrosanto, alumbrado por unos procedimientos sobrenaturales. Los neófitos, una vez transformados en iniciados por su retiro en la caverna, conseguían llegar a la cumbre de la colina, donde eran acogidos por unos personajes sagrados, que representaban los dioses de la Gran Montaña».[3]

Esto quizás explicaría el extraño nombre de la isla de los Cuatro Maestros, dado a la isla de Thule; en efecto, he aquí otra observación hecha por Gordon:

«En relación con el símbolo de la cruz, la cifra 4 y la divi-

2. PAUWELS y BERGIER, *El retorno de los brujos.*
3. P. GORDON, *L'image du monde dans l'Antiquité*, París (Presses Universitaries de France), 1950, pág. 16.

sión cuatripartita tanto de los seres como de los objetos espaciales que tuvieron un puesto importante en el desarrollo temporal en la Antigüedad; dejando aparte el foco central de irradiación se llegaba al número 5 y a una quintipartición. En diferentes casos se añadía además el *cenit* que coronaba la Gran Montaña (de ahí la cifra 6), e igualmente el *nadir*, en el fondo del mundo subterráneo (de ahí el número 7, que otras razones contribuyeron a hacer que se le considerase sagrado)».[4]

Numerosas excavaciones arqueológicas permitirían, sin duda, descubrir un poco por todo el mundo esas grandes cavernas-santuarios, laberintos subterráneos donde se celebraban los antiguos misterios chtonianos (*), generalmente asociados con el culto de la serpiente. El mismo intérprete, tan pertinente, nos hace observar a este respecto: «...el hombre-serpiente, o dragón, fue, en consecuencia, el personaje trascendental por excelencia, *el que transformaba en iniciados a los neófitos.* Posteriormente, se identificó con él a esas construcciones sinuosas, llamadas *laberintos*, que se edificaron en las grutas y bajo tierra, y que ulteriormente fueron dispuestas sobre el terreno; al penetrar en esas estructuras de piedra, los novicios se introducían en los pliegues del reptil sobrenatural; la serpiente se los tragaba, les hacía morir y los devoraba a fin de metamorfosearlos en su esencia inmortal; la estancia en el mundo subterráneo equivalía, pues, a una digestión del hombre por el superhombre y daba lugar a una transustanciación».[5]

Reconozcamos que es una grave laguna de la historia comparada de las religiones primitivas el no haber realizado excavaciones metódicas en todos los lugares —tanto en Asia Central como en América, en Islandia, Grecia, en las islas oceánicas, donde las tradiciones describen montañas sagradas e iniciaciones subterráneas (generalmente descritas al amparo de los relatos de viajes al más allá). ¿Qué hay más adecuado que el «mundo subterráneo» para realizar pruebas, ritos y toda una

4. *L'image du monde dans l'Antiquité*, pág. 18.
5. *L'image du monde dans l'Antiquité*, pág. 20-21.
* Apodo de varias divinidades infernales. *(N. del T.)*

ascesis capaz de llegar irremediablemente a todo el psiquismo de los venerados? Volvamos a escuchar a Pierre Gordon:

«En efecto —nos dice—, durante milenios los hombres se retiraron a las *cavernas* para entregarse a las mortificaciones y meditaciones transformadoras: en el seno de las tinieblas, *a veces a 800 o 900 m de la entrada de las grutas*, buscaban la luz del mundo dinámico y el poder que ella confiere, desde las profundidades de esta oscuridad; mediante la plegaria y la unión íntima de su pensamiento con el Ser, gobernaban la Naturaleza; la caverna era un microcosmos, donde para ellos se concentraba la energía que mueve toda la Creación; en otras palabras, allí iban a buscar la materia energética, sustancia inmortal del cosmos, y con ella dominaban el universo psíquico o fenoménico. Así pues, su mentalidad era *ontológica*, es decir, que buscaba la *unión directa e inmediata* con la esencia interna de los seres de las cosas, mientras que la nuestra es profundamente *empírica*, es decir, que renuncia a llegar a los objetos por otra vía que no sea la de los contactos exteriores y sensibles, establecidos en el terreno del tiempo y el espacio».[6]

El mismo autor lleva su interpretación hasta sus prolongaciones más extraordinarias, confrontándonos con iniciados que han adquirido un prodigioso secreto de longevidad, hombres que viven sin envejecer durante casi un milenio, puesto que «...pasaban la mayor parte de su carrera terrestre en estado de éxtasis cataléptico, después de haber suspendido totalmente su respiración gracias a métodos que se han conservado en el yoga del Tibet y de la India. El recuerdo de esas prácticas aparece en el embalsamiento egipcio, que intentaba dar a los cuerpos de los muertos el aspecto de los poderosos ascetas en posición de muerte *aparente* y de vida trascendente.»[7]

¡Evidentemente, es imposible verificar esos prototipos! Uno cae en un terreno aparentemente de fábula, cuando intenta estudiar las afirmaciones sobre la existencia, a unas profundida-

6. Pierre GORDON, *L'image du monde dans l'Antiquité*, pág. 12.
7. GORDON, *L'image du monde...*, pág. 13.

des increíbles, de civilizaciones refugiadas en las entrañas de la Tierra.

Mongolia y el Tibet poseen unas leyendas muy curiosas a este respecto, y esas tradiciones han alimentado las ensoñaciones de generaciones de ocultistas y teósofos occidentales: Louis Jacolliot, Saint-Yves d'Alveydre, Ferdinand Ossendowski, Madame Blavatsky y muchos otros han descrito el *Aggartha*, el más misterioso de los grandes centros de iniciación; se trata de un mundo subterráneo inmenso que tiene ramificaciones por debajo de todos los continentes y de todos los océanos... En el Aggartha se conserva toda la herencia técnica, mágica y espiritual de las grandes civilizaciones desaparecidas (Lemuria, Atlántida, etc.). Allí es donde residiría el famoso «Rey del Mundo», que algunos ocultistas, de tarde en tarde, afirman haber encontrado en las Indias y en otros lugares.

Se comprenden las ensoñaciones que sitúan en las entrañas del Globo cosas más bellas, más misteriosas que aquí abajo. Veamos un significativo texto que hemos extraído de Gérard de Nerval: «Entré en un taller (Nerval fue transportado por la imaginación a las entrañas de la Tierra) donde vi que unos obreros modelaban en arcilla un enorme animal en forma de una llama, pero que parecía estar provisto de grandes alas. Aquel monstruo estaba como atravesado por un chorro de fuego que le animaba poco a poco, de manera que se retorcía, penetrado por mil hilos de púrpura, que formaban las venas y las arterias y que fecundaban —por así decirlo— la materia inerte, que se revestía de una vegetación instantánea de apéndices fibrosos, de alerones y de mechones lanosos. Me detuve a contemplar aquella obra maestra, que parecía poseer los secretos de la creación divina. *Esto es lo que poseemos aquí* —me dijeron—, *el fuego primitivo que animaba los primeros seres... Antiguamente se elevaba hasta la superficie de la Tiera, pero las fuentes se secaron.* Vi también trabajos de orfebrería donde se empleaban unos metales desconocidos sobre la Tierra: uno era rojo, y parecía corresponder al cinabrio; el otro azul cobalto. Los adornos no eran batidos ni cincelados, sino que

se formaban, se coloreaban y se expandían como las plantas metálicas que han hecho nacer ciertas mixturas químicas.»[8]

Todas esas descripciones son generalmente ambiguas y se aplican a varios planos de existencias: así, Nerval describe el mundo en fusión situado en el interior de la Tierra y que, al mismo tiempo, es el reino de los muertos.

Cuando la ciencia-ficción deja de lado a nuestro Globo, describe generalmente (y con mucho detalle) las maravillas que se encuentran en las entrañas de otros planetas.[9]

Numerosas telas recientes de Leonor Fini nos muestran los ritos subterráneos celebrados en las temibles cavernas por las sacerdotisas-hechiceras de un antiguo matriarcado: siempre ese tema, tan vivo, de los enigmas y peligros del mundo subterráneo.

Se quiera o no, nos gusta imaginar lo que puede existir muy por debajo nuestro, en los fantásticos abismos chtonianos: en la película en colores realizada sobre el *Viaje al centro de la Tierra* (de Julio Verne), *vivimos* las increíbles aventuras de los héroes, que acaban descubriendo las ruinas de la fabulosa *Atlantis*, transportados al mismo centro del Globo por el desencadenamiento de unas fuerzas plutonianas.

8. Aurélia, 1.ª parte; X.
9. Véase *Los dioses de Marte*, de Edgar Rice Burroughs; la película *Planeta prohibido*, etc.

SEGUNDA PARTE

MISTERIOS ARQUEOLÓGICOS

I. LA ARQUEOLOGÍA A LA CONQUISTA DE LO DESCONOCIDO Y DE LO QUE SE CREÍA «MUY» CONOCIDO

Nuevas valoraciones

A partir del momento actual, los arqueólogos contemporáneos han renunciado a muchos de los «dogmas» de sus predecesores del pasado siglo; civilizaciones consideradas todavía hace poco como relativamente insignificantes con respecto a la civilización clásica (las de los sumerios, de los hititas, de los galos, de los escitas, de los pueblos nórdicos, etc.), han sido valoradas de nuevo en su extensión y su influencia reales.

Concretamente en nuestro país, ya no vemos a los galos como unos «salvajes» primitivos, sino como un pueblo muy civilizado,[1] y como los herederos de espléndidas tradiciones que son confirmadas, por ejemplo, por esta alegoría centrada en torno al bardo Sindorix:[2]

1. Véase el excelente librito de Régine PERNOUD: *Les Gaulois* (Édition du Seuil, París).
2. Relato explicado por CAMBRY en su *Voyage au Finistère.*

«El bardo Sindorix estaba tocando una lira de marfil con adornos de oro, regalo de los driadas de Sein... Alrededor de él había unos jóvenes sentados, con la cabeza descubierta; su vestimenta era una coraza de plata sobre un traje de oro y azul y unos zapatos pentagonales. Escuchaban las maravillas del cielo y seguían la marcha de los mundos.»

Los numerosos puntos de contacto entre celtas y griegos, atestiguados por numerosos testimonios, no se limitaban al terreno comercial.

Inexplicablemente, los franceses que se interesan por las excavaciones arqueológicas destinadas a revelar las culturas anteriores a la conquista romana son, en el fondo, bastante escasos, aparte de los especialistas de la Prehistoria y del celtismo.

Este estado de cosas es muy lamentable, tanto más cuanto que ciertas controversias entre los arqueólogos no han servido para atraer al público hacia el estudio serio de esas áreas... Pensemos, por ejemplo, en el famoso asunto de Glozel.

El misterio de Glozel

Descubrimientos tales como los de Glozel (cerca de Vichy) quizás obliguen a preguntarse acerca del problema de los orígenes del alfabeto.

He aquí los hechos: entre las dos guerras, Émile Fradin, un agricultor que vivía en la aldea de Glozel (cerca de Vichy), descubrió por casualidad, en uno de sus campos, algunos ob-

jetos; continuando las excavaciones, y ayudado por el doctor Morlet, consiguió exhumar numerosos restos arqueológicos (cerámicas, esculturas en hueso, etc.) y toda una serie de tablillas que mostraban extraños signos alfabetiformes.

¡Pero —alguien dirá—, esto era una mistificación!

De hecho, los descubrimientos arqueológicos de Glozel quizá sean auténticos: el examen imparcial de todo el «asunto» deja algunos puntos misteriosos.[3] Hay un hecho que parece inquietante: considerando que ningún miembro de la familia Fradin tenía conocimiento alguno —ni tan siquiera elemental— de arqueología prehistórica o protohistórica, la mistificación era difícil de montar con todas sus piezas. En efecto, ¿cómo creer que unos objetos fabricados al azar hayan podido confundir a sabios franceses y extranjeros, que habrían reconocido *al instante* cualquier objeto fabricado, cualquier cambio sospechoso de los estratos geológicos?

Así pues, a pesar de algunas dificultades, supongamos válidos los objetos descubiertos en Glozel. ¿De qué época podrían proceder?

Para algunos, se trataría de objetos que se remontan a la época galorromana. Para Camille Jullian, por ejemplo, los objetos de Glozel habrían pertenecido a una *officina feralis*, es decir, un antro de magia próximo a un santuario celta, de fuente o de bosque, ya que el conjunto de los objetos encontrados se remonta al siglo II antes de nuestra Era, todo lo más al III.

«Las figurillas, donde se ha creído ver a unos ídolos, son muñecas de encantamiento, que —como todo el mundo sabe— forman parte de los útiles de todo brujo. En cuanto a los ladrillos con inscripciones, hay que ver en ellos esos *laminae litteratae* de que habla Apuleyo, las tablillas en las que se inscribían las fórmulas mágicas de encantamiento, de hechizo y las recetas. En los ladrillos de Glozel, esas formas se refieren sobre todo a la caza, a la pesca, a la vida rural, al amor. Están grabadas en

3. Véase el precioso estudio del canónigo Léon CÔTE: *Glozel trente ans après*. Saint-Étienne (Imprimerie Dumas, 1959).

cursiva latina, o sea, mediante letras enlazadas. (...) De todas formas, hay que descartar completamente la época neolítica o prehistórica.»[4]

Pero la interpretación más probable es la que haría de los hallazgos de Glozel unos objetos que se remontan mucho más lejos, en plena época protohistórica o, incluso, al neolítico. En esta perspectiva, los objetos más interesantes son las tablillas grabadas con signos alfabéticos que todavía esperan su desciframiento metódico. Con esto se llegaría, quizás, a un descubrimiento revolucionario: mucho antes de Fenicia, el centro de Francia habría sido habitado por *un pueblo evolucionado que utilizaba una escritura alfabética.* Uno se extraña realmente de ver que un descubrimiento así, que no obstante podía halagar el chauvinismo francés, haya suscitado violentas polémicas que desembocaran en el «brazo secular» (policía, magistratura) que tenía que reconocer, por otro lado, muy justamente su incompetencia en materia arqueológica. No pedimos otra cosa más que se presenten unas objeciones válidas, fundadas en el examen de los objetos descubiertos en Glozel; pero contentarse con negar *a priori* el valor de esas excavaciones, antes de ningún estudio, es abandonar el terreno científico.

Antes de condenar o exaltar a Glozel, hay que intentar un nuevo examen científico de todos los objetos y del lugar, sin ninguna idea preconcebida.

Pero, ¿no existirían otros documentos portadores de inscripciones misteriosas (alfabéticas o no), y cuyo estudio abriría nuevas perspectivas a la arqueología? Sí, pero generalmente, por escrúpulo metodológico, los arqueólogos se niegan a tomarlos en consideración.

4. Comunicación a l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 3 de setiembre de 1926.

Otros misterios alfabéticos

A menudo se niega la antigüedad fabulosa reclamada para las *runas*, la antigua escritura alfabética de los pueblos germánicos y escandinavos; sin embargo, al parecer, todo no está definitivamente zanjado a este respecto.

Pero he aquí algo más significativo: las inscripciones en escritura desconocida descubiertas en numerosas regiones del Globo, y muy especialmente en América. Existen, por ejemplo, las inscripciones descubiertas en las cataratas de Klamath (Oregón), y que algunos arqueólogos no vacilan en considerar de origen lemuriano.[5]

Otro descubrimiento significativo: el doctor Ronald Strath, de Seatle, habría descubierto en Yucatán nueve inscripciones mayas, que logró traducir: contaban la historia de la Atlántida y de su destrucción, en el año 5000 a. de JC.

Unas inscripciones en lengua atlante habrían sido descubiertas en las murallas de una misteriosa ciudad en ruinas, enterrada bajo la selva virgen del centro del Brasil (Mato Grosso)...

Desgraciadamente, existen descubrimientos no autentificables mediante la arqueología científica: éste es el caso del misterioso disco de gres blanco hallado hace poco en el *mound* (túmulo gigantesco) de Grave Creek, a orillas del río Ohio. En ese disco podían verse unos caracteres que se relacionaban

5. Véase W. S. Cervé, *Lemuria*, págs. 240 y siguientes.

con los signos rupestres descubiertos en las islas Canarias, además de otros; una encuesta internacional, presidida por el profesor Schoolcraft, permitió reconocer increíbles coincidencias: cuatro signos etruscos, cuatro relacionados con el alfabeto egeo arcaico, cinco runas escandinavas, seis antiguos signos druídicos, letras fenicias, catorce signos anglosajones. Además podían observarse analogías con el hebreo antiguo y analogías con el nómada.

Ese disco, descubierto por S. W. Clemenes en el túmulo de Grave Creek, no pudo ser objeto —por desgracia— de una autenticidad cierta.

Una mistificación «atlantidiana»

En el *New York American* del 20 de octubre de 1912, aparecía un artículo sorprendente, titulado *Cómo encontré la desaparecida Atlántida, fuente de toda civilización,* cuyo autor era nada menos que el doctor Paul Schliemann, nieto del gran Heinrich Schliemann, a quien se debía el descubrimiento del lugar arqueológico de Troya.

Por desgracia —y ya no es posible dudar—, se trataba de véase una mistificación muy hábil.[6]

Sin embargo, los detalles interesantes no faltan: el misterio estaba unido a un jarro con cabeza de lechuza «de un aspecto especial» y llevaba esta inscripción en caracteres fenicios *de*

6. Véase IMBELLONI y VIVANTE, *Le Livre des Atlantides,* Edición francesa, F. Gidon, pág. 128 y siguientes.

parte del rey de la Atlántida. El doctor Schliemann rompió el jarro y descubrió, adherido al fondo del mismo, un disco cuadrangular de metal blanco parecido a la plata. El disco tenía en el reverso unas figuras acompañadas de signos indescifrables, pero, en el dorso, podía leerse, grabada en caracteres fenicios, la frase siguiente: «proviene del templo de las murallas transparentes.»

El jarro con cabeza de lechuza procedía de una colección secreta del abuelo del doctor Schliemann, y los vestigios «atlantidianos «contenían, además, una argolla (trabajada en el mismo metal desconocido), un elefante «de un aspecto extraño», un hueso petrificado, otro jarro arcaico, y más objetos —nos advertía el doctor—, «cuya lista no puede ser publicada por el momento». También había —documento sensacional— el mapa geográfico utilizado por los marinos de la expedición enviada por el faraón Sent (II dinastía); en el año 4571 a. de Jesucristo, para investigar los restos del «país de la Atlántida».

El propio Paul Schliemann es quien había explorado, durante muchos años, en el mayor secreto, las costas de Marruecos, Egipto, México y Perú.

Estas excavaciones habían permitido al descubridor de Troya entrar en posesión de piezas arqueológicas capitales, que le permitieron precisar «No digo nada, ya que me falta espacio, de los jeroglíficos y otros documentos que he descubierto y que me han aportado la prueba de que las civilizaciones de Egipto, Micenas, América Central, América del Sur y de los países mediterráneos de Europa tuvieron un origen común (que era, evidentemente, la Atlántida engullida).»

Por otra parte, existen —según se nos indica— dos manuscritos secretos que explican la historia de los atlantes: un manuscrito maya, el *Troano,* conservado en Londres, y un manuscrito caldeo, que se remonta a 2.000 años a. de JC, pero que se conserva en un templo de Lasa, capital del Tibet.

Paul Schliemann nos decía: «Si quisiera decir todo lo que sé, ya no habría aquí ningún misterio.»

Por desgracia, todo el asunto no era más que una habilido-

sa mistificación periodística: nunca más se oyó hablar del «doctor Paul Schliemann», por una razón muy simple: ese nieto del gran Schliemann *no había existido jamás.*

Ante la existencia de mistificaciones de ese tipo, se concibe la actitud decididamente hostil manifestada por la mayoría de los grandes arqueólogos cuando se pronuncia delante de ellos los nombres de «Atlántida», de «Lemuria», etc. Sin embargo, ese punto de vista de principio, consideramos que no puede ser erigido en regla metodológica: *todo* lo que existe debe ser objeto de ciencia. *¿Hay que ir más lejos que la arqueología clásica?*

¿Hay que ir más lejos que la arqueología clásica?

¿Hay que ir más lejos que los arqueólogos clásicos y creer que pudieron existir, en una época lejana (de 10.000 a 100.000 años a. de JC, y quizá mucho más atrás) civilizaciones muy evolucionadas, destruidas por diversos procesos (invasiones, autodestrucciones, cataclismos geológicos, etc...)?

Existen ciertas observaciones que la investigación arqueológica meditaría útilmente: como esta observación de Churchward, el revelador del continente sumergido de Mu: «En la colina principal de Esmirna, en el Asia Menor, a 1.500 pies sobre el nivel del mar, existen unos vestigios de tres civilizaciones prehistóricas, una encima de otra, con una capa de arena, de arenisca y de guijarros entre cada civilización. Los vestigios de

estas civilizaciones no yacen horizontalmente, sino en un ángulo de 45°. (...) Si no fuera porque las capas de civilizaciones sucesivas siguen el ángulo de la montaña, nuestros sabios podrían pretender que ocuparon la cima de la colina sin haber sufrido su levantamiento. Pero ese ángulo prueba, sin dar lugar a controversias, que esas civilizaciones existían antes que las montañas fuesen levantadas.»

Por desgracia, es innegable que los sabios se privan, de una forma irremediable, de investigaciones fructuosas, pero al margen de las teorías oficialmente establecidas. Veamos esta significativa confesión del doctor L. Capitan, en su libro *La Préhistoire*[7]:

«Yo mismo recogí cuchillas, raspadores y perforadores que presentan exactamente el aspecto de ciertos instrumentos musterienses reconocidos en todo el mundo como instrumentos ciertamente elaborados por medios artificiales. Así pues, si éstos se admiten morfológicamente, en buena lógica, habría que aceptar sus similares del período mioceno. *Pero como la existencia de estos últimos sería de consecuencias demasiado grandes, se la niega pura y simplemente.*»

Es cierto que conviene siempre recordar que los grados de rigor de certeza científica deben establecerse con el mayor cuidado. No obstante, nada prohíbe al sabio «soñar» un poco, más exactamente nada le impide tomar en consideración hasta las hipótesis más sorprendentes; pues no olvidemos que la realidad dista mucho de ser siempre verosímil.

Nada impide a la arqueología considerar, por ejemplo, esta fantástica posibilidad: los tiempos prehistóricos fueron precedidos por períodos de civilizaciones muy elevadas; lejos de representar un comienzo, la «Prehistoria» marcaría más bien un final relativo, más bien un *nuevo comienzo*, después del brusco aniquilamiento de civilizaciones extremadamente evolucionadas.

Pero —se nos dirá—, ¿por qué está tan ausente el recuerdo

7. París (Payot), 1931.

preciso de esas civilizaciones desaparecidas? Es fácil responder: «Si la memoria colectiva se refiere a sucesos cataclísmicos, la importancia de estos últimos contribuye, evidentemente, a prolongarla durante muchos siglos, pero cuando la catástrofe es tal que no deja tras ella más que pocos o ningún superviviente humano, el salvajismo no tarda en seguir a la miseria y bastan unas cuantas generaciones para corromper e incluso para borrar el recuerdo del suceso en el alma olvidadiza de los hombres.»[8]

Por otra parte, es fácil recordar que incluso los períodos histórica y clásicamente conocidos abundan en hechos de olvido colectivo; los siglos terminan por anular, en la memoria de los hombres, realidades que son, sin embargo, muy importantes. Citemos al respecto esta otra buena observación de Georges Barbarin: «Nada más característico a este respecto que el destino del Arte-misión, el famoso templo de Éfeso, que los antiguos clasificaban entre las "Siete Maravillas del Mundo" y que incendiado por Eróstrato en el año 356, la misma noche en que nació Alejandro de Macedonia, fue reconstruido con un lujo aún mayor. El primer Artemisión, el descrito por Plinio, medía 140 metros de longitud por 75 de anchura, o sea el cuádruple de las dimensiones del Partenón, y comprendía 127 columnas de 20 m de altura. ¿Qué queda en el siglo XVII del famoso edificio? Tan poca cosa que, durante tres siglos, los arqueólogos buscaron en vano las huellas hasta el día en que M. Wood, delegado del British Museum, encontró, después de ocho años de investigaciones, los cimientos de mármol a 6 m de profundidad.»[9]

Los hechos podrían multiplicarse: a principios del siglo pasado todavía no se había podido determinar exactamente, a pesar de las ya importantes excavaciones realizadas, los límites exactos de las ciudades romanas de Pompeya, Herculano y Stabia, enterradas bajo las cenizas del Vesubio en el año 79 d. de JC...

8. BARBARIN, *La danse sur le Volcan*, pág. 130.
9. BARBARIN, *La danse sur le Volcan*, pág. 129.

Hasta el siglo XX, los nómadas plantaban sus tiendas sobre los emplazamientos de Nínive y de Babilonia, cuya población mesopotámica no conocía ni siquiera su existencia.

Algo que hace reflexionar: las extrañas coincidencias

Hay ciertas comprobaciones inquietantes (similitudes entre el Antiguo Egipto y las civilizaciones americanas precolombinas, entre las tradiciones peruanas y japonesas, etc.), la existencia de descubrimientos arqueológicos realmente extraños (estatuas gigantes de la isla de Pascua, edificios ciclópeos de las islas Carolinas, ruinas de Tihuanaco en el Perú, terraza de Baalbeck en el Líbano, descubrimiento de inscripciones griegas o hebraicas en América del Sur, etc.) que, como veremos, pueden dar nacimiento a las hipótesis más aventuradas sobre la existencia de civilizaciones completamente desconocidas por la arqueología oficial.

Por otro lado, vemos cómo los sabios cada vez toman más en consideración hipótesis que hubiesen alarmado a sus predecesores del siglo pasado. Pensemos, por ejemplo, en el estúpido furor negativo con que los prehistoriadores acogieron todas las comunicaciones relativas al arte pictórico de las cavernas magdalenienses de España y Francia: los medios oficiales tar-

daron más de veinte años, en lo que se refiere únicamente a la cueva de Altamira, en dejar, por último, de protestar *ex cathedra* contra la «mistificación», el «negocio», etc., y tomar, por último, la decisión que convenía: ir al lugar, ver lo que allí había exactamente.

La antigua influencia de la India y China sobre América parece ahora más que probable. Ya hemos visto que Quetzalcóatl era un dios *blanco* venido del Este que, al despedirse del pueblo que había civilizado, le habría profetizado la futura llegada de hombres blancos y barbudos, venidos por el mar «de la región del Este»... Antes que los españoles, los atlantes —con toda certeza de raza blanca— habían colonizado realmente México y América Central... Parece muy probable que hubo en otro tiempo una influencia del Extremo Oriente en el primer desarrollo de las civilizaciones indias de América: el gran explorador Humboldt ya lo había presentido.»[10]

Pero, ¡cuántas conjeturas curiosas pueden anticiparse sobre la América precolombina!

Las grandes fortificaciones primitivas y las grandes «colinas» o «túmulos» *(mounds)* del valle del Mississippi presentan muchas semejanzas con monumentos europeos análogos que se remontan a la época probable de las grandes invasiones arias: en la misma época, parece haberse implantado en América Septentrional una raza prehistórica blanca. Incluso en la época histórica, ¡cuántos misterios todavía! Pensemos, por ejemplo, en la colonización vikinga de las costas de Canadá y Nueva Inglaterra. Se ha demostrado, por ejemplo, que los indios narragansetts, que subsistieron en la región de Boston hasta principios del siglo pasado, habían incorporado, en su extraña mitología y de su compleja magia,[11] toda una herencia esotérica procedente de los vikingos de Islandia.

En el noroeste de Estados Unidos, entre las Rocosas y el

10. Véase HUMBOLDT, *Vistas de las cordilleras y de los monumentos de los pueblos indígenas de América,* tomo I, págs. 31-39.
11. Es el tema de muchos cuentos fantásticos de H. P. LOVECRAFT.

Pacífico, hay vestigios de grandes ciudades destruidas, y cuyas áreas circundantes parecen haber sido asoladas por algún inconcebible cataclismo: así se nos vuelve a plantear el antiguo problema del contacto entre nuestro planeta y unos invasores del cielo.

II. ¿CIVILIZACIONES EXTRATERRESTRES?

Los numerosos expedientes acumulados sobre los famosos «platillos volantes» han reavivado las creencias según las cuales unas civilizaciones no humanas habrían podido preceder (y, a veces, acompañar) la aparición de los primeros hombres sobre la Tierra.

Adamski y numerosos autores se esfuerzan incluso en probar que existen desde hace tiempo contactos entre nuestro planeta y seres extraterrestres.

Las más recientes adquisiciones de la Astronomía hacen pensar, en efecto, que —contrariamente a las opiniones científicas anteriores— sin duda miles de millones —y quizá miles de miles de millones— de planetas parecidos al nuestro están repartidos en la asombrosa inmensidad del espacio sideral. Y, al igual que la Humanidad ve despuntar la época en que unos ingenios voladores le permitirán ir a explorar los otros mundos planetarios, ¿no es muy probable concebir que unos seres más desarrollados que nosotros observan lo que pasa en la superficie terrestre? Por desgracia, la realidad es que los extraterrestres parecen estar haciendo todo lo posible para es-

conderse a nuestra vista, lo cual, por otra parte, puede explicarse muy bien: «Incluso sobre la Tierra el contacto de dos culturas humanas de niveles distintos desemboca regularmente en el mismo resultado; el derrumbamiento y la muerte rápida de la cultura menos evolucionada. Y esto es así en la ausencia incluso de toda hostilidad.»[1]

¿No existirían, sin embargo, sobre nuestro Globo objetos de origen extraterrestre?

Con seguridad, se conoce la existencia de numerosos meteoritos, algunos de los cuales han sido objeto de veneración religiosa: éste es el caso de una «piedra negra» enviada por el legendario «Rey del Mundo» al Dalai-Lama del Tibet, transportada posteriormente a Ourga, capital de Mongolia, y desaparecida misteriosamente en el siglo pasado; también es el caso —éste muy conocido— de la famosa piedra negra incrustada en la *Caaba* de la Meca...

El poeta medieval alemán Wolfram de Eschenbach nos habla del *lapis exillis*, piedra caída del cielo sobre la que aparecen unas inscripciones en circunstancias determinadas.

No es imposible creer en la posibilidad de objetos, aparatos, etc., transportados a nuestro planeta en grandes meteoritos: el tema es clásico en ciencia-ficción.

Los partidarios del origen extraterrestre de los «objetos voladores no identificados» (los famosos platillos volantes) se muestran imperturbablemente seguros en la mayor parte de sus afirmaciones. Por ejemplo, no temerán considerar como un hecho la hipótesis de un origen extraterrestre de la Humanidad entera o de algunas civilizaciones: los lemures, por ejemplo, no serían otra cosa que venusianos.

Hay que reconocer que no existe ninguna prueba *científicamente admisible*[2] de la actividad en la Tierra de invasores extraterrestres. Incluso cosas de tipo más bien prodigioso se explican en muchos casos por causas totalmente terrestres y na-

1. Aimé MICHEL, *Mystérieux objets célestes*, pág. 369.
2. Que no tiene nada de absurdo en sí mismo.

turales. Tomemos, por ejemplo, la alucinante regularidad geométrica de los bloques basálticos de la Ruta de los Gigantes (en Irlanda del Norte) o de la Gruta de Fingal (en el noroeste de Escocia): la imaginación se complace en suponer criaturas fantásticas que realizaron inconcebibles ciudades no humanas, mientras que el juego mecánico de las fuerzas plutonianas explica la formación de esos prodigios aparentes.

Nosotros no tenemos más remedio que hacer nuestra esta sana advertencia de nuestro amigo Aimé Michel:

«Es verdad que es imposible probar que nunca ha existido contacto entre hombres y seres de otro mundo, por la razón muy sencilla de que jamás puede probarse la inexistencia de cualquier cosa. (...). En cambio, es fácil probar que *todos los contactos asegurados y publicados hasta la fecha* no son más que una monumental y estúpida estafa.»[3]

El mismo autor tiene razón de criticar las historias demasiado bellas de hombres que han intercambiado impresiones con seres extraños venidos de un misterioso planeta:

«El menor contacto intelectual con seres que nos dominen lo suficiente como para recorrer ya los espacios siderales o solamente planetarios habría hecho estallar inmediatamente los cimientos de nuestra cultura, de nuestra moral, de nuestras religiones, al igual que la llegada de hombres a una isla poblada únicamente de animales y vegetales destruye en pocos años el equilibrio vital creado por los milenios de evolución concurrencial de las especies. Si se hubiera producido una explosión semejante, la Humanidad y la Tierra entera estarían en un estado de caos de lo cual no da idea ninguna catástrofe histórica. Y esto, yo pienso, no hubiese pasado inadvertido.»

¿Es que hay que adoptar el escepticismo de tantos sabios? Aimé Michel no lo cree así, y ataca la «aterradora» hipótesis según la cual el hombre de nuestro siglo XX marcaría el umbral infranqueable de la evolución biológica:

«Esto viene a afirmar que el desenlace automático de toda

3. *Mystérieux objets célestes*, pág. 367.

evolución es el apocalipsis y el derrumbamiento total tres mil años después de la aparición de la Ciencia. La ascensión de la vida, luego del espíritu y posteriormente de la Ciencia, quedaría así limitada por un umbral infranqueable, y el hecho de que preparemos actualmente los primeros intentos astronáuticos nos advertiría de que estamos precisamente sobre ese umbral apocalíptico, puesto que todo en esta hipótesis debería derrumbarse antes de conseguir la aventura astronáutica.»[4]

Las visitas efectuadas a nuestro Globo por seres que hayan superado en mucho nuestra escala biológica aparecen como totalmente probables, por lo menos así lo creemos nosotros, aunque sin hacernos demasiadas ilusiones sobre las posibilidades reales de comunicación: «Por más que afirmara —nos dice Aimé Michel —mi práctica del lenguaje marmota, nunca llegaría a cargarlo, para mi gentil interlocutora, de otros mensajes que no fueran los de su nivel. No se puede explicar en marmota el teorema de Pitágoras. En cambio, podría, en último extremo, conocer *integralmente* las "ideas" de su nivel.»[5]

Se trata de una ley biológica, muy bien enunciada por un amigo de M. Michel, el naturalista Jacques Lecomte:

«Podemos entrar en contacto con todos los seres vivos a su nivel, a condición de que este nivel sea inferior al nuestro, o, más bien, que el nuestro los acumule.»[6]

Aimé Michel prosigue:

«Nosotros gobernamos a las bestias especialmente por nuestro sentido del tiempo, que ellas no tienen. Ellas podrán cohabitar con nosotros hasta el final de los tiempos sin sospechar jamás que su destino se está jugando constantemente en regiones que son indiscernibles para ellas, *aunque sus ojos no hayan cesado jamás de verlas.*»[7]

A partir de ahí es fácil concluir lo siguiente:

«... la respuesta a la pregunta: *¿Por qué no existen visitan-*

4. *Mystérieux objets célestes*, pág. 378.
5. *Ibíd*, pág. 381.
6. *Ibíd*, pág. 382.
7. *Ibíd*, pág. 384.

tes del espacio? sea, quizás, ésta, de una maravillosa simplicidad: *no hay porque nuestros ojos sólo los ven, y no nuestro espíritu, que no puede.* (...) El ratón que roe nuestros viejos libros ve físicamente, con sus ojos, todo lo que nosotros vemos. Lo ve, pero no puede percibirlo.»[8]

Aimé Michel continúa haciéndonos observar lo que debe ser una actitud intelectual objetiva: «Las realidades más ciertas fueron primero soñadas: no nos neguemos, pues, a soñar, sin olvidar que soñamos.»[9]

Ésta es la razón de que nosotros creamos que siempre es conveniente:

1.° verificar la materialidad de los hechos, que no han de ser forzosamente irreales (aunque, en muchos casos, pueden estar deformados o exagerados);

2.° preguntarse por el grado de verosimilitud de esta o aquella hipótesis, aunque a primera vista pueda parecer demasiado asombrosa para ser cierta. Tomemos, por ejemplo, la idea según la cual habrían existido en otras épocas prodigiosas civilizaciones de insectos sociales gigantes, venidos o no de otro mundo planetario.

Nada se opone a la posibilidad de un hecho así, ni incluso al descubrimiento de vestigios concretos (hormigueros o termiteros fósiles gigantes, por ejemplo).

Podemos encontrar aquí, simplificada, la teoría del barón D'Espiard de Colonge sobre *La Chute du Ciel*:

«Se diría a primera vista (...), ya que todo aparece amontonado sin orden en la superficie terrestre, que otro mundo cayó encima de la Tierra a la cual se unió precipitando allí sus fragmentos.»[10]

Por otra parte, el autor precisa:

«Pero podría muy bien (...) no haber habido ningún choque, sino unos fragmentos inmensos caídos al paso fortuito

8. *Ibíd*, pág. 385.
9. *Ibíd*, pág. 386.
10. ESPIARD DE COLONGE, *La Chute du Ciel*, pág. 26.

demasiado cercano de unos de esos grandes cuerpos planetarios.»[11]

El barón no teme intentar recurrir a las pruebas concretas:

«Los Pirineos parecen, en cierta manera, una aglomeración de peñascos superpuestos, que cayeran del cielo todavía en llamas, y que habrían ido a extenderse en esa parte de la Tierra.»[12]

A propósito de esto, se piensa, en las tradiciones de los celtas, sobre una época legendaria de «caída de las piedras»: para el barón D'Espiard de Colonge, las piedras druídicas no habrían sido destinadas más que para conservar el recuerdo de aquellas formidables catástrofes celestes, que quizá los galos recordaban cuando temían ver caer el cielo sobre sus cabezas.

En el ocultismo contemporáneo, vemos cómo se mezclan las ensoñaciones cosmogónicas fácilmente con las del tipo «ciencia-ficción»: incluso la Tierra resultaría —como se ha llegado a pensar— del ensamblaje progresivo de varios mundos, cada uno de esos planetas habría venido a incrustarse en una masa planetaria única y aportado con él la raza humana que lo habitaba con sus propias tradiciones espirituales... Desde esta perspectiva, las grandes fisuras profundas de la corteza terrestre resultan de un tipo de proceso de «cicatrización».

Finalmente, quizá nosotros vivimos sobre diversos planos planetarios de realidad: en la vida corriente no tendríamos de ello más que confusas percepciones, en los sueños y en las fantasías.

En cambio, las leyendas relativas a ciudades y hombres «petrificados» son susceptibles de una interpretación científica. Así es como la destrucción bíblica de *Sodoma* y *Gomorra* no significaría otra cosa que una fantástica invasión de seres extraterrestres dotados de armas nucleares.

Manfredus de Monte Imperiali, de Herbis, un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, describe las fantásticas rui-

11. *Ibíd*, pág. 27.
12. *Ibíd*, págs. 28-29.

nas que se hallan en el fondo del Lago Asfáltico (otro nombre del mar Muerto). Unas excavaciones arqueológicas emprendidas en esas regiones desoladas seguramente no dejarían de revelar sorpresas al sabio que no temiera verse obligado a recurrir a las hipótesis más fabulosas en apariencia.

III. LOS GRANDES ENIGMAS ARQUEOLÓGICOS

La isla de *Pascua* recibió ese nombre porque su descubrimiento oficial tuvo lugar, precisamente, un lunes de Pascua (el 6 de abril de 1722), por el capitán holandés Jacob Roggeween, aunque ya hubiera sido señalado treinta y seis años antes por el pirata inglés Davis.

La isla de Pascua está poco poblada hoy día: en el censo de 1952, 762 indígenas y algunos blancos.

Esta débil población aumenta la situación patética de esta isla de 12.000 hectáreas, árida, perdida en el océano: la isla de Pascua está tan alejada de su madre patria, Chile, como París lo está de Islandia y eliminando con el pensamiento todas las tierras que se hallan entre la capital francesa y las costas islandesas meridionales.

Se ha hablado de estatuas gigantescas sobre las que se han anticipado las hipótesis más arriesgadas: se ha llegado a poner de manifiesto, por ejemplo, la curiosa semejanza que existe entre la escritura ideográfica de las inscripciones descubiertas en la isla y la de las tablillas de arcilla descubiertas por los ar-

queólogos en las ruinas prearias de Mohenjo-Daro (en el valle del Indo).

Pero, incluso por sí misma, la isla de Pascua está llena de inquietantes misterios. Un caso es el simple transporte de las colosales estatuas o *moai*: a primera vista, parece que sólo unos gigantes hubieran podido erigir esos colosos de piedra... Sin embargo, los arqueólogos no tienen necesidad de esta hipótesis fantástica:

«Sobre este tema (el transporte de las estatuas) existen diversas tradiciones. Según una de ellas, colocaban unos guijarros redondos debajo del *moai*, empujaban, y tiraban de él, y así rodaba hasta su destino. Según otra, las estatuas habrían sido colocadas sobre troncos de árboles, como una especie de trineos que circulaban por los regueros que todavía existen actualmente. Para el transporte, se hubiesen hundido unas enormes vigas en la roca de la montaña, las cuales hubieran sostenido unos potentes cables que descendían hasta las plataformas. Colgándose de estos cables, los indígenas habrían transportado las más pesadas cargas.»[1]

La mayor parte de estas estatuas gigantescas descansan sobre unos zócalos elevados; fueron talladas de un solo bloque. Esas estatuas son tan numerosas en ciertos puntos de la ribera que forman una especie de muralla ininterrumpida. El rostro de esos colosos es siempre de un aspecto severo, con unas orejas de lóbulos muy alargados; la frente está cubierta con una especie de cilindro.

Maravillado por esos colosos, el capitán Cook llegó a escribir, a finales del siglo XVIII: «No se puede concebir cómo esos indios, que no tienen conocimiento alguno de mecánica, pudieron edificar esas masas tan asombrosas y luego colocar encima de ellas gruesas piedras cilíndricas.» Ya hemos visto que el transporte y la erección de esos colosos se podía explicar, no obstante, sin hacer intervenir a gigantes y sin recurrir tampoco

1. Jean DORSENNE, *L'énigme du Pacifique* («Mercure de France»), 1 de marzo de 1925, pág. 500.

a una técnica prodigiosamente avanzada.

Las recientes excavaciones de Thor Heyerdahl parecen haber demostrado que la hipótesis de un gran pueblo *navegante* permite resolver el irritante misterio de la isla de Pascua: a los colonizadores preincas venidos del Perú habrían sucedido los polinesios.

Thor Heyerdahl y sus colaboradores tuvieron el gusto de realizar minuciosas y largas excavaciones, que les permitieron descubrir numerosas cavernas secretas y también estudiar las famosas estatuas en profundidad: así se pudo realizar el desenterramiento completo de numerosas estatuas, que estaban totalmente cubiertas de arena desde hacía siglos. Por último, se pudo así aclarar completamente los problemas de la estatura, del transporte, de la erección de los colosos, y adivinar con cierta seguridad el origen del pueblo al que se deben estas curiosas maravillas.[2]

Thor Heyerdahl concluyó:

«Los colosos rojos de rasgos clásicos fueron hechos por marinos venidos de un país al que la experiencia de varias generaciones había enseñado a manipular los monolitos.»[3]

El eminente arqueólogo noruego llegó a demostrar significativas coincidencias entre los colosos pascuanos y las estatuas gigantescas erigidas en el Perú en la época preinca: la erección de éstas es muy anterior a la realización de las esculturas de la isla de Pascua. Esto es lo que hay: un pueblo muy civilizado, procedente del antiguo Perú, es el responsable de la extraña civilización pascuana.

Además, Thor Heyerdahl consiguió la confianza de miembros de la aristocracia indígena: los descendientes directos de los «Orejas largas» habían erigido las gigantescas estatuas; aquellos pascuanos permitieron a los sabios estudiar los objetos piadosamente conservados por cada familia en cuevas secretas precintadas.

2. Thor HEYERDAHL, *Aku-Aku*, pág. 81 y siguientes.
3. *Ibíd*, pág. 84.

Y no existen más que los colosos como vestigios arqueológicos:

«En el extremo Sur de la isla —nos hace observar J. Thomson—, hay unas 80 o 100 casas de piedra, construidas en una línea regular contra un terraplén de roca o de tierra que, en algunos casos, constituye la pared del fondo de las construcciones. Las paredes de esos particulares habitáculos miden 1,5 m de espesor y 50 cm de altura por 48 pulgadas de ancho. Las paredes están hechas de piedras irregulares. Estas últimas están pintadas de rojo, blanco y negro, y muestran unos pájaros, caras y distintas figuras. Cerca de las casas, los peñascos están esculpidos en extrañas formas y recuerdan rostros humanos, tortugas, pájaros, pescados y animales míticos.»

Pero —se nos dirá—, la isla de Pascua, ¿no sería más que un pequeño vestigio de un conjunto en otro tiempo muy importante? Según MacMillan Brown, *Rapa-Nui* constituía en otra época el centro de todo un archipiélago hoy desaparecido, del cual era la isla sagrada, con las tumbas de los grandes jefes. El hecho es que la isla de Pascua se muestra incapaz de subvenir por sí misma a las necesidades de su población; incluso antiguamente, era una tierra de una esteridad desoladora. Sin embargo, todos los arqueólogos están lejos de creer en el gran archipiélago desaparecido, ni siquiera en el legendario continente de Mu.

Asimismo resulta fascinante el misterio de las tablillas de madera cubiertas en sus dos caras de signos jeroglíficos; éstos se leen, y siempre siguiendo las líneas de escritura alternativamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, empezando por la extremidad inferior de la cara frontal para ir remontando hacia arriba, luego girar la tablilla y seguir las líneas de arriba de la cara del reverso hasta abajo. No se trata de letras, sino de caracteres ideográficos, cada uno de los cuales representa un objeto, un ser o una idea.

Se llegó a demostrar que existe una similitud perfecta entre esta escritura de las tablillas *rongo-rongo* de la isla de Pascua y las descubiertas en las ruinas (de una antigüedad de casi

cinco milenios) de los lugares arqueológicos del valle del Indo (situados a 20.000 km de distancia de Rapa-Nui): fue la paciente labor del gran sabio húngaro Hevesy (1933).

G. de Hevesy clamó, al terminar su conferencia en París el 14 de diciembre de 1932:

«...¿qué vemos en Polinesia? No encontramos todavía allí las emanaciones más antiguas de la cultura humana, como la rueda, los husos y telares, el bronce. Jamás se ha descubierto esto en ninguna parte de Oceanía. Pero se ha descubierto allí una escritura.»

La escritura pascuana se encuentra en las enigmáticas *maderas parlantes* descubiertas en la isla. Por desgracia, una doble fatalidad cayó sobre la mayor parte de estos documentos, de los que no queda más que unas pocas muestras: el celo evangélico de los primeros misioneros cristianos, que produjo la destrucción de muchas de esas tablillas; y, sobre todo, en 1862, una feroz expedición de piratas peruanos, que atacaron a los trabajadores indígenas y mataron a los «hechiceros» que conocían todas las tradiciones esotéricas de la isla.

El misterio de la isla de Pascua dio lugar a todo tipo de interpretaciones. La más extraordinaria de esas tentativas es la del astrólogo francés Dom Néroman, que se funda en las «revelaciones» hechas en la primavera de 1935 por un médium italiano.

Dom Néroman comienza por recordarnos lo que es la isla de Pascua, tierra increíblemente aislada, que tiene la forma aproximada de un triángulo rectángulo (cuyos lados tienen, respectivamente, 16, 18 y 20 km, y cuyos vértices serían los picos volcánicos de la isla). *Rapa-Nui* es una isla desolada, que no tiene ni fuentes, ni cursos de agua, donde no crece más que una vegetación rala y esquelética. Un testigo ocular, el almirante de Lapperin, definió muy bien la impresión que se siente en esos lugares: «Los dólmenes neolíticos, los inmensos templos de los incas, los monumentos de Egipto, son menos asombrosos que las estatuas colosales de la isla de Pascua, si se piensa en la pobreza del lugar y en su aislamiento.»

Se pensará que no es extraño encontrar colosos de 20 m de altura, cuyo peso alcanza a veces veinticinco toneladas; y recordemos que los oficiales del barco de guerra francés *Topaze*, para levantar una estatua de 2,5 m solamente, tuvieron que emplear más de quinientos marinos y un material moderno. Y los hombres que esculpieron esos gigantescos monumentos no disponían de tales aparatos perfeccionados, ni tampoco de animales de tiro (caballos o bueyes).

Pero Dom Néroman dirige entonces nuestra atención hacia unos muy pequeños vestigios arqueológicos pascuanos: se trata, esta vez, de las maderas labradas de la época prearcaica (o sea, de la época en que se establecieron en la isla los primeros hombres, que procedían de otra región del mundo). Esas pequeñas estatuillas nos muestran unos hombres que llegaron a un horrible estado de miseria fisiológica: delgadez esquelética, espalda encorvada, etc.; pero los ojos de esos seres son extraordinariamente vivaces, luminosos, como en éxtasis, lo cual hace pensar en uno de los nombres arcaicos de la isla de Pascua: *Mata-kiteragi*, «los ojos que miran al cielo».

Pero, ¿de dónde venían esos hombres?

Dom Néroman se niega a considerar a la isla de Pascua como la cima de un continente sumergido; considera a Rapa-Nui como una colonia lejana fundada en el extremo del Pacífico por una antigua civilización que se desarrollaba, varios milenios antes de nuestra Era, desde el valle del Indo hasta Mesopotamia: ese pueblo habría pasado de la India a la isla de Pascua a través de Indochina y de Indonesia, de los archipiélagos micronesios, de las islas Marquesas, de Tahití y por último de las Gambier.

Ésta es la asombrosa revelación hecha a Don Néroman por su médium: la italiana Beatrice Valvonesi. No es por azar por lo que —nos dice esta explicativa «mediúmnica»— la isla de Pascua se halla en las mismas antípodas del valle del Indo. El pueblo que habitaba en otra época esta última región partió precisamente en busca de la tierra antípoda exacta:

«... hace siete mil años, el pueblo más culto, el más instrui-

do de los secretos del Cosmos, era el del valle del Indo. Sabía, especialmente, que nuestro Globo se mueve en un campo de ondas cósmicas, análogo a los campos magnéticos o eléctricos que conocemos actualmente y que les es permeable, comportándose en ese campo como lo hace una bola de hierro intercalada en el entrehierro de un electroimán; sabía, además y sobre todo, que puede polarizarse el Globo mediante un dispositivo que crea en él dos polos idénticos a los que crea el campo magnético en una bola de hierro, de manera que las ondas cósmicas entran por el polo positivo y atraviesan el Globo para volver a salir en el polo negativo, diametralmente opuesto, «antípoda», aportando los dones del cielo a la Tierra, y abandonándola a la «salida»; sabían, por último, que dos polos opuestos están *igualmente* cargados de los contrarios, que, por ejemplo, el grado de fertilidad del polo positivo es constantemente igual al grado de esterilidad del polo negativo. A partir de entonces, y deseando para su patria el máximo de ondas benéficas, que se traducían en la fertilidad del suelo, la salubridad de la raza, el desarrollo de la vida, decidieron instalar en el polo opuesto el «colector» de ondas maléficas, traducidas en la esterilidad vegetal, el deterioro de la raza, la generalización del estado de morbidez que llevaba hacia la muerte.»[4]

El «colector» de ondas maléficas no era otro que las estatuas colosales.

Así, había voluntarios que se entregaban deliberadamente a la enfermedad, al hambre, a la sed y, finalmente, a la muerte, y esto sólo por pura caridad: a cada hombre-esqueleto del «polo de la muerte» correspondía un hombre floreciente de salud en el «polo de la vida» (el valle del Indo).

Ya sean tesis ocultistas o teosóficas, aparece una predilección manifiesta por la romántica hipótesis de un tipo de Atlántida pacífica: el continente de Mu revelado por Churchward, y del que la isla de Pascua sería uno de los vestigios.

En el lado opuesto, encontramos la opinión de numerosos

4. *L'énigme de l'île de Pâques révélée par un médium*, pág. 99.

oceanistas, que se esfuerzan por demostrar que la isla de Pascua dista mucho, en el fondo, de ser una paradoja oceánica.

Henri Lavachery, por ejemplo, observó:

«Si analizamos una a una todas las manifestaciones de la civilización pascuana antigua, comprobamos también un paralelismo constante con los hechos observados desde hace mucho tiempo en Polinesia.» El mismo autor piensa que la isla de los colosos no debió ser poblada más que en el siglo XII o XIII de nuestra Era, por naturales de Polinesia venidos de las islas Gambier.

Sin embargo, la isla de Pascua no se deja privar fácilmente de todo misterio. No se acabará de soñar sobre esa roca solitaria, que parece montar guardia en el extremo oriental de los archipiélagos oceánicos, por 27°10' de latitud Sur y 109°20' de longitud Oeste.

Edificios ciclópeos de Oceanía

La isla de Pascua no es el último punto de Oceanía dotado de monumentos enigmáticos, capaces de hacernos soñar en el legendario continente de Mu.

Los doce picos de la isla de Rapaití tienen ruinas invadidas por la vegetación, pero donde las excavaciones llevadas a cabo por Thor Heyerdahl pudieron desenterrar zócalos y pirámides.[5]

Según el arqueólogo americano Macmillan Brown, existió en otro tiempo un poderoso imperio polinesio del Pacífico; su

5. T. HEYERDAHL, *Aku-Aku*, pág. 302 y siguientes.

capital estaba en *Ponape,* en las Carolinas, allí donde se hallan unas ruinas ciclópeas realmente extraordinarias, descritas así por Jean Dorsenne: «Enormes construcciones que se alzan sobre unos islotes cuadrados o rectangulares artificiales alzados por un parapeto, enormes bloques de basalto hacen de Ponape una extraordinaria Venecia ciclópea.»

El gran novelista americano de ciencia-ficción, Abraham Merritt, coloca en ese lugar la entrada de una civilización, refugiada desde hacía milenios en los abismos increíbles situados bajo el mismo Pacífico, en pleno centro de la Tierra.[6]

Señalemos también: las ruinas importantes de Kukii, en las islas Hawaii; la misteriosa plataforma de piedra roja que se encuentra en la cima de las islas Navigator; las pesadas columnas, en forma de cono truncado, que se hallan repartidas en las islas Marianas.

A continuación, citaremos el interesante recorte de Prensa:

Nueva York, 8 noviembre (1938)

«Los hermanos Bruce y Sheridan Fahrestack están de regreso en Nueva York después de una expedición de dos años a las islas del Pacífico. Descubrieron principalmente, en la isla de Vanua Levu, perteneciente a un grupo de las Fidji, un monolito de 40 toneladas, en el que hay grabados unos caracteres desconocidos y que constituye un verdadero misterio arqueológico.

»Dado el estado actual de incultura de los insulares de los mares del Sur, no se explica el grado de habilidad con que este monolito fue grabado. Este monolito sería el testimonio de una civilización desaparecida o quizá de un continente sumergido y conocido legendariamente bajo el nombre de Mu.»[7]

En la isla de Mangaia (al sur de las islas Cook) se descubrie-

6. Véase la novela *The Moon Pool* (edición francesa de Denöel, con el título: *Le gouffre de Lune*).
7. Citado por G. BARBARIN: *La danse sur le Volcan,* pág. 122.

ron unos vestigios parecidos a los de la isla de Pascua. Sobre la isla coralina de Tonga-Tabu se encuentra un gran arco de piedra que pesa más de 170 toneladas.

Pero el conjunto más significativo continúa siendo las grandes ruinas —ya mencionadas— que se encuentran en las islas Carolinas: en Ponape, encontramos las ruinas de un extraordinario templo de basalto, cuyas paredes todavía tienen más de 10 m de altura; este colosal edificio está rodeado de numerosas ruinas secundarias, de un laberinto de canales, de desniveles de tierra, etc. Por debajo del conjunto corre todo un laberinto de subterráneos. Churchward consideraba ese lugar fascinante como las ruinas de una de las siete ciudades santas de Mu...

Evidentemente, sería necesario emprender unas excavaciones arqueológicas muy prolongadas antes de poderse pronunciar; pero nosotros creemos que valdría la pena.

Misteriosos peñascos esculpidos

Pero no hemos terminado todavía con los monumentos extraños: esta vez se trata de los peñascos esculpidos descubiertos por Daniel Ruzo en la meseta de Marcahuasi (en el Perú), y que quizá son contemporáneos de los alineamientos de Stonehenge y de Carnac, de los personajes esculpidos de Somerset, de los peñascos de la ribera Nam-Ou (en Laos), etc.

Los peñascos esculpidos de Marcahuasi son la obra de una civilización sudamericana desconocida, que —como veremos— nuestro amigo Daniel Ruzo bautizó con el nombre de *cultura*

masma. Esos monumentos extravagantes son de tipo megalítico, pero diferente de *todo* lo que se conocía hasta ahora, en los Andes y en otras partes del mundo. Esos peñascos esculpidos tienen, en efecto, dos dimensiones: además, han de mirarse desde un punto determinado del lugar si el observador quiere ver claramente todos los detalles (por ejemplo, hay que colocarse en un asiento de piedra situado sobre un peñasco, justamente frente a la roca llamada «Santa María» para estar en condiciones de ver el *león mexicano*). Hay más, la mayor parte de los monumentos deben ser contemplados en un determinado momento del día para que se hagan verdaderamente evidentes al observador. Otra característica: la simultaneidad, hay que considerar los lados y la parte trasera de los peñascos también, y no sólo la cara principal de una roca.

Los misteriosos creadores de esta innumerable reunión de peñascos esculpidos partieron, al parecer, de los contornos que sugerían ya las particularidades geológicas, por los distintos juegos de la erosión atmosférica en particular. Los realizadores de los monumentos de Marcahuasi pudieron elegir bloques cuya forma era sugestiva (un león, un hombre, etcétera); luego, se dedicaron a «perfeccionar» las fantasías de la Naturaleza acentuando las características más significativas. La arqueología puede distinguir así los siguientes períodos en la historia del lugar: 1. Época «geológica» (formaciones naturales). 2. La realización progresiva de los monumentos por un pueblo desconocido. 3. La brusca destrucción de la civilización de Marcahuasi por una sumersión quizás acuática, que habría arrasado todas las «superestructuras» tales como habitáculos, etc. 4. La erosión natural que continúa ejerciéndose en las rocas esculpidas.

La meseta de Marcahuasi contiene realmente demasiados peñascos esculpidos en una extensión relativamente pequeña y que presenta formas muy especiales («cabeza de inca», leones, pájaros, sapos, tortugas, paquidermos, etc.) para no ser más que fantasías geológicas. El lugar entero constituye, con toda seguridad, un vasto *recinto sagrado,* para el cumplimien-

to de ritos religiosos y mágicos.

Todos esos peñascos esculpidos —como se ha visto— no se hacen aparentes más que en un determinado momento del día (la mañana, el mediodía, la tarde) o incluso en un período muy preciso del año, en primer lugar los dos solsticios.

Esas esculturas, que representan hombres o animales, no son, por lo demás, bien visibles más que para un solo observador privilegiado. El peñasco esculpido en forma de *león mexicano,* por ejemplo, es visible a mediodía, y luego se va borrando a partir de la una.

Daniel Ruzo pudo descubrir, mediante incansables observaciones, que los extraños peñascos de su meseta peruana no son un espléndido capricho de la Naturaleza, sino una especie de primitivo templo solar:

«Se puede asegurar que existen relaciones entre determinados puntos de esos monumentos y las líneas extremas o medianas de la declinación del Sol; igualmente puede afirmarse que las sombras que proyectan esos monumentos fueron a veces calculadas para producir representaciones antropomorfas y zoomorfas; a veces, también para recorrer, de junio a diciembre y de diciembre a junio, un sector determinado.» [8]

Utilizando la delicada técnica de la fotografía, infrarrojos, nuestro amigo peruano llegó incluso a revelar figuras que no aparecen a la observación normal, lo cual deja presentir la existencia de conocimientos técnicos, en algunas áreas muy particulares, de un elevado nivel... No obstante, la civilización de Marcahuasi parece remontarse a una decena de millares de años, incluso antes de los mismos lejanos orígenes del poder militar y político del Imperio inca.

El propio nombre de esta meseta de *Marcahuasi* es una denominación dada durante el período inca.

Esos peñascos esculpidos y orientados forman un conjunto situado a 11° 46′ 30,9″ de latitud Sur y 76° 35′ 26,3″ de longitud Oeste, en el departamento de Lima; de 3 Km de longitud

8. RUZO, *La culture masma,* 2.ª conferencia, pág. 84.

y 1 Km de anchura, esta meseta está situada en el corazón de los Andes, entre los valles de Santa Eulalia y de Rimac. En todo el lugar, los trabajos se revelan como si hubieran sido ejecutados en la época prehistórica, ya sea en la roca viva, o por el ensamblaje de enormes bloques de piedra. La altitud del lugar es notable: esa meseta, accesible únicamente por un sendero estrecho y escarpado, está situado a 3.600 m de altitud. Este extraordinario conjunto es estudiado metódicamente por Daniel Ruzo, desde 1952, fecha del descubrimiento inicial. Solamente se le impone una inexorable cuestión: la existencia de una civilización muy antigua que Ruzo llama la *cultura masma.* Veamos por qué se eligió este nombre: «He llamado masma a ese pueblo de escultores, pues —desde tiempos inmemoriales— se designa por este nombre a un valle y una ciudad que se encuentran en la región central del Perú, habitada por los huancas hasta la llegada de los españoles.» [9]

Observemos asimismo que Ruzo llegó a demostrar igualmente la existencia, en esos lugares, de un complejo sistema hidrográfico destinado a almacenar el agua de lluvia y a repartirla posteriormente, durante los seis meses de sequedad, en toda la comarca vecina. El sistema comprendía doce lagos artificiales, de los que dos son todavía utilizados por los indios de la región. Observación significativa: «En las orillas de esos lagos, fueron esculpidas unas figuras que habían de reflejarse en el agua, formando unos efectos asombrosos.» [10]

Según las crónicas de la conquista española del Perú, el *inca Tupac Yupanqui* habría tenido conocimiento de esas esculturas de piedra antropomorfas y zoomorfas repartidas en diversas regiones del Perú, y atribuidas —hay que observarlo— a una legendaria raza de hombres *blancos y barbudos*: aquí volvemos a caer en una de las facetas del mito de la Atlántida.

Por otra parte, la meseta de Marcahuasi es muy rica en

9. *La culture masma,* 1.ª conferencia págs. 46-47.
10. D. Ruzo, *La culture masma,* 1.ª conferencia, pág. 47.

detalles significativos: se encuentran allí figuras antropomorfas que representan cuatro razas humanas, que incluyen la negra. Así se ve confirmada esta gran verdad presentida por los mitos y por las teosofías: el hecho de que, incluso en la más remota Antigüedad, América no fue jamás un continente que se desarrollase dentro de unos límites...

Incluso dejando a un lado toda hipótesis atlantidiana, los descubrimientos de Marcahuasi son muy significativos. Escuchemos a Daniel Ruzo: «Todo esto incita a creer en la existencia de una raza de escultores en el Perú que convirtió a Marcahuasi en su más importante centro religioso y, por esta razón, lo decoró profusamente. Podríamos comparar esta raza de escultores con los artistas prehistóricos que decoraron, con pinturas murales, las cuevas de Europa.» [11]

Parece haber un parentesco manifiesto entre las esculturas primitivas de Marcahuasi y las que decoran la isla de Pascua, mucho más elaboradas; la técnica es la misma, en el fondo, en los dos casos, y se caracterizan por rasgos significativos: por ejemplo, la cabeza de los personajes se representa sin ojos, la misma sombra de las cejas dibuja el ojo en el fondo de su órbita...

Hay algo más extraño: el atento examen de los peñascos de Marcahuasi nos prueba que sus constructores conocían animales prehistóricos como el estegosaurio... especies animales desaparecidas desde hacia tiempo en América o que no habían vivido nunca allí (el león, el caballo, el elefante, el camello), razas humanas procedentes de los otros continentes (Europa, Asia, Africa).

Aunque la arqueología científica puede permitirse dejar de lado esos paralelismos asombrosos, por descontado el magnífico descubrimiento de la meseta de Marcahuasi quedará como una de las más bellas de la arqueología prehistórica. Como dice Daniel Ruzo, «el mundo erudito se verá pronto obligado a admitir que, en toda la superficie de la Tierra, los

11. *La culture masma,* 1.ª conferencia, págs. 51-52.

prehistóricos, posteriores a las pinturas de las cuevas, esculpieron la roca natural para expresar sus ideas más elevadas».

La meseta peruana de Marcahuasi no es un lugar aislado: esforzándose un poco, se podrían descubrir en todos los continentes lugares análogos.

Podemos pensar en los famosos apilamientos de rocas de Fontainebleau, de Vaux de Cernay y de otros lugares forestales de los alrededores de París: se trata —al parecer— de trabajos esculpidos desde la más remota antigüedad, pero que están tan erosionados desde hace siglos que sólo el ojo experto llega a reconocer el trabajo antiguo de los hombres. Un poco por todo el mundo, se ven esos fantásticos lugares mágicos y religiosos, donde las rocas fueron talladas por civilizaciones completamente desconocidas de la arqueología clásica.

El uso de los numerosos abrigos rocosos del macizo de Fontainebleau por poblaciones prehistóricas no ofrece ninguna duda. El gran prehistoriador Baudet pudo recontar unas 1.700 grutas o abrigos que contenían grabados, anotaciones, incluso pinturas (estas últimas representan motivos geométricos o, por el contrario, escenas figurativas). Así pues, no sería del todo absurdo proceder metódicamente a investigaciones que esta vez se referirían a la utilización religiosa del aspecto tan atormentado de los gres, singularmente propicios a un conjunto ritual.[12]

Por otra parte, se observará con interés que parece existir todavía una sociedad secreta, practicante de los ritos lunares y cuyos fieles se reúnen en un apilamiento de rocas de la selva bellifontana.

El célebre castillo de Montségur aparece edificado sobre un basamento (que en sus orígenes era un templo druídico) de toscos peñascos.

12. Frédéric EDE, *Une roche à gravure* (Boletín de la Sociedad Prehistórica, 1911, pág. 207; 1912, pág. 537; 1913, pág. 250. Boletín de la Asociación de los Naturalistas del Valle del Loing, 1920, pág. 115. Trabajos de los Naturalistas, etc., 1930, págs. 25-30).

Un conjunto significativo está constituido por las grandes estatuas menhires que se encuentran en la región del valle del Taravo (en Córcega), a unos 40 Km al sur de Ajaccio: esos descubrimientos fueron magistralmente estudiados por Roger Grosjean, del C.N.R.S. y discípulo del abate Breuil, el eminente prehistoriador francés.

La mitad de las estatuas megalíticas de Córcega se hallan concentradas en este valle del Taravo.

En 1955, Grosjean logró descubrir asimismo, cerca de la aldea de Filitosa, toda una fortaleza muy antigua: unos muros ciclópeos que comprendían, en un extremo, una torre de gran aparato, y, en el centro, un túmulo de piedras y tierra.

Al revés que las del Mediodía de Francia e Italia, las estatuas menhires de Córcega no parecen haber sido efigies de divinidades, sino unos monumentos funerarios elevados en honor de elevados personajes. Todo hace suponer que esta civilización megalítica del sur de Córcega es originaria, sin duda, del Mediterráneo Oriental. Con toda certeza, no es posterior al segundo milenio antes de nuestra Era, y parece haber sido destruida hacia el 1.500 a. de JC por otra civilización, la de los «constructores de torres».

Ciertamente, hubo ciertos lazos —en la Protohistoria y a principios de la Antigüedad— entre Córcega, por un lado, y Bretaña, Escocia y el País de Gales, por otro.

En Asia, por ejemplo, tendríamos las rocas esculpidas del lago Baikal, en Siberia: «... las leyendas locales —observaba un viajero francés que tomaba el Transiberiano durante el año 1900— constituyeron en el Baikal una belleza especial. Su nombre significa mar Rica; los indígenas la llaman a menudo mar Santa, pues sus cabos rocosos, a veces tallados en forma de un rostro humano, son claramente unas divinidades. Por ejemplo, el cabo Chamansk, que es el dios Dianda, un dios paterno, cuya boca y ojos están habitados por todo un pueblo revoltoso de pájaros.» [13]

13. GASTON STIEGLER, *Le tour du Monde en soixantetrois jours* (París, Sociedad francesa de impresores y libreros), 1901, págs. 82 y 85.

Los megalitos

Los especialistas más eminentes estiman ahora que la civilización llamada *megalítica* —la de los constructores de dólmenes— se infiltró en Europa entre el año 2500 y 3000 antes de nuestra Era y que, sin duda, procedía de la India y del Oriente Medio, para establecerse en toda la cuenca del Mediterráneo Occidental; posteriormente se habría dirigido hacia el Norte, hasta llegar un milenio más tarde a Bretaña, las Islas Británicas y los países germánicos y escandinavos. Así es como esta civilización megalítica habría constituido un amplio vínculo protohistórico entre regiones europeas bien distantes una de otra: Córcega, Bretaña, Alemania del Norte, País de Gales, Irlanda y Escocia... Varios indicios tienden a confirmar esta hipótesis: para el monumento de Stonehenge, por ejemplo, las evaluaciones recientes (las del carbono 14) parecen fijar la antigüedad hacia el año 1800-2000 antes de nuestra Era. En verdad que no hay que fiarse de las hipótesis demasiado exclusivistas, la idea de un origen oriental de la civilización megalítica quizá no elimina totalmente la hipótesis: la de un origen hiperboreal, que algunos mitos parecen confirmar.

El aspecto extraño, fantástico de los dólmenes, menhires, etcétera, explica la frecuente asociación, en el folklore popular, de los megalitos con genios, gigantes, enanos, hadas... Naturalmente, también existen las historias de tesoros fabu-

losos. Cambry, por ejemplo, nos relata una curiosa tradición, según la cual una de las grandes piedras de Carnac ocultaría un inmenso tesoro: «Un cálculo cuya clave no se encontraría más que en la Torre de Londres, podría indicar el lugar...»

Se cuentan todo tipo de prodigios, especialmente en Bretaña: ¡los menhires crecen como los árboles, disminuyen, van a beber o a bañarse al río, caminan o bailan, hablan, giran sobre sí mismos

Un viejo marinero bretón reveló al celtólogo Cambry que, en el mes de junio, cada año los *antiguos* añadían una piedra a los alineamientos de Carnac, y que éstos eran misteriosamente iluminados la noche anterior a la fantásica ceremonia.

Al pasar a la realidad arqueológica, surgen apasionantes problemas a los investigadores.

Los megalitos no están colocados, en absoluto, al azar, sino todo lo contrario: esos monumentos fueron elevados indudablemente por hombres que conocían muy bien la astronomía de posición y también la marcha aparentemente periódica del Sol.

Un prehistoriador francés de gran renombre, el doctor Marcel Beaudouin, procedió —por ejemplo— al estudio metódico de las representaciones grabadas sobre la gran tabla del dolmen conocido por el nombre de *Hy-zogée*, de *La Source*, en Castellet (municipio de Fontvieille, en Bouches-du-Rhône). Se observa el gran símbolo del *Caballo solar* enganchado al *Carro solar* que describe su carrera sobre la bóveda celeste desde Oriente a Occidente. Existen muchas otras representaciones simbólicas de caballos, grabadas en megalitos... Generalizando los resultados de investigaciones análogas, muy prolongadas y metódicamente realizadas durante años, el doctor Baudouin sacaba en conclusión, en una Memoria presentada en 1917 a la Sociedad de Antropología de París:

«...la Prehistoria terrestre es la historia antiguamente desconocida de las relaciones astronómicas forzadas del Sol y las estrellas, que los monumentos, por sus orientaciones, han dejado escritas en el suelo, ...es el mito de las constelaciones,

consideradas divinidades, mito que es la causa de la evolución de la civilización.»

Constantemente se impone al arqueólogo el papel de las observaciones de los astros en la erección y orientación de los distintos monumentos megalíticos: menhires, dólmenes, crómlechs, etc. Se trata siempre de monumentos alzados por pueblos cuyas fiestas culturales debían celebrarse en las fechas apropiadas, determinadas por el conocimiento exacto de las distintas líneas estelosolares, de los desplazamientos periódicos y estacionales de los rayos solares y, en resumen, de toda la astronomía de los fenómenos.

El doctor Baudouin logró estudiar en la isla de Yeu (en Vendée) unas peñas con cúpulas, de época megalítica que no pueden explicarse más que considerándolas como la representación material de la constelación de las *Pléyades*, en distintas épocas que van desde unos 10.000 a. de JC hasta el sexto milenio antes de nuestra Era. Así, el estudio de los monumentos megalíticos nos puede permitir conocer con precisión la gran exactitud de los conocimientos astronómicos de los hombres que erigieron dólmenes y menhires para quienes la bóveda celeste parecía girar alrededor del mismo eje; esas poblaciones conocían bien el movimiento y la magnitud de las diversas constelaciones, la marcha aparente del Sol sobre la esfera terrestre, etc.

La orientación *solar* pretendida en los monumentos megalíticos se manifiesta especialmente en los grandes conjuntos como Stonehenge o las alineaciones del Morbihan.

Las alineaciones del Morbihan, por ejemplo, están orientadas en direcciones muy claras, determinadas por la variación del Levante durante el año, y las fechas cruciales son, en este sentido, los comienzos de los meses de noviembre, febrero, mayo y agosto (es decir observemos que son las fechas medias de los principales períodos del año agrícola en la región considerada).

Si un observador se sitúa en un punto dado del *crómlech* del golfo del Morbihan, verá cómo sale el Sol de debajo de cier-

tos *menhires* colocados a través de las alineaciones de Carnac; entonces las fechas significativas son las de los solsticios y los equinoccios.

Hace ya tiempo que se abandonó la romántica hipótesis que consideraba a los dólmenes como los altares utilizados por los druidas para sus sacrificios de sangre. Los druidas heredaron monumentos que eran anteriores a ellos: menhires, dólmenes, alineaciones son los lugares de culto edificados por poblaciones neolíticas, que seguían un calendario ritual determinado por la situación del Sol en los solsticios y en los equinoccios respectivamente.

Algunos megalitos están adornados con curiosos signos o símbolos: los más extraños son, sin duda, los pictogramas serpentiformes de la cámara subterránea del túmulo de Gavr'inis,[14] del que la mayor parte de los pilares —23 de 29— están totalmente grabados. Se identifica unas serpientes reducidas al esquema de la espiral, cuernos, pies humanos, una efigie de la diosa de los muertos... Lan fantástica cueva de Gavr'inis hace pensar irresistiblemente al visitante en las temibles criptas descritas en algunos cuentos de Lovecraft; al contrario de la opinión corriente, seguramente no se trata de una antigua tumba, sino más bien de un pequeño templo que servía de «sepulcro» para ritos de iniciación... En la época en que fue erigido ese túmulo de Gavr'inis' cuyo nombre significa «isla de la cabra», observemos que no estaba en el centro de una isla, sino en tierra firme: en efecto, el golfo de Morbihan no se formó hasta que se produjo una sumersión tardía. No obstante, el extraño túmulo de Gavr'inis parece aún más imponente aislado en su isla; y nuestro amigo Marius Lepage nos hace (en una carta del 24 de setiembre de 1960) la siguiente observación muy interesante: «Un día que iba precisamente a Gavr'inis (en barca), y que miraba los torbellinos de la marea baja, reconocí en algunos de esos torbellinos —en especial, en las dobles espirales que forman en algunos puntos— exactamente los trazados en el inte-

14. En la isla del mismo nombre (golfo de Morbihan).

rior del túmulo.» El hecho merece meditarse; ¿no podríamos imaginar que los constructores de Gavr'inis *sabían* que la región estaba destinada a padercer una sumersión marina, que daría a Gavr'inis su verdadera situación?

Se puede asociar a los constructores de los megalitos un complejo esoterismo religioso. De ese período datan diversos monumentos extraños, que representan, en relieve sobre el suelo, el gran símbolo de la *serpiente*. Éste es el caso del lugar de Abury (en Inglaterra) y del gran monumento americano que se encuentra en Ohio, cerca del río de Busch-Creek: allí puede verse la figura de una enorme serpiente, en parte enrollada sobre sí misma y en parte desenrollada; presenta ondulaciones y su boca abierta se está «tragando» el cerco ovalado que rodea un pequeño túmulo oblongo.

La construcción de los megalitos se revela como un fenómeno de significativa amplitud; y cuya causa inmediata quizá fuera el fin de la última glaciación prehistórica: hacia el décimo milenio antes de nuestra Era, los formidables glaciares que habían cubierto Europa durante tanto tiempo se retiraron finalmente hacia el Norte; ese gran cambio climático supuso, evidentemente, una gran transformación de los modos de existencia. Entonces es cuando aparece en Europa el cultivo, la cría de ganado, los primeros y verdaderos pueblos. Un intenso comercio caracteriza ese período, que es el de la civilización dolménica propiamente dicha: ésta se extenderá desde la India a la extremidad de Europa, sin duda, por el Sur de Rusia y el Oriente Próximo. El apogeo de esa cultura se sitúa entre el cuarto y el primer milenios antes de nuestra Era.

La época en que se sitúa la construcción de dólmenes y menhires es, pues, anterior a la de los galos, que se inicia en la Edad de Bronce, mientras que los megalitos se fijan en el período neolítico. Es cierto que hay que tener en cuenta las interferencias culturales: la idea popular de unas «piedras druídicas» tiene su razón en parte, ya que los druidas utilizaron, en efecto, para su culto los extraños monumentos edificados antes que ellos por los neolíticos adoradores de la Tierra-Madre.

En cuanto al nombre de esos monumentos, es tomado del griego: «megalíticos» procede de *megas*, «grande» y *lithos*, «piedra» o «peña».

En las tradiciones populares, se ven frecuentemente dólmenes y menhires asociados a una misteriosa población de seres de exigua estatura, asimilados con criaturas sobrenaturales: es el «pequeño pueblo» de las leyendas populares inglesas.

En Bretaña, los dólmenes se consideran las habitaciones de los *Poulpiquets* o de los *Kérions*, pueblos enanos que antiguamente vivían en el país y cuyo recuerdo se conserva en la región.

A propósito de la época en que situar la erección de los monumentos megalíticos, se han comparado tesis extremas, separadas por un intervalo de 11.000 a 12.000 años, que van desde el décimo milenio antes de nuestra Era, hasta el primero después de JC: Sin embargo, actualmente existe una tendencia a delimitar mejor la fecha de establecimiento del pueblo migrador que, en Europa Occidental, precedió a los celtas y al que hay que atribuir las pretendidas «piedras druídicas» y los restantes monumentos de análogo origen. Así parece que hay que renunciar a las dataciones fabulosas que a veces existiría la tentación de asignar a los dólmenes y menhires: en Europa Occidental encontramos esta cultura a caballo entre el final del período Neolítico y la Edad de los Metales; *grosso modo*, parece ser que los grandes conjuntos megalíticos fueron erigidos entre el año 3000 y 1500 a. de JC.

Los megalitos muestran una civilización técnica bastante avanzada, pero no perfecta: es inútil pensar en misteriosos aparatos para explicar su erección; en cuanto a la existencia de hombres gigantescos, no se admite en absoluto.

Ya hemos podido darnos cuenta de que a partir de ahora es posible conocer las tendencias religiosas de los constructores de monumentos megalíticos. Los símbolos de ese culto nos han sido conservados por representaciones grabadas, como las de los pilares del dolmen bajo túmulos de la isla de Gavr'inis.

Ahora ya se permite establecer hipótesis generales sobre la expansión de las creencias religiosas megalíticas. El profesor

Henri Bar, por ejemplo, llegó a demostrar la universalidad, en el tercero y segundo milenios antes de nuestra Era, de creencias y ritos centrados alrededor de dos grandes héroes, uno con cabeza de león (que se convertirá en el Heracles griego), y el otro con cabeza de animal con cuernos (generalmente el ciervo, a veces el musmón o carnero salvaje, y raramente el bisonte).

De todas formas, hay que terminar con la idea de que Europa Occidental formaba en la Antigüedad un mundo aparte. Existe incluso una tablilla del emperador asirio Sargón (hacia el 2750 a. de JC), en la cual el soberano, enumerando sus conquistas, sitúa «el País del Estaño», que está al otro lado del Mediterráneo».[15] Si bien no se admite la hipótesis de una conquista asiria (aunque sea muy efímera) de esas regiones estañíferas, queda el hecho de los incesantes contactos comerciales entre Europa Occidental y el Oriente mediterráneo.

Pero los megalitos, ¿son realmente los únicos monumentos significativos de todo ese período? Gran Bretaña, por ejemplo, posee extraños lugares arqueológicos, especialmente un tipo de grandes laberintos primitivos que las tradiciones locales asocian extravagantemente con la antigua ciudad de Troya. El más importante era el *Mig-Maze* de Leigh, en Dorset, que casi ha desaparecido por completo, pero cuyo trazado era todavía muy reconocible en 1800.

En una fecha muy lejana, unos hombres misteriosos dieron formas curiosas a muchas islas montañosas del actual condado de Somerset; en la misma región, se observa una especie de semipantano drenado, en un pasado extremadamente lejano, de una manera muy especial, ya que el contorno de los nivelamientos y de los canales dibuja un mapa de la bóveda celeste.

Esas grandes figuras del Somerset se han atribuido a colonos o refugiados sumerios que fueron a establecerse en Gran Bretaña. Las tradiciones locales hablan, por su parte, del *Caer Ariambod*, el «templo del Cielo» en lengua gaélica, y que habría

15. L. A. WADDELL, *Phoenician Origin of the Scots and Britons*, página 43, Apéndice.

sido el primer gran monumento realizado en Gran Bretaña: mucho antes del advenimiento de los celtas.

Citemos asimismo los gigantes de Cerné Abbas y otras curiosas figuras colosales, descubiertas esta vez en las llamadas colinas Gog y Magog, cerca de Cambridge.

Esas figuras de la Gran Bretaña precelta plantean un enigma: en efecto, no son prácticamente visibles más que vistas desde una altura bastante grande. ¿Hay que admitir que los realizadores de esos extraños monumentos de tierra disponían de máquinas voladoras (atlantes u otras)? ¡Evidentemente, no podemos pronunciarnos a este respecto! Pero el doctor Gardner avanza otras dos explicaciones posibles, suponiendo una técnica ingeniosa, pero de muy fácil realización material: el uso de ciervos voladores; la utilización de las propiedades ascensionales del aire caliente (principio del globo)... Sin embargo, recordemos que (mucho más tarde, es cierto), el druida irlandés Ruith habría poseído, durante el primer siglo de nuestra Era, una máquina «mágica», el *Roth Fail*, que podía «navegar a la vez por tierra y por mar».[16]

Stonehenge se presta a significativas explicaciones según el antiguo simbolismo religioso.

La «herradura» interior de piedras que se encuentra en el centro de ese amplio conjunto representaría el seno femenino, la matriz: lo que los espectadores pueden ver allí durante el solsticio de verano del Sol es la sombra producida por la piedra «Hele», sombra que entra en ese «seno» y la fecunda para el año que viene; aparece aquí el viejo simbolismo de los ritos de fertilidad.

Se pensó que el monumento de Stonehenge fue erigido por obreros extranjeros, quizá cretenses, que aplicaban unas técnicas egipcias de construcción.

Por otra parte, en las columnas de Stonehenge se descubrieron, en 1953, unas huellas de hachas y puñales de bronce de tipo

16. G. B. GARDNER, *The Meaning of Witchcraft*, Londres (The Aquarium Press), 1959, pág. 64.

micénico: todo ello hace reflexionar... Por descontado, Stonehenge constituye, haciendo abstracción de las eventuales aportaciones mediterráneas, el propio tipo del monumento megalítico —en el simbólico *Sistema Solar* basado en la situación respectiva de los rayos solares durante todo el año, pero con dos momentos realmente esenciales: el solsticio de invierno y el solsticio de verano.

Pero, repetimos, es una abstracción querer aislar la civilización megalítica de las otras culturas protohistóricas, o incluso históricas, ya que el impulso continuó mucho después del advenimiento de las grandes civilizaciones mediterráneas.

Desde el año 2000 al 1200 a. de JC, quizá ya existieron comunicaciones entre el Mediterráneo Occidental y la Gran Bretaña: de esas regiones occidentales, los países mediterráneos traían el estaño, el oro, las perlas, el ámbar...

Desde el año 2500 a. de JC, los habitantes de Gran Bretaña parecen haber poseído navíos capaces de emprender largos viajes.

Regularmente llegaban barcos de Creta y de Micenas a Gran Bretaña: se descubrieron objetos de origen egipcio, aportados por esos bajeles egeos y que, sin duda, se remontan al año 1400 a. de JC, en algunas tumbas de Wessex.

En el 1200 a. de JC, la conquista de la Grecia micénica por los dorios, que no eran marinos, implicó el paso de ese «comercio del estaño» a los fenicios y luego a su gran colonia de Cartago.

Existen misteriosos monumentos que pueden asimilarse a los megalitos.

Pensamos, por ejemplo, en los *nuragas* de Cerdeña, esas torres cónicas de aspecto ciclópeo de las que prácticamente no se supo nada durante siglos.

La civilización sarda llamada nuraga apareció alrededor del año 1500 a. de JC, para llegar a su apogeo hacia los comienzos del primer milenio.

El origen de esa cultura plantea un gran problema arqueológico, pues hay que hacer intervenir —al parecer— una influen-

cia de origen egeo: la de la civilización micénica cretense anterior al 1400 a. de JC.[17]

Otros monumentos que han dejado sorprendidos a muchos prehistoriadores y arqueólogos: los «mounds» de América del Norte. Se trata de una serie de túmulos de extraño aspecto y gigantescas dimensiones; son obra de un pueblo prehistórico americano de origen misterioso que se llama los «Mound-Builders» (constructores de túmulos) sin poder dar más detalles.

Los *mounds*, esas inmensas obras de tierra a menudo mezclada de piedras, parecen haber tenido finalidades diversas: trabajos de defensa militar, santuarios *(templemounds)*, sepulturas *(sepulcralmounds)*, lugares de sacrificio *(sacrificialmounds)*. Hay que indicar que sólo se encuentran en regiones bien determinadas: Wisconsin, Illinois, los valles del Ohio y del Mississippi. Algunos de esos «túmulos» tienen colosales dimensiones, hasta 550.000 m^3 (el volumen de la Gran Pirámide es, recordemos, de 2 millones de m^3). Se les encuentra tan pronto aislados, como reunidos en grupos. En cuanto a su forma, puede variar: circular, elíptica, en forma de animal (por ejemplo, el *Alligator Mound*, en el valle del Mississippi, o el *Great Serpentis Mound*, en el condado de Adam, Ohio) silueta humana, objeto inanimado para fines rituales (pipas gigantescas).

Las excavaciones emprendidas en esos túmulos han permitido descubrir cuchillos de obsidiana, pipas rituales, lanzas, alfarería sin barnizar, osamentas humanas quebradas y medio consumidas... Se observará que las armas y los altares son de cobre.

Los enigmáticos *Mount-Builders* parecen haber sostenido relaciones habituales con América del Sur y también con las comarcas americanas más septentrionales.

Todavía no podemos pronunciarnos con exactitud sobre esta raza misteriosa, salvo en un aspecto: con seguridad, no se tratata de pieles rojas, sino de hombres de raza blanca.

17. Véase la excelente obra de Christian ZERVOS, *La civilisation de la Sardaigne*, París, Ediciones «Cahiers d'Art».

En la propia Francia, tenemos un monumento tan extraordinario en su género como los *Mounds* del valle del Mississippi; el pretendido «campo de Atila», cerca de Châlons-sur-Marne.[18]

Contrariamente a la tradición popular local que hace de él el recinto gigantesco edificado para proteger al formidable Ejército del rey de los hunos antes de la batalla de los Campos Cataláunicos, ese gigantesco desnivel circular es de fecha mucho más antigua, quizá de la época de los megalitos: ¿qué misteriosos ejércitos pudieron aglomerarse tras de esas murallas de tierra todavía tan imponentes en la actualidad...?

Zimbabwe

En el corazón del África Austral, en Rodesia, se alzan las imponentes ruinas de una gran ciudad, que parece haber sido misteriosamente abandonada, y de repente, por sus antiguos habitantes, de los que no ha quedado en la región ningún recuerdo... Después de una larga ensoñación solitaria en esos enigmáticos edificios (palacios, templos, etc.), el novelista inglés H. Rider Haggard escribió su extraña novela fantástica *She (Ella)*,[19] donde vemos a una misteriosa soberana que reina, en el corazón del África Austral, sobre las ruinas de una antigua civilización: la de Kôr... Pocos antes de la Segunda Guerra Mundial, el escritor francés André Falcoz escribió una novela

18. Véase el librito de Geneviève DEVIGNES.
19. Existe una traducción francesa por J. HILLEMACHER y que fue reeditada por la Librería Hachette en «Bibliothèque Verte», con el título: *La cité sous la Montagne.*

de aventuras africanas cuyo centro era *Zimbabwe la Secreta,* título del libro...[20]

Las ruinas de Zimbabwe han dejado sorprendidas a generaciones de arqueólogos: la perfección de esos edificios, el refinamiento de los objetos descubiertos en el lugar (en particular, unos extraordinarios pájaros de cristal) forman un contraste perfecto con las culturas indígenas de todo el África Austral.

¿Qué hombres construyeron Zimbabwe? Quizás unos egipcios; se pensó en una colonia establecida en esos lugares, durante la gran expedición enviada por la gran reina Hatchepsut al legendario país de Punt; los descendientes de esos primeros colonos egipcios habrían desarrollado a continuación, alejados, una prestigiosa civilización, destruida muchos siglos después por las tribus circundantes.

Hay otra teoría que ve en Zimbabwe la antigua ciudad santa de una tribu negra: la de los *lubedu* o *hacedores de la lluvia*: después de haber abandonado de manera misteriosa su ciudad y retrocedido gradualmente a un estado inferior de civilización, habrían conseguido, no obstante, conservar casi hasta nuestros días sus tradiciones esotéricas: todavía a finales del siglo pasado, los lubedu aún estaban gobernados por una soberana sacerdotisa de *raza blanca,* detalle importante, pues quizás indicaría que la civilización de Zimbabwe no era negra, pues la dinastía que regía a los lubedu sería originaria en línea directa de los últimos supervivientes de los antiguos colonos.

Para la edad probable de las ruinas, he aquí la opinión autorizada del gran arqueólogo sudafricano, el profesor J.-P. Van S. Bruwer (de la Universidad de Stellenbosch, Transvaal): sin duda, se remontan a la época comprendida entre el 700 y el 400 a. de JC y aún podrían ser más recientes.

¡Es verdad que no faltan las interpretaciones más aventuradas sobre el tema de las fantásticas ruinas rodesianas!

Encontramos fácilmente las habituales ensoñaciones (no ne-

20. Publicado primero como folletín (1938-1939) en *Jeunesse-Magazine.*

cesariamente inexactas, ¿quién sabe?...) sobre las colonias atlantes o lemurianas.

Esta vez se ha pensado con más profundidad arqueológica, en la hipótesis de una antigua colonización del África Austral por un grupo peruano llegado de la región andina, por vía marítima...

Zimbabwe, ¿habría sido al principio una colonia *fenicia*? Esta última idea no es totalmente imposible: encontraríamos entonces los grandes viajes de los fenicios a *Ofir*, de que habla la Biblia (*Reyes*, I, cap. IX, 26-28; cap. X, 10-11). El sabio alemán V. Dahse pudo demostrar, en 1911, la gran extensión de la colonización fenicia en el África antigua: por un lado, en toda la costa oriental de Massana hasta la región de Zimbabwe; por otro en la costa de Guinea, donde los fenicios fueron, quizá, los primeros fundadores de la antigua ciudad de *Ufas*, que posteriormente se convertirá en la ciudad santa de *Ifé*, escenario de las importantes excavaciones de Frobenius.

Los monumentos pelásgicos

Grecia posee diversos monumentos que ya dejaban perplejos a los helenos: éste es el caso de los inmensos canales subterráneos abiertos en una época desconocida para hacer comunicar el mar y el lago *Copais*, hoy llamado el lago de Topalios o de Livadia:[21] desde los tiempos más antiguos de la historia grie-

21. Véase ESPIARD DE COLONGE, *La Chute du Ciel*, pág. 127 y sigs.

ga tal como la conocemos, estaban obstruidos y ya no servían para nada.

Los trabajos de este género no son obra ni de los griegos propiamente dichos (los helenos), ni de los cretenses: son atribuidos a los primeros habitantes que habitaron el suelo griego, los *pelasgos*. Éstos habrían sido, a su vez, los últimos supervivientes del fabuloso cataclismo que absorbió a una civilización muy avanzada, cuyo lugar de origen y de expansión había quedado totalmente sumergido bajo las aguas.

Volvemos a encontrarnos con la Atlántida...

Las primeras minas de hierro de la isla de Elba, y otras explotaciones subterráneas extremadamente antiguas han sido relacionadas con la civilización de los pelasgos, quizá de origen atlantidiano.

Salomón Reinach había desarrollado la hipótesis de una gran corriente de civilización pelásgica, que habría tenido su nacimiento en algún lugar del Oeste de Europa, hasta llegar a Italia, los Balcanes, Asia Menor. Después de todo, nada prohíbe trasladar el punto de partida todavía más hacia Occidente, es decir al lugar del fabuloso continente atlántico. Los pelasgos, primeros ocupantes de la antigua Grecia, podían muy bien ser atlantes, de raza blanca, pero quizá no aria...

El problema de los vestigios hiperbóreos

¿Existen vestigios que deban ser atribuidos a los *hiperbóreos*? Al parecer, este problema ha sido olvidado por los arqueólogos.

No obstante, hay tradiciones, que dejan entrever que han existido monumentos de ese tipo, tales como la legendaria «Muralla del Diablo», que separaba antiguamente Escocia de Inglaterra.[22] Estamos convencidos de que, si los sabios excavaran profundamente el suelo de países como Escocia, Islandia, Noruega, Siberia Septentrional y Oriental, Alaska y Groenlandia, las excavaciones descubrirían numerosos vestigios, de una fabulosa antigüedad que no se explicaría por ninguna de las civilizaciones actualmente conocidas por la ciencia oficial.

Es verdad que también hay que tener en cuenta la difusión tardía de la antigua cultura hiperbórea: no es por casualidad por lo que existe una hipótesis que considera los países septentrionales como el origen lejano de la gran cultura primitiva que erigió los megalitos y que se extendió como un abanico a través de toda Europa.

En el Oriente Próximo

La existencia de vestigios increíblemente antiguos en todos los países donde se desarrollan los primerísimos acontecimientos descritos por las Biblias no tendrían nada de extraño; y ¡efectivamente, es así!

Incluso se ha llegado a encontrar en el monte Ararat vestigios leñosos, y que acaso no eran más que una parte de un viejo navío. Si bien hay que abandonar la esperanza de probar

22. No hay que confundir esta muralla, de la que todavía no se han encontrado huellas, con el muro construido por los soldados romanos para impedir el acceso de Inglaterra a los guerreros escoceses.

la existencia de un Arca de Noé conforme a la estampería corriente (con compartimientos para cada pareja de especie animal, etc.), la idea de encontrar vestigios del «Arca» no es nada absurda: el hecho de que unos hombres hubiesen logrado escapar a una gigantesca sumersión marítima refugiándose en uno o varios grandes navíos responde a una casi certeza.

Pero hay más cosas: en el Oriente Próximo quizá tenemos la confirmación del suceso más asombroso de todos los tiempos: la invasión de nuestro planeta por seres extraterrestres que disponían de terroríficas armas nucleares. En el Líbano, en Baalbeck, existe una terraza ciclópea cuyos elementos alcanzan proporciones gigantescas: sólo allí, ante unos bloques verdaderamente titánicos, uno se ve obligado a abandonar toda prudencia en las hipótesis; sólo unos seres que dispusieran de una maquinaria increíblemente potente y perfeccionada pudieron construir esa terraza, «terraza» que no es tal, pues todavía es un misterio el destino real de ese monumento. Quizá se trata de una de las rampas de lanzamiento edificadas, para sus astronaves, por los invasores extraterrestres, a quienes se puede atribuir la destrucción de las cinco ciudades bíblicas de *Sodoma, Sevor, Gomorra, Seboim* y *Adama,* que ocupaban el rico valle de Siddim en la época del patriarca Abraham: «Entonces —dice el *Génesis*— el Eterno hizo llover del cielo azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, en nombre del Eterno. Destruyó aquellas ciudades, toda la llanura y todos los habitantes de las ciudades y todas las plantas de la Tierra. La esposa de Lot miró atrás y se convirtió en una estatua de sal.

»Abraham se levantó de buena mañana, para ir al lugar donde se había hallado en presencia del Eterno. Llevó su mirada hacia Sodoma y Gomorra y a todo el territorio de la llanura; y he aquí que vio alzarse un humo como el humo de una hoguera.»

Si bien es imposible decir si este formidable cataclismo era debido o no al efecto de la cólera divina, el hecho es que la Biblia no nos cuenta, a este fin, unas historias absurdas: el cataclismo tuvo lugar. Todo el estado actual de la región lo de-

muestra. Las aguas del mar Muerto o lago Asfáltico tienen una proporción desmesuradamente extraña de sodio, de sal y de sulfato magnésico. No hay nada tan extraordinario como esta extensión acuática, cuyas olas el viento no llega a rizar nunca, donde los peces no pueden vivir. Y todo en torno a este mar maldito es un espectáculo desolador. Ahí tenemos un testimonio concreto de lo que sería el estado de toda una región masivamente «atomizada», cuando se hiciera posible el acceso después de la desaparición de las radiaciones fatales. Al parecer unos seres extraterrestres habían aterrizado en el Oriente Próximo, en la época de Abraham, con bombas nucleares de gran potencia. Nos vemos así obligados, y ésta será la conclusión del libro al margen de lo «razonable», a invertir totalmente —como hacen, por otra parte, nuestros amigos Louis Pauwels y Jacques Bergier en su asombroso *El retorno de los brujos*— la perspectiva habitual: la ciencia y la técnica de las civilizaciones desaparecidas habían llegado a un nivel como mínimo igual al que nosotros vivimos en el año 1976.

IV. LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS Y TÉCNICOS DE LOS ANTIGUOS

Volvamos a la narración bíblica.

Se nos dice que la esposa de Lot «se volvió»; se sobrentiende: *para ver la destrucción nuclear de Sodoma y Gomorra,* la «lluvia de fuego y azufre» era realmente la explosión de una bomba A o H. La esposa de Lot tuvo el destino del imprudente que miraría fijamente una explosión nuclear sin máscara ni cristales protectores...

El Arca de la Alianza del Templo de Jerusalén quizás era una máquina muy perfeccionada, una especie de concentrador de atracción que engendrara un fenómeno eléctrico de tipo fulminante...

En las ruinas de Nínive se han descubierto verdaderas pilas eléctricas.

Cada vez nos vemos más obligados a reconocer que las élites sacerdotales antiguas habían heredado prestigiosos conocimientos científicos: en Egipto se descubrió unas representaciones simbólicas de los movimientos de traslación de la Tierra

y la Luna alrededor del Sol. Y las pirámides revelan un estado prodigiosamente avanzado de la Astronomía.

Todavía hay más: pueblos antiguos, como los atlantes, habrían recorrido los aires en «carros llameantes».[1] Todo coincide en dotar a los atlantes de una técnica muy evolucionada: en metalurgia, conocían un metal que hoy se desconoce, el *oricalco* (etimológicamente «sobre de montaña»). Platón habla de él como de un compuesto *natural*: así pues, no se trata del latón (aleación de cobre y cinc), que no posee tampoco el «centelleo del fuego» que tiene el oricalco.

Es verdad que los atlantes y los otros pueblos antiguos parecen haber centrado su técnica en sus bases de tipo mágico, esotérico, en las que se llegó a ver el origen primigenio del tantrismo:

«Por el tantrismo, las élites de las civilizaciones avanzadas —observa un eminente esotérico francés— disponían de archivos no escritos, un poco como si esas élites hubieran podido captar las "ondas del tiempo..." Se puede desarrollar en el hombre un extraño poder televisivo, si éste es capaz de aguantar la incorporación de un soporte psíquico osirio.»[2]

El gran secreto de los atlantes no era otro que una completa ciencia de las energías que mueven al Universo y a los hombres, ciencia prodigiosa, cuya herencia pasará posteriormente a Egipto, la India, el Tibet y a los alquimistas occidentales:

«La civilización humana ha dispuesto siempre —observa el mismo autor— de una ciencia psíquica exacta, basada en la Revelación, en el contacto efectivo con lo divino y en la experimentación personal o colectiva. *Esto es el tantrismo.* Ciencia irrefutable, la única que es capaz de trascender el laberinto de la época negra, de romper el silencio de Dios y de abrir una salida hacia el eterno presente.»[3]

Se trata de un increíble y prodigioso dominio total de las

1. Véase ESPIARD DE COLONGE, *La Chute du Ciel*, pág. 404.
2. J. L. BERNARD, *L'Egypte et la Genèse du Surhomme*, París (Éditions de la Colombe), 1958, pág. 56.
3. *Ibíd*, pág. 18.

mismas fuerzas que hacen y deshacen el mundo visible; el resultado final que busca el adepto es la definitiva evasión liberadora más allá de los numerosos velos de la Naturaleza, visible e invisible.

Los chinos ya conocían la pólvora cuatrocientos años antes de nuestra Era. Se servían del *Ho-yao* (fuego devorador), del *Ho-toung* (tubo de fuego), y también del *tien-ho-kieu* (globo que contenía el fuego del cielo); ¿no sería esta última arma la bomba atómica?

Existen numerosos testimonios que tienden a demostrar que en plena Antigüedad clásica había unos pueblos misteriosos que se desplazaban en vehículos aéreos. En sus *Guerras de Judea,* el historiador judío Flavio Josefo escribe: «Unos días después de la Fiesta, el 21 del mes artemisio, se produjo un fenómeno increíble y milagroso. Antes de la puesta del sol, la multitud pudo ver unos carros y tropas de soldados armados que aparecieron súbitamente en los aires.»

COMO DESPEDIDA...

Nos detendremos aquí en nuestro largo y extraño viaje a través de toda clase de pueblos, ciudades y hechos prodigiosos. Ciertamente, reconocemos que nos hemos aventurado en un terreno que no es el del pleno y total rigor científico; pero, ¿por qué obstinarse, como hacen tantos investigadores, en privarse deliberadamente de los recursos suplementarios que ofrece el examen, o la meditación de esos hechos «fuera de la ley», como es natural conservando siempre nuestro sentido común?

A aquellos que nos reprochen nuestra actitud demasiado abierta hacia «lo que no es Ciencia», responderemos con un pequeño apólogo, ciertamente algo torpe:

Había en un pueblo una casa donde se decía que aparecía cada noche el diablo: los lugareños tenían miedo de arriesgarse a ir allí, y los sabios —a su vez— se negaban a ir a ver nada, creyendo a conciencia que allí no había *nada*; no obstante, uno de ellos tuvo la idea de ir a cerciorarse de los hechos; evidentemente, no encontró al diablo, pero pudo estudiar unos fenómenos luminosos que permitían comprender mucho mejor la formación de la electricidad telúrica... En arqueología, también ocurre lo mismo: antes de clamar con furia y sin alternativa contra la «mistificación», es realmente interesante ir a conocer un descubrimiento, aunque éste pueda parecer, en principio,

«absurdo» a nuestro sentido común; el sabio debe evitar siempre las negaciones sistemáticas, que son muy cómodas, ciertamente, pero que siempre han perjudicado al desarrollo de la investigación.

TÍTULOS APARECIDOS

L. Pauwels y J. Bergier
EL RETORNO DE LOS BRUJOS

¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales? ¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro? ¿Existen puertas abiertas a universos paralelos? ¿Derivamos hacia una suprahumanidad? **Edición ilustrada.**

Fulcanelli
EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES

«Un libro extraño y admirable. Manifiesta una sabiduría extraordinaria y conocemos a más de un hombre de elevado espíritu que venera el nombre legendario de Fulcanelli.» (Pauwels y J. Bergier en **El retorno de los brujos.**) **Edición ilustrada.**

Jacques A. Mauduit
EN LAS FRONTERAS DE LO IRRACIONAL

Ciencias que por fin empiezan a encontrar su ubicación en el pensamiento actual. Telepatía, clarividencia, quiromancia y cartomancia, alucinaciones, yoga...

John G. Fuller
EL VIAJE INTERRUMPIDO

¿Dos horas a bordo de un platillo volante? El increíble relato que la Prensa mundial ha divulgado, de un matrimonio americano sometido a sueño hipnótico y que explica sus experiencias. **Edición ilustrada.**

Gérard de Sède
EL TESORO CATÁRO

Del oro de Delfos a las ruinas de Montségur: la sangrienta cruzada contra una herejía que aún subsiste. ¿Por qué cantaban en «lengua secreta» los trovadores medievales? **Edición ilustrada.**

Hadès
¿QUÉ OCURRIRÁ MAÑANA?

Europa, el mundo, nuestro destino vistos por la astrología. Retrato astrológico de los jefes nazis. La trágica muerte de Kennedy. El fin de la Monarquía inglesa. La revolución en Italia.

Peter Kolosimo
SOMBRAS EN LAS ESTRELLAS

Los misterios del Cosmos. Los secretos espaciales alemanes. Las intrigas de la astronáutica soviética y americana. ¿Están habitados los otros mundos?

Hans Herlin
EL MUNDO DE LO ULTRASENSORIAL

Un estudio cauteloso de los poderes ocultos del ser humano: hipnosis, espiritismo, telecinesis.

Louis Charpentier
EL ENIGMA DE LA CATEDRAL DE CHARTRES

Un hombre interroga a una catedral. Y la catedral responde. Y todo el misterio de un saber perdido se desvela poco a poco. **Edición ilustrada.**

Raymond de Becker
LAS MAQUINACIONES DE LA NOCHE

El sueño en la Historia y la historia del sueño. Freud no lo dijo todo.

Víctor Colmenarejo
TEORÍA DEL SUPERHOMBRE

Este «superhombre» al que la Humanidad tiende fatalmente, según las más modernas teorías de la evolución biológica.

Peter Kolosimo
TIERRA SIN TIEMPO

La Era de los gigantes. Demonios de piedra. Los secretos de las pirámides. El misterio de la Atlántida, Las astronaves de Tiahuanaco. Los mitos de las tierras perdidas. Cruceros imposibles, 500.000 años de Historia de una Humanidad desconocida. **Edición ilustrada.**

Fulcanelli
LAS MORADAS FILOSOFALES

La otra gran obra del autor de **El misterio de las catedrales. Edición ilustrada.**

Gérard de Sède
EL ORO DE RENNES

¿Cuál era el secreto del abad Berenguer Saunière quien entre 1891 y 1917, se gastó más de mil quinientos millones de francos viejos? ¿De qué tesoro provenían sus fabulosos recursos? **Edición ilustrada.**

Erich von Däniken
RECUERDOS DEL FUTURO

Los dioses fueron cosmonautas. El libro más vendido en Alemania durante el año 1969.

Leo Talamonti
UNIVERSO PROHIBIDO

«No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos.» Dino Buzzati. **Edición ilustrada.**

Michel Gauquelin
LOS RELOJES CÓSMICOS

¿Pueden las supersticiones astrológicas ser la expresión externa de importantes hechos científicos? Un interesantísimo estudio del desarrollo de la astrología, desde la antigüedad hasta los descubrimientos más recientes.

Peter Kolosimo
NO ES TERRESTRE

Huellas misteriosas, objetos no identificados, presencias inquietantes, mitos... Por el autor de **Tierra sin tiempo** y **Sombras en las estrellas**. Premio Bancarella 1969. **Edición ilustrada.**

Frank Edwards
PLATILLOS VOLANTES..., AQUÍ Y AHORA

La sorprendente evolución de los acontecimientos relacionados con los OVNIS, y los casos más destacados. **Edición ilustrada.**

L. Pauwels y J. Bergier
LA REBELIÓN DE LOS BRUJOS

¡Por fin la continuación de **El retorno de los brujos**! Temas tan apasionantes como: Dudas sobre la evolución. La deriva de los continentes. Las cicatrices de la tierra. El centésimo nombre del Señor. El enigma ejemplar de Akpallus. Los desconocidos de Australia.

Titus Burckhardt
ALQUIMIA

El hombre es el plomo opaco y maleable que puede convertirse en oro resplandeciente. Un tema apasionante redactado por la autoridad máxima en la materia. **Edición ilustrada.**

Richard Hennig
GRANDES ENIGMAS DEL UNIVERSO

El Paraíso terrenal, el Diluvio, Sodoma y Gomorra, la Torre de Babel, el Dragón de las siete cabezas, el Holandés Errante... Respuestas lógicas a grandes incógnitas.

Andrew Tomas
LOS SECRETOS DE LA ATLÁNTIDA

¿Dejó la Atlántida depósitos de oro y otros tesoros enterrados bajo las Pirámides y la Esfinge, como pretende una antigua tradición? En nuestra época, parece llegado el momento de explorar ciertos terrenos desconocidos a fin de anticipar y estimular nuevos descubrimientos. **Edición ilustrada.**

Louis Charpentier
LOS GIGANTES Y EL MISTERIO DE LOS ORÍGENES

El autor de **El enigma de la catedral de Chartres** nos presenta en esta obra una teoría sobre los orígenes de las civilizaciones, llevándonos de la mano por unas incursiones apasionantes. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
EL PLANETA INCÓGNITO

El autor, ya conocido de los lectores de esta colección, hace un exhaustivo estudio de nuestro «incógnito» planeta que, aun creyendo conocerlo, en el fondo no nos es mucho más familiar de cuanto pudiera serlo para un comando marciano enviado a espiar nuestro mundo... **Edición ilustrada.**

Gilbert Pillot
EL CÓDIGO SECRETO DE LA ODISEA

¿Esconde la **Odisea**, bajo las apariencias de un maravillooso poema, las claves de un itinerario secreto que conduce a tierras ricas en oro y estaño? **Edición ilustrada.**

Erich von Däniken
REGRESO A LAS ESTRELLAS

El autor de **Recuerdos del futuro** proporciona nuevos «argumentos para lo imposible», al dar explicaciones sobre hechos que no la admiten, prefigurando que hemos sido visitados en la antigüedad por extraterrestres. **Edición ilustrada.**

Andrew Tomas
LA BARRERA DEL TIEMPO

El nudo de este libro gira en torno de la dimensión del tiempo. En la primera parte, haciéndonos comprender los problemas del llamado túnel del tiempo, esa cuarta dimensión. En su apasionante segunda parte, girando en torno de famosas profecías. **Edición ilustrada.**

Jean-Charles Pichon
NOSTRADAMUS, DESCIFRADO

Las profecías de este alquimista y erudito del siglo XVI que pretenden interpretar el futuro de la Humanidad, muchas de ellas ya cumplidas, analizadas en un interesante estudio, que nos da la clave contenida en su obra, las Centurias.

L. Pauwels y J. Bergier
EL PLANETA DE LAS POSIBILIDADES IMPOSIBLES

Los dos célebres autores, creadores de una nueva concepción de los hechos inexplicables, nos presentan nuevos motivos a nuestra consideración sobre temas muy diversos.

Pierre Cerla y François Ethuin
EL ENIGMÁTICO CONDE DE SAINT-GERMAIN

Heredero de poderes sobrenaturales, este alquimista cruza los siglos y conoce la inmortalidad. Un estudio en que lo fantástico se mezcla con la realidad.

Jacques Sadoul
EL TESORO DE LOS ALQUIMISTAS

¿Existieron alguna vez los alquimistas? Tras una laboriosa búsqueda, el autor ha encontrado textos donde se demuestran que la transmutación de los metales viles en oro fue un hecho irrebatible.

Jacques Bergier
LOS EXTRATERRESTRES EN LA HISTORIA

Un estudio vivaz, por la ágil pluma del coautor de **El retorno de los brujos** en que analiza exhaustivamente las posibilidades de contacto con extraterrestres.

Jacques Vallee
PASAPORTE A MAGONIA

Libro muy bien documentado sobre el fenómeno OVNI, con un apéndice redactado especialmente para las observaciones españolas. Lo más serio y objetivo sobre este tema.

Jean-Michel Angebert
HITLER Y LA TRADICIÓN CÁTARA

Las relaciones entre los cátaros y el movimiento nazi se analizan de una forma sorprendente y amena haciendo luz sobre las coincidencias existentes entre ambos fenómenos históricos. **Edición ilustrada.**

Robert Tocquet
MÉDIUMS Y FANTASMAS

Los fenómenos más sorprendentes —mesas que bailan, levitaciones, casas encantadas, fantasmas—, estudiados con absoluto rigor científico. Un libro que establece la frontera entre el fraude y la verdad.

Jean Sendy
LA ERA DEL ACUARIO

¿Qué lugar ocupa el hombre en el Universo? ¿Ha llegado el fin de la tranquilizadora ilusión humanista? **Edición ilustrada.**

François Ribadeau Dumas
HISTORIA DE LA MAGIA

He aquí una obra clásica acerca de este tema. Siguiendo el mito de Fausto, el autor nos presenta una amplia panorámica de la magia de todos los tiempos.

Orencia Colomar
QUIROLOGÍA

Al fin la bibliografía española acerca de este tema ha llenado un hueco imprescindible. De una forma clara y amena se desvelan los secretos de la mano, siempre desde un punto de vista científico y con numerosas implicaciones interesantísimas. **Edición ilustrada.**

Antonio Ribera y Rafael Farriols
UN CASO PERFECTO

Mediante una aplastante documentación gráfica se estudia primordialmente la aparición de un OVNI en San José de Valderas (Madrid), junto con otros casos que pertenecen a similares características. **Edición ilustrada.**

Andrew Tomas
NO SOMOS LOS PRIMEROS

La tesis de este libro —de la que se dan abundantes ejemplos— es que han existido varias civilizaciones, cuyos rastros se han perdido y que alcanzaron conocimientos que no hemos sido los primeros en descubrir: Atlántida, extraterrestres...

André Pochan
EL ENIGMA DE LA GRAN PIRÁMIDE

Libro muy completo en que se pasa revista a cuanto se sabe de la pirámide de Keops a través de todas las épocas y se dan normas de interpretación. **Edición ilustrada.**

Jacques Sadoul
EL ENIGMA DEL ZODÍACO

El autor, partiendo de una postura escéptica, se adentra y aclara el misterioso mundo de la Astrología y nos ilustra mientras él mismo se hace un adepto a esta ciencia. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
ASTRONAVES EN LA PREHISTORIA

A través de una abundante iconografía (300 ilustraciones) el autor rastrea todo vestigio de las civilizaciones anteriores a la nuestra o posibles contactos con seres de otros mundos ocurridos en los albores de nuestra cultura. **Edición ilustrada.**

Lisa Morpurgo
INTRODUCCIÓN A LA ASTROLOGÍA Y DESCIFRE DEL ZODÍACO

Demostración rigurosamente lógica de que el Zodíaco es el instrumento de conocimiento más racional de que la Humanidad haya podido disponer jamás y de cómo el horóscopo se convierte en ciencia a la previsión. **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
GUÍA AL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Este tan conocido autor emprende ahora investigaciones dentro del mundo de los sueños. Tras una amena introducción, nos presenta en forma de vocabulario las interpretaciones más frecuentes de lo soñado.

Robert Tocquet
LA CURACIÓN POR EL PENSAMIENTO

Imparcial estudio del problema de las curaciones por el espíritu y las curaciones milagrosas, así como del actual problema de los curanderos y de las terapéuticas extramédicas.

Louis Charpentier
EL MISTERIO DE COMPOSTELA

Significado y trascendencia del «camino de Santiago», con un análisis, serio y documentado, de la toponimia de la ruta. **Edición ilustrada.**

Michel Gall
EL SECRETO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

¿Existe concordancia entre las leyendas de **Las mil y una noches** y mitos de orígenes más antiguos o de otras culturas geográficas, y racialmente distintas y alejadas entre sí? **Edición ilustrada.**

Georges Ranque
LA PIEDRA FILOSOFAL

La luz de la Ciencia proyectada sobre los misterios de la «piedra filosofal». **Edición ilustrada.**

Orencia Colomar
FISIOGNOMÍA

Exhaustivo estudio de los problemas relacionados con la caracteriología humana, a través de los rasgos fisiognómicos y de la tipología en general. **Edición ilustrada.**

Carlo Liberio del Zotti
BRUJERÍA Y MAGIA EN AMÉRICA

¿Qué es la «macumba», religión sincretista popular, que empieza a extenderse por determinados lugares de América?

Josane Charpentier
EL LIBRO DE LAS PROFECÍAS

La profecía en la Historia. La Gran Pirámide. Israel. El Apocalipsis. San Malaquías. Nostradamus. Profecías marianas. Edgar Cayce. La Parusía. El Anticristo...

Jacques Carles y Michel Granger
LA ALQUIMIA, ¿SUPERCIENCIA EXTRATERRESTRE?

Los secretos de la energía y de la materia, ¿habían sido ya descubiertos en otros puntos del espacio o del tiempo?

Paul Poëson
EL TESTAMENTO DE NOÉ

Partiendo de las medidas del Arca bíblica, el autor expone toda una teoría de simbolismos, que pueden interpretarse para deducir el pasado y el futuro. **Edición ilustrada.**

Jean-Michel Angebert
LOS MÍSTICOS DEL SOL

Algunos personajes de la Historia, ¿tienen en común una filiación mística al mito solar, que expresa la vinculación del hombre a las fuerzas inmanentes del Cosmos?

Jacques Bergier
EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Las civilizaciones desaparecidas. Los extraterrestres entre nosotros. Sensacionales descubrimientos sobre el origen de la vida. **Edición ilustrada.**

Andreas Faber Kaiser
¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes, ¿radican en nuestra dependencia de otras civilizaciones? **Edición ilustrada.**

Jacques Huynen
EL ENIGMA DE LAS VÍRGENES NEGRAS

¿Qué misterioso secreto encierran las Vírgenes negras de la cristiandad, todas las cuales tienen exactamente las mismas características? **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS TINIEBLAS

Voces del pasado, imágenes del futuro, poderes invisibles capaces de mover objetos a dis-

tancia... los fenómenos más desconcertantes. explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OÍDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. **Edición ilustrada.**

Rainer Erler
LA DELEGACIÓN

Aquel corresponsal de Televisión, ¿sucumbió a causa de algún accidente, o fue víctima de unos seres extraterrestres?

Jacques Sadoul
EL GRAN ARTE DE LA ALQUIMIA

Desde la alquimia china, egipcia, alejandrina y árabe, hasta la contemporánea. El simbolismo hermético. **Edición ilustrada.**

Pierre Carnac
LA HISTORIA EMPIEZA EN BIMINI (La Atlántida de Cristóbal Colón)

La Historia, ¿empezó en Bimini? Es posible. Mas, por lo menos, una cosa es cierta: no se inició en Sumer. **Edición ilustrada.**

Philipp Vandenberg
LA MALDICIÓN DE LOS FARAONES

El milenario mito, a la luz de la Ciencia. Una nueva aventura de la Arqueología.

Alan y Sally Landsburg
EN BUSCA DE ANTIGUOS MISTERIOS

¿Tuvo el hombre su origen en la Tierra, o fue enviado aquí desde otros mundos? **Edición ilustrada.**

Daniel Ruzo
EL TESTAMENTO AUTÉNTICO DE NOSTRADAMUS

Concienzuda investigación del testamento de Nostradamus en su texto auténtico y literal, deslindando lo apócrifo de lo verdadero. **Edición ilustrada.**

Patrice Gaston
DESAPARICIONES MISTERIOSAS

Inexplicables desapariciones de barcos, aviones, individuos e incluso destacamentos militares enteros... ¿Acaso somos gobernados por seres extraterrestres?

Hadès
EL UNIVERSO DE LA ASTROLOGÍA

Las bases de la Astrología y las relaciones entre microcosmos y macrocosmos.

Marcel Moreau
LAS CIVILIZACIONES DE LAS ESTRELLAS

Los megalitos reproducen el sistema de las constelaciones, para establecer las relaciones entre el Cielo y la Tierra.

Julius Evola
EL MISTERIO DEL GRIAL

Profundo y documentado estudio del significado que tuvo la aparición de las leyendas del Grial en el Medievo de Occidente.

J. J. Benítez
EXISTIÓ OTRA HUMANIDAD

Por primera vez, el hombre ha encontrado la más asombrosa prueba de que no ha sido el primero sobre la Tierra. Otra civilización se extendió ya por el Planeta en Eras remotas. **Edición ilustrada.**

M. Gauquelin y J. Sadoul
LA ASTROLOGÍA, AYER Y HOY

El origen sagrado de la Astrología: sus aplicaciones a la previsión del porvenir; el Zodíaco y sus signos, con sus sentidos mitológicos y astrológicos. **Edición ilustrada.**

Michel-Claude Touchard
LA ARQUEOLOGÍA MISTERIOSA

El problema de los hallazgos inclasificables, o cuya interpretación ofrece serios problemas. **Edición ilustrada.**

Vintila Horia
ENCUESTA DETRÁS DE LO VISIBLE

Análisis de las manifestaciones parapsicológicas a la luz de la religión, la Cencia y la conciencia.

Patrick Ravignant
LOS MAESTROS ESPIRITUALES

Exposición, sistemática y objetiva, de la vida y obra de los fundadores y directores de los movimientos religiosos, iniciáticos y espiritualistas contemporáneos. **Edición ilustrada.**

Jean Varenne
EL YOGA

El hinduismo tiene un aspecto, el del yoga, mal comprendido en Occidente. A través de su historia se trata de llegar a su comprensión. **Edición ilustrada.**

Aimé Michel
EL MISTICISMO

Estudio profundo de este fenómeno y sus manifestaciones que sobrepasan lo normal. **Edición ilustrada.**

J. J. Benítez
OVNIS: S.O.S. A LA HUMANIDAD

Hechos inquietantes que tienen lugar en el Perú de apariciones de extraterrestres y que todos debemos conocer. **Edición ilustrada.**

Michel Granger
¿TERRESTRES O EXTRATERRESTRES?

¿Somos los descendientes de la unión de extraterrestres (de los «dioses» llegados del cielo) con las «hijas de los hombres», unión que hizo salir nuestra especie de la condición animal?

Jacques Bergier
VISADO PARA OTRA TIERRA

Un estudio serio acerca de las posibilidades de vida en otros mundos y la actuación de posibles extraterrestres.

Andrew Tomas
EN LAS ORILLAS DE LOS MUNDOS INFINITOS

Una ojeada al espacio exterior, donde posiblemente esté el futuro de la Humanidad. **Edición ilustrada.**

Robert Charroux
EL LIBRO DE LOS MUNDOS OLVIDADOS

Amena y amplia visión de la fenomenología que integra el llamado «realismo fantástico». **Edición ilustrada.**

Paul Arnold
LOS GRANDES INSPIRADOS

Visión básica, doctrinal e histórica de las grandes directrices religiosas de la Humanidad.

Fernand Niel
STONEHENGE

Una nueva visión que resume todo cuanto se ha dicho acerca de un extraño monumento prehistórico.

Alfred Stelter
CURACIÓN PSI

Nuevas apreciaciones acerca de otra Medicina que se basa en fenómenos paranormales que están más allá de lo demostrable.

Peter Kolosimo
ODISEA ESTELAR

Ulises, vagabundo del tiempo. Los dioses y el espacio. ¿Cíclopes en América? Mitología de otros mundos. Armas atómicas y robots en la epopeya homérica. **Edición ilustrada.**

Robert Charroux
EL ENIGMA DE LOS ANDES

Hallazgos de unas cavernas secretas y unas piedras grabadas, que podrían constituir la expresión de la vieja sabiduría de civilizaciones perdidas. **Edición ilustrada.**